

SOLA SCRIPTURA

# PRIMER LIBRO DE HOMILÍAS

Iglesia Anglicana Ortodoxa

# Primer Libro de Homilias

Iglesia Anglicana Ortodoxa  
2021

Todos los derechos reservados ©.

# LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL



## PRIMER LIBRO DE HOMILÍAS

**Obispo Presidente Jerry L. Ogles**  
**Editor, Rev. José Antonio Rios**  
**Anglican Orthodox Church**  
**Statesville, North Carolina**

CERTAIN  
SERMONS  
OR  
HOMILIES

Appointed to be Read in  
CHURCHES,  
IN THE

*Time of Queen ELIZABETH of famous Memory:*

AND

*New thoughts fit to be Reprinted by Authority from the  
KINGS most Excellent Majesty.*



---

LONDON.

Printed for *Ans Meern, and Blaud Parler, 1683.*

---

CHM PRIVILEGIO

CIERTOS  
SERMONES

U

HOMILIAS

Designados para ser leídos en las IGLESIAS  
En los tiempos de la difunta Reina Isabel como una famosa memoria.

Y ahora pensamos que debe ser reimpresso  
Por autoridad de la Excelente Majestad de los Reyes

LONDRES

Impreso por John Bill, impresor para los Reyes más excelentes  
A su majestad.

Cum Priuilegio.

## **El Prefacio como fue publicado en el año 1562.**

Considerando lo necesaria que es la Palabra de Dios, que es el único alimento del alma, y esa excelente luz por la que debemos caminar, en esta nuestra peregrinación más peligrosa, en todo momento conveniente debe ser predicada a la gente, para que todos puedan aprender su deber hacia Dios, su Príncipe y sus vecinos según la mente del Espíritu Santo, expresada en las Escrituras, y también para evitar las múltiples deformidades que hasta ahora por falsa doctrina se han infiltrado en la Iglesia de Dios, y como todos los que son nombrado Ministros, no tienen el don de predicar con la suficiencia necesaria como para instruir a la gente, que está comprometida con ellos, de lo cual pueden surgir grandes inconvenientes, y la ignorancia aún se mantiene, si no se encuentra y se proporciona rápidamente un remedio honesto previsto para ello.

Sus majestades los Reyes más Excelentes, que buscan con suavidad la salud del alma de sus súbditos amorosos y la tranquilidad de sus conciencias, en los más destacados y principales puntos de la Religión Cristiana, y dispuestos también por el verdadero enunciado y la declaración pura de la Palabra de Dios, que es la principal guía y líder de toda piedad y virtud, para expulsar y ahuyentar todas las vidas corruptas, viciosas e impías, como también doctrinas erróneas y venenosas, tendientes a la superstición y la idolatría, por consejo de sus más Honorables Asesores, por licencia de estos, se causó un Libro de Homilías, que hasta ahora fue expuesto por su hermano más amoroso, un Príncipe con la memoria más digna, EDUARDO Sexto, que volverá a ser impreso, en el que están contenidas ciertas exhortaciones sanas y piadosas, para conducir al pueblo a honrar y adorar a Dios Todopoderoso, y diligentemente servirlo, cada uno según su grado, estado y vocación. Todas estas Homilías, su Majestad ordena y encomienda estrictamente a todos los Párrocos, Vicarios, Curas y todos aquellos llamados a ser sanadores de almas, todos los domingos y días festivos del año, en la ministración de la Sagrada Comunión, o incluso si no se ministra Comunión ese día, sin embargo, después del Evangelio y el Credo, en el orden y lugar señalados en el Libro de Oración Común, se debe leer y declarar a sus feligreses clara y distintamente una de las Homilías mencionadas, en el orden en que se encuentran en el Libro, excepto que haya un Sermón, según las Órdenes Judiciales señaladas en el Libro de mandatos de su Alteza, y sólo por esa causa, y por ningún otra, la lectura de dicha Homilía se aplazará hasta el próximo domingo o día festivo siguiente. Y cuando se de lectura al mencionado Libro de las Homilías, el deseo de su Majestad es que se repita lo mismo y se vuelva a leer, de la misma forma que antes se prescribió.

Además, su Alteza ordena que a pesar de este mandato, dichas personas eclesiásticas leerán sus Órdenes Judiciales de Majestad, según los tiempos y en el orden que se indique en el libro de las mismas. Y que la oración de los Lores, los Artículos de la Fe, y los Diez Mandamientos, se lean abiertamente a la gente, como se especifica en las Órdenes Judiciales señaladas, para que toda su gente, sin tomar en cuenta grado o condición, sea quienes fueren, puedan aprender cómo invocar y llamar el nombre de Dios, y saber cuál es el deber que tienen para con Dios como para el hombre; para que puedan orar, creer y trabajar según lo aprendido, mientras vivan aquí, y después de esta vida estén con Él quien con su sangre los compró venciendo todo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria por siempre jamás. Amén.

### **Tabla de Sermones contenidos en este Volumen:**

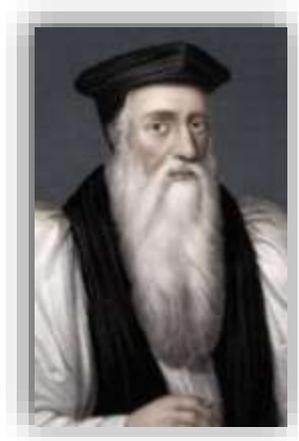
I.	Una fructífera exhortación a la lectura de las Sagradas Escrituras.	12
II.	De la miseria de toda la humanidad.	23
III.	De la salvación de toda la humanidad.	32
IV.	De la fe viva y verdadera.	44
V.	De las buenas obras.	56
VI.	Del amor cristiano y la caridad.	70
VII.	Contra maldecir y perjurar.	79
VIII.	De declinar de Dios.	89
IX.	Una exhortación contra el miedo a la muerte.	99
X.	Una exhortación a la obediencia.	113
XI.	Contra la promiscuidad y el adulterio.	125
XII.	Contra la disensión y la contienda.	139
	Lista de autores	150
	Fin de la Tabla de Contenido.	



“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”. **(S. Lucas 4:18-19)**

“Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”. **(S. Lucas 24:44)**

# Homilía sobre la lectura de la Escritura



Por Thomas Cranmer

Una fructífera exhortación a la lectura y conocimiento de la Santa Escritura

La alabanza de la Santa Escritura. Para un hombre cristiano no puede haber nada más necesario o rentable, que el conocimiento de la Santa Escritura, ya que en ella encontramos la verdadera Palabra de Dios, estableciendo su gloria, y también los deberes del hombre.

La perfección de la Santa Escritura: y no hay verdad ni doctrina necesaria para nuestra justificación y salvación eterna, que no sea extraída de esa fuente de bien verdadero.

El conocimiento de la Santa Escritura es necesario. Por lo tanto, todos aquellos quienes desean entrar en el camino correcto y perfecto hacia Dios, deben aplicar sus mentes para conocer la Santa Escritura, sin la cual, no pueden conocer suficientemente a Dios y su voluntad, ni su llamado y deber.

Hay aquellos para los cuales el conocimiento de la Santa Escritura es dulce y agradable. Por otra parte, hay también quienes son enemigos de la Palabra de Dios. Para estos primeros beber de ella es agradable, pues se encuentran sedientes, los tales están hambrientos, así han de leer, escuchar, buscar y estudiar la Santa Escritura, como el único camino para aquellos que en verdad desean conocer a Dios, sin embargo, otros creen que lo pueden hacer por ellos mismos, haciendo su propia voluntad. Pues desde sus entrañas solo odian y aborrecen el conocimiento y el alimento celestial de la Palabra de Dios, de tal manera se ahogan en vanidades mundanas, que no tienen el favor de Dios, ni prestan ninguna devoción, porque esa es la razón por la cual desean tales vanidades, en lugar del verdadero conocimiento de Dios.

Hay una similitud que ilustra apropiadamente a los que se declaran aborrecedores de la Escritura. Estos son como aquellos que se encuentran enfermos de una fuerte fiebre, quienes comen y beben (aunque nunca han probado algo tan delicioso), sin embargo, les resulta tan amargo como el ajeno, no por la amargura de la carne, sino por el humor corrupto y amargo que está en su propia lengua y boca, así para ellos la dulzura de Dios les resulta amarga, no porque esta lo sea en sí misma, sino porque ellos tienen sus mentes corrompidas debido a una larga costumbre de pecado y de amor por este mundo.

## **PART I: LA EXHORTACIÓN**

Una exhortación para que seamos diligentes en la lectura y búsqueda de las Santa Escritura. Por lo tanto, abandonando el juicio corrupto de los hombres carnales que no se preocupan de otra cosa sino de su putrefacción, que todos los oídos oigan la Sagrada Escritura que es el alimento del alma (Mateo 4:4). Vamos a buscar diligentemente la fuente de la vida en los Libros del Nuevo y Antiguo Testamento, y no correremos hacia los charcos apestosos de las tradiciones de los hombres (engañados por la imaginación humana) para nuestra justificación y salvación.

La Santa Escritura es la doctrina suficiente para nuestra Salvación. ¿Qué cosas podemos aprender de la Santa Escritura? Afirmamos pues que en la Palabra de Dios se contiene todo lo que debemos hacer y lo que debemos evitar; qué creer, qué amar, y qué esperar de las manos de Dios extensamente. En estos libros encontraremos al Padre de quien y por quien procede el Hijo, y al Espíritu Santo, en quien todas las cosas tiene su ser y su subsistencia, y estas tres personas son solo un Dios y una substancia. En estos libros podemos aprender a conocernos a nosotros mismos, cuan viles y miserables somos, y también a conocer a Dios, cuan bueno es Él en sí mismo y como nos hace a nosotros y a todas las criaturas participantes de su bondad. También podemos en estos libros aprender a conocer la voluntad de Dios y lo que es de su agrado. Tanto como (para este tiempo presente) nos es conveniente saber. Y (como dice el clérigo y predicador piadoso San Juan Crisóstomo) todo lo que se requiere para la salvación del hombre, está plenamente contenido en la Escritura de Dios. El que es ignorante puede aprender y tener conocimiento. El que es de corazón duro, y un pecador obstinado, encontrará allí tormentos eternos (preparados por la justicia de Dios) para hacer que tema, y para aplacarlo y ablandarlo. El que está oprimido por la miseria de este mundo, allí encontrará las promesas de la vida eterna, para su gran consuelo y ser reconfortado. El que ha sido herido por haberse desviado hacia la muerte, encontrará allí la medicina por la cual puede ser restaurado a la salud.

La Sagrada Escritura ministra doctrina suficiente para todos los grados y edades. ¿Qué bienes y ganancias trae el conocimiento de la Santa Escritura? Si se quiere enseñar alguna verdad, o reprobando una falsa doctrina, para reprender cualquier vicio, para fomentar cualquier virtud, dar un buen consejo, para consolar o para exhortar,

o para hacer cualquier otra cosa requerida para nuestra salvación. Todas esas cosas (dice San Crisóstomo) podemos aprender abundantemente de la Escritura. Hay (dice Fulgentius) en abundancia, tanto para que los hombres coman, como para que también los niños se alimenten. Ella es el encuentro para todas las edades, y para todos los grados y tipos de hombres. Estos libros, por lo tanto, deberían estar en nuestras manos, en nuestros ojos, en nuestros oídos, en nuestras bocas, pero sobre todo en nuestros corazones. Porque la Escritura de Dios es la carne celestial para alimentar nuestra alma (Mateo 4:4), escucharla y guardarla nos hace bendecidos (Lucas 11:28), nos santifica (Juan 17:17) y nos hace santos, convierte nuestras almas (Salmo 19:7-10), es un farol de luz para nuestros pies (Salmo 119:105), es segura, firme, e instrumento eterno de salvación, da sabiduría a los humildes y mansos de corazón, consuela, alegra, anima, y redarguye nuestra conciencia, ella es la joya o tesoro más excelente, más que el oro o cualquier piedra preciosa, es más dulce que la miel o que un panal de abejas, ella es llamada la mejor parte, aquella que fue elegida por María, porque es de consuelo eterno (Lucas 10:42). Las palabras de la Santa Escritura son llamadas palabras de vida eterna (Juan 6:68), porque ellas son el instrumento usado por Dios, ordenadas con el mismo propósito, tienen poder para cambiarnos por medio de las promesas del Señor, y ellas son efectivas a través de la asistencia de Él, y (siendo recibida en un corazón fiel) siempre hacen un trabajo celestial espiritual en ellos, son vivas, efectivas y poderosas en actuar, y más afiladas que cualquier espada de dos filos, y entra aun hasta dividir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos (Hebreos 4:12).

Cristo llama constructor sabio a aquel que construye sobre su Palabra y la establece como su fundamento seguro y substancial (Mateo 7:24). Por esta Palabra de Dios, incluso la palabra más pequeña dicha será juzgada, porque por la palabra que habló (dice Cristo) se hará eso, que por ella juzgará en el último día (Juan 12:48). A aquel que cumple la Palabra de Cristo, se le promete el amor y el favor de Dios, y que él será la morada o el templo de la Santísima Trinidad (Juan 14:23). Esta Palabra, cualquiera que sea diligente en leerla, y grabarla en su corazón, será santificado de tal forma que el gran afecto a las cosas transitorias de este mundo se desvanecerá en él, y el gran deseo por las cosas celestiales (que allí le promete Dios) aumentarán en él. Y no hay nada que fortalezca tanto nuestra fe y confianza en Dios, que tanto guarda la inocencia y a pureza del corazón, y también la vida cristiana externa y el actuar cotidiano, como la lectura y grabación continua de la Palabra de Dios. Con ese propósito, es que (por medio de la lectura continua de la Sagrada Escritura y la búsqueda diligente de la misma) debemos procurar imprimirla y grabarla profundamente en el corazón, para que al final se convierta casi en nuestra naturaleza. Y además, el efecto de verter la Palabra de Dios es para la iluminación del ignorante, y darles más luz, que la lean fiel y diligentemente, para consolar sus corazones y alentarlos a cumplir lo que Dios ha ordenado. Enseña paciencia en toda adversidad, en prosperidad, humildad, el honor que le debemos a Dios, y la misericordia y caridad que le debemos a nuestro prójimo. Da buen consejo en todas las cosas dudosas. Nos muestra a quien debemos mirar para buscar ayuda

y socorro en todos los peligros, y que Dios es el único autor de la victoria, en todas las batallas y tentaciones de nuestros enemigos, sean físicos o espirituales (1 Sam. 14:4-23; 2 Crónicas 20: 7, 17, 29; 1 Corintios 15:57, 1 Juan 5:4).

¿Quién se beneficia más al leer la Palabra de Dios? Al leer la Palabra de Dios, no siempre es de provecho al que está más listo para darle la vuelta a los libros, o aquel que piensa que los recita cual refranes, sino a aquel que más le convierte, aquel que está más iluminado por el Espíritu Santo, aquel en quien la mayor parte de su corazón y su vida fueron alterados y cambiados según lo que él lee, aquel que es cada día menos orgulloso, menos iracundo, menos codicioso y menos deseoso de placeres mundanos y vanos, el que cada día (abandonando su vieja vida viciosa) aumenta cada vez más en virtud. Y para abreviar, no hay nada que mantenga más la devoción de la mente, y ahuyente la impiedad, que leer y escuchar continuamente la Palabra de Dios, si se le da rienda suelta a una mentalidad piadosa y un bueno afecto, conoceremos y seguiremos la voluntad del Señor.

¿Qué inconvenientes trae ignorar la Palabra de Dios? Porque sin un buen ojo, pura intención y buena mente, nada es visto como bueno ante Dios. Y por otro lado nada oscurece más a Cristo, la gloria de Dios, ni trae más ceguera y todo tipo de vicios, que el ignorar la Palabra de Dios (Isaías 5:13, 24; Mateo 22:29; 1 Corintios 14:20, 37-38).

## **SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN: DEL CONOCIMIENTO DE LA SANTA ESCRITURA.**

La primera parte de este sermón, tenía por objetivo centrarse en el conocimiento de la Santa Escritura, así declarar por qué el conocimiento de esta es necesario y provechoso para todos los hombres, y que por el verdadero conocimiento y comprensión de la Santa Escritura, los puntos más necesarios de nuestro deber para con Dios y para con nuestros vecinos también son conocidos. Ahora, en lo que respecta al mismo asunto, escucharás lo siguiente. Si profesamos a Cristo ¿Por qué no nos avergonzamos de ser ignorantes de su doctrina? Al ver que cada hombre se avergüenza de ser ignorante de aquel saber que profesa.

La Palabra de Dios excede a todas las ciencias. Aquel hombre se avergüenza de ser llamado filósofo al no leer los libros de filosofía, y ser llamado abogado, astrónomo o físico, siendo ignorante de los libros de derecho, astronomía o física. Ahora ¿Puede alguien decir que profesa a Cristo y su religión, si no se aplica a Él (lo mayormente posible según convenga) para leer y escuchar, y así conocer los libros del evangelio de Cristo y su doctrina? Aunque otras ciencias sean buenas para ser aprendidas, sin embargo, ningún hombre puede negar, que el conocimiento de la Palabra de Dios es el principal, y supera a todos los demás incomparablemente ¿Qué excusas se pueden presentar por lo tanto (en el último día delante de Cristo) por encontrar deleite en leer o escuchar fantasías e invenciones de hombres, más que

en su santísimo evangelio? Y no apartar tiempo para hacer lo que principalmente es nuestro deber (sobre todas las cosas), siendo que incluso preferiríamos leer otras cosas, sin tener cuidado que ante la doctrina de Cristo deberíamos dejar de leer todas las demás cosas. Por lo tanto, apliquémonos nosotros mismos, tanto como podamos apartando tiempo y eliminando ocio, para conocer la Palabra de Dios, escuchando y leyendo diligentemente tanto como profesamos a Dios y tenga fe y confianza en Él.

Vana excusa es disuadirse del conocimiento de la palabra de Cristo. Básicamente hay dos excusas empleadas para esto. Así los que no tienen buen afecto a la Palabra de Dios (como quieran maquillarlo es su culpa) alegan comúnmente dos excusas vanas y fingidas. De esta forma algunos van a disculparse haciendo uso de audacia y temeridad, diciendo que no se atreven a leer la Santa Escritura, y que por su ignorancia pueden caer en cualquier error. Otros pretenden que la dificultad para entenderla, y la dureza de la misma es tan grande, que esta sólo puede ser leída por clérigos y hombres eruditos.

A los primeros contestamos: la ignorancia de la Palabra de Dios es la causa de todo error, como Cristo mismo dijo a los saduceos, señalando que erraron porque no conocían la Escritura (Mateo 22:29). ¿Cómo entonces podemos evitar el error si seguimos siendo ignorantes? ¿Y cómo pueden salir de la ignorancia si no leen ni escuchan lo único que les puede dar conocimiento? El que hoy tiene mayor conocimiento, fue primero ignorante, pero no se cohibió de leer por temor de caer en el error, sino que leyó diligentemente, para no quedarse en la ignorancia y por medio de la ignorancia continuar en el error. Y si no vas a conocer la verdad de Dios (lo cual es lo más necesario para ti) para que no caigas en el error, por la misma razón puedes quedarte quieto, y nunca te muevas a ningún lado, no sea que (si vas) caigas en el lodo, ni te alimentes de ninguna buena carne, no sea que comas en exceso, ni siembres tu semilla, ni trabajes en tu ocupación, ni mires tu mercancía, por miedo a que pierdas tu semilla, tu trabajo, tu tienda, y por esa razón sería mejor para usted vivir ociosamente, y nunca emplees tus manos para hacer algo bueno, por temor a que algo pueda ocurrir mal. Y si usted tiene miedo de caer en el error, al leer la Sagrada Escritura, le mostraré cómo puede leerla sin peligro de caer en ello.

Lo más adecuado y libre de todo peligro, es que la Escritura sea leída. Léela humildemente con un corazón manso y sencillo, con la intención de glorificar a Dios, y no a ti mismo, con el conocimiento de ella, léela no sin antes orar todos los días al Señor, para que Él dirija tu lectura con buenos resultados, y toma sobre ti lo que puedes ir asumiendo sin ir más allá con prisa, entonces podrás entenderla claramente. Porque (como dice San Agustín) el conocimiento de la Sagrada Escritura, es excelso, grande, y un alto lugar, pero la puerta se encuentra muy baja, de modo que el hombre engrandecido y arrogante no puede entrar ligeramente, pues de no agacharse y humillarse, no podrá entrar. La presunción y la arrogancia

son la madre de todo error, mientras que la humildad no teme a ningún error. Porque la humildad sólo buscará conocer la verdad, buscará y relacionará un lugar con otro, y donde no puede encontrar el significado, orará, pedirá ayuda a otros que saben, y no definirá presuntuosamente y precipitadamente cualquier cosa que no sepa. Por lo tanto, el hombre humilde puede buscar cualquier verdad valientemente en la Escritura, sin ningún peligro de error. Y si él es ignorante, debería leer y buscar la Santa Escritura, para que esta lo saque de la ignorancia. No lo niego, un hombre puede prosperar con solo escuchar, pero puede prosperar mucho más, tanto escuchado como con la lectura.

La Escritura en algunos lugares es fácil, más en otros es difícil de entender. Esto he dicho, al tocar el miedo a leer bajo la ignorancia de la persona. Y con respecto a la dureza de la Escritura, aquel que está tan débil que no es capaz de comer carne fuerte, sin embargo, puede beber la dulce y tierna leche de la Palabra de Dios, aplazando el resto, hasta que se fortalezca y llegue a un mayor conocimiento. Porque Dios recibe a los instruidos y a los ignorantes, y no desecha a ninguno, pero es diferente en el trato con todos. Y la Escritura, está llena también de valles bajos, caminos planos y fáciles para que todos los hombres puedan ver y caminar por ellos, como también tiene altas colinas y montañas, que pocos hombres pueden subir.

Dios no deja a nadie sin enseñanza, Él no deja sin instrucción a aquel que tiene buena voluntad para conocer la Palabra de Dios. Y quien quiera que entregue su mente a la Santa Escritura, con diligente estudio y ardiente deseo, no puede ser (dice San Crisóstomo) que se quede sin ayuda. Porque Dios Todopoderoso le enviará un Doctor piadoso, como su instructor, al igual que lo hizo para instruir al Eunuco, un hombre noble de Etiopía y tesorero de la Reina Candace, quien persiguió con afecto la lectura de la Santa Escritura (aunque él no la entendía), sin embargo, conservaba el deseo de tener la Palabra de Dios, de esta forma el Señor envió a su Apóstol Felipe a declararle el verdadero sentido de la Escritura que leyó. Ahora bien, si no tenemos a un hombre erudito para instruirnos y enseñarnos, no obstante, Dios se levanta desde arriba, Él iluminará nuestras mentes y nos enseñará las cosas que son necesarias para nosotros, especialmente en las cosas que necesitamos saber y que ignoramos.

¿Cómo se puede alcanzar el conocimiento de la Escritura? Y en otro lugar, Crisóstomo dice, que ese hombre humanista y sabio mundano o de ciencia, no puede entender la Escritura, a no ser que le sea revelada por obra del Espíritu Santo, quien les inspira el verdadero significado a aquellos que con humildad y diligencia realizan su búsqueda. Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá (Mateo 7:7-8).

Una buena regla para la comprensión de las Escrituras. Si lees una vez, dos o tres veces, y no entiendes, no dejes de hacerlo, sigue leyendo, orando, preguntando

a otros, y así, tocando insistentemente, al final la puerta se abrirá (como dice San Agustín). Aunque muchas cosas de la Escritura son expresadas en misterios difíciles de entender, sin embargo, lo que en una parte se presenta como un misterio, se habla acerca de lo mismo en otro lugar, pero de manera más familiar y clara, de tal forma que pueden ser entendidos por los doctos como también por los indoctos.

Ningún hombre está exceptuado del conocimiento de la voluntad de Cristo. Y aquellas cosas de la Escritura que se entienden claramente, y son necesarias para la Salvación, cada hombre tiene el deber de aprenderlas, grabarlas en su memoria, y efectivamente practicarlas. Y en cuanto a los misterios difíciles de entender, debemos estar contentos con ser ignorante de ellos, hasta el momento en que le agrade a Dios darnos la comprensión de esas cosas. Por otra parte, si se encuentra en una mala temporada, si carece de aptitudes y oportunidades, Dios no lo imputará a su locura, pero, sin embargo, no debe pensarse que por limitaciones de aptitud, se deba dejar de lado la lectura, porque incluso hay quienes no pueden leer, ya que no obstante, la dureza de algunos lugares, la lectura no debe ser apartada del todo.

¿Qué personas continúan en la ignorancia? Y para concluir brevemente (como dice San Agustín) por la Escritura, todos los hombres sean corregidos, los hombres débiles sean fortalecidos, y los hombres fuertes sean reconfortados. Así que seguramente, ninguno sea enemigo de la lectura de la Palabra de Dios, pero, cómo ser tan ignorante, que incluso no saben lo saludable que es, o tan repulsivo, que odian la medicina más reconfortable, destinada a su sanación, o tan impíos, que desearían que la gente aún continuara en la ceguera y la ignorancia de Dios.

La Santa Escritura es uno de los beneficios de Dios. Por lo tanto, hemos tocado brevemente algunas de las bendiciones que nos otorga la Santa Palabra de Dios, ella es uno de los beneficios principales y capitales del Señor, dada y declarada a todos los hombres de la tierra. Agradecemos a Dios de todo corazón, por este su gran y especial regalo, su favor misericordioso y su providencia paternal.

La lectura correcta, uso, y estudio fructífero de la Santa Escritura. Alegrémonos de revivir este precioso regalo de nuestro Padre celestial. Escuchemos, leamos y conozcamos estas reglas santas, instrucciones y estatutos de nuestra religión cristiana, y reconozcamos la profesión que hemos hecho a Dios en nuestro bautismo. Tengamos temor y reverencia (en el pecho donde están nuestros corazones) de estas lecciones necesarias y fructíferas. Que ellas sean nuestra musa de día y de noche, para meditar y contemplarlas. Rumieemos (por así decirlo) y mastiquemos este alimento, para que tengamos la dulce voz, afecto espiritual, la médula misma, miel, núcleo, gusto, comodidad y consolación de ellas (Salmo 56:4). Quedémonos en silencio y acreditemos nuestra conciencia, con la certeza, la verdad y la seguridad perpetua más infalible que existe. Oremos a Dios (quien es la única autoridad de estos estudios celestiales) para que nos hable, al pensamiento, a nuestras creencias, para así vivir a partir de ahí, según la sana doctrina y sus verdades.

Y por ese medio, en este mundo tendremos la defensa de Dios, su favor y gracia, con el inquebrantable consuelo de la paz, y tranquilidad de conciencia, y después de esta vida miserable, disfrutaremos de la dicha y la gloria del cielo, que nos otorga a todos por los que Jesucristo murió, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, sean todo honor y gloria, tanto ahora como para siempre. Amén

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

- 1.** ¿Dónde encontramos todo lo que necesitamos saber para la salvación, discernir su voluntad y todo lo que le agrada? ¿Qué podemos decir de la tradición y de la razón como fuentes de verdad? Sustente bíblicamente su respuesta.
- 2.** ¿A qué se debe el amor o repudio de la Sagrada Escritura por parte de los hombres?
- 3.** ¿Cómo conocemos nuestro pecado y miseria?
- 4.** ¿Cómo obtenemos el verdadero conocimiento de Dios? ¿Se puede decir que hay otra fuente de conocimiento de Dios aparte de la Santa Escritura?
- 5.** Investiga y define la doctrina de la inspiración de la Biblia.
- 6.** Investiga y define la doctrina de la inspiración plenaria, verbal y orgánica de la Biblia.
- 7.** ¿La Sagrada Escritura sólo puede ser entendida correctamente por los clérigos y los eruditos? Explique su respuesta.
- 8.** Enuncie los efectos piadosos que produce la lectura de la Biblia en el cristiano de acuerdo a la Homilía.
- 9.** ¿En qué casos podemos decir que la lectura de la Sagrada Escritura no es provechosa? ¿Por qué necesitamos la iluminación del Espíritu Santo para leer la Sagrada Escritura?
- 10.** Si profesamos a Cristo, ¿Por qué no nos avergonzamos de ignorar la Sagrada Escritura? ¿Qué resolución debemos tomar al respecto?
- 11.** ¿Cuáles son las dos excusas vanas y fingidas que alegan los que de manera deliberada ignoran la Palabra de Dios? ¿Cómo podemos contestarles?
- 12.** ¿Por qué se dice que es deber de todos sin distinción de grados o rangos leer la Sagrada Escritura?
- 13.** Exponga las enseñanzas contenidas en los Artículos VI y VII de los 39 Artículos de la religión cristiana.
- 14.** Investiga y enuncia las razones por las cuales los reformadores del siglo XVI no reconocieron los libros deuterocanónicos como Palabra de Dios inspirada.
- 15.** ¿Tienen algún uso válido los libros deuterocanónicos para la iglesia de Cristo?

## **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre. Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro! He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro (Isaías 40:8-10).

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2 Timoteo 3:16-17).

Mas sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos á vosotros mismos. Porque si alguno oye la palabra, y no la pone por obra, este tal es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se consideró á sí mismo, y se fué, y luego se olvidó qué tal era. Mas el que hubiere mirado atentamente en la perfecta ley, que es la de la libertad, y perseverado en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, este tal será bienaventurado en su hecho (Santiago 1:22-25).

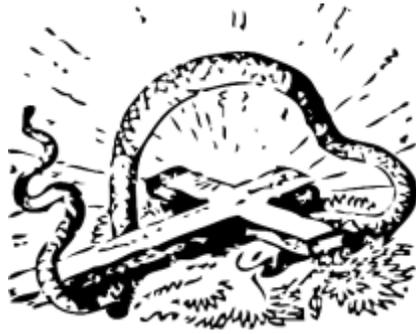




*La visión de Cristo desde la cruz, James Tissot.*

“He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre. He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio; Lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido. Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de tí, y no quites de mí tu santo Espíritu”. (Salmos 51:5-11)

# Homilía Sobre la Misericordia de la Humanidad



Por John Harpsfield

## UN SERMÓN SOBRE LA MISERIA DE TODA LA HUMANIDAD Y DE SU CONDENA A LA MUERTE ETERNA, POR SU PROPIO PECADO.

EL ESPÍRITU SANTO, al escribir las Sagradas Escrituras, no ha podido ser más diligente en derribar la gloria y el orgullo del hombre, que de todos los vicios es el más injertado en toda la humanidad, desde la primera infección de nuestro primer padre Adán. Y por lo tanto, en muchos lugares de la Escritura, encontramos muchas lecciones notables contra este viejo vicio arraigado, para enseñarnos la más encomiable virtud de la humildad, cómo conocernos a nosotros mismos, y recordar lo que somos en nosotros mismos.

En el libro del Génesis, DIOS Todopoderoso nos da a todos un título y un nombre en nuestro padre Adán, que debería advertirnos a todos para que consideremos qué somos, de dónde somos, de dónde venimos y a dónde iremos, diciendo así: Con el sudor de tu frente comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado, en la medida en que eres polvo, y al polvo volverás (Génesis 3.19). Aquí (como si fuera en un cristal) podemos aprender a saber que nuestro ser no es más que polvo, tierra y cenizas, y que a tierra y cenizas volveremos.

Además, el santo patriarca Abraham recordó bien este nombre y título, polvo, tierra y cenizas, designado y asignado por Dios a toda la humanidad: y por eso se llama a sí mismo con ese nombre, cuando hace su oración ferviente por Sodoma y Gomorra. Y leemos que Judit, Ester, Job, Jeremías, con otros hombres y mujeres santos en el Antiguo Testamento, se vestían de cilicio, y arrojaban polvo y cenizas sobre sus cabezas, cuando se desviaban en sus pecados (Judit 4.10-11, Job 42.6, Jeremías 6.26). Invocaron y clamaron a Dios, pidiendo ayuda y misericordia, con tal ceremonia de cilicio, polvo y cenizas, para poder declarar a todo el mundo la humilde y baja estimación que tenían de sí mismos, y lo bien que recordaban su nombre y título antes mencionados, su vil naturaleza frágil y corrupta, polvo, tierra y cenizas. El libro de la Sabiduría también quiere bajar nuestras orgullosas entrañas, y nos dice que nos acordemos de nuestra generación mortal y terrenal, que tenemos todos de

aquel que fue hecho por primera vez (Sabiduría 7.1): y que todos los hombres, tanto los reyes como los súbditos, vienen a este mundo, y salen de él de la misma manera: es decir, como siendo miserables, como podemos ver diariamente. Y DIOS Todopoderoso ordenó a su Profeta Isaías que hiciera una Proclamación, y que gritara a todo el mundo; e Isaías preguntó, ¿qué debo gritar? El Señor respondió: Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. (Isaías 40:6-7). Y el santo hombre Job, teniendo en sí mismo una gran experiencia del estado miserable y pecaminoso del hombre, abre él mismo al mundo en estas palabras: El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece. ¿Sobre éste abres tus ojos, y me traes a juicio contigo? ¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie (Job 14.1-4), y todos los hombres de su inmundicia, y natural propensión, son tan universalmente guiados al pecado, que (como la Escritura dice) DIOS se arrepintió de haber hecho al hombre (Génesis 6.6). Y por el pecado, su indignación fue tan provocada contra el mundo, que ahogó a todo el mundo con el agua en días de Noé (excepto al propio Noé y su pequeño hogar, Génesis 7.11-24). No es sin gran causa, que la Escritura de Dios llama tantas veces a todos los hombres aquí en este mundo por esta palabra, tierra, tierra, tierra, dice Jeremías, escucha la palabra del Señor (Jeremías 22.29). Este nombre, llamado y título son correctos, tierra, tierra, tierra, pronunciado por el Profeta, muestra lo que somos en realidad, sobre cualquier otro estilo, título o dignidad que los hombres se tomen sobre sí mismos. Así nos nombra claramente a cada uno de nosotros, quien sabe mejor, tanto lo que somos, y como debemos llamarnos por derecho. Y así establece sobre nosotros, hablando por su fiel Apóstol San Pablo, Todos los hombres, judíos y gentiles, están en pecado, no hay ninguno justo, ni uno solo: no hay ninguno que entienda, no hay ninguno que busque a DIOS, todos se han desviado del camino, todos son inútiles, no hay ninguno que haga el bien, ni uno solo: su garganta es un sepulcro abierto, con sus lenguas han hecho astucia y engaño, el veneno de las serpientes está debajo de sus labios, su boca está llena de maldiciones y amargura, sus pies son rápidos para derramar sangre, la destrucción y la miseria están en sus caminos, y el camino de la paz no lo han conocido: no hay temor de Dios ante sus ojos. Y en otro lugar, San Pablo escribe así: porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos (Romanos 11.32). La Escritura encierra a todos bajo el pecado, para que la promesa, por medio de Jesucristo, sea concedida a los que se alejan (Gálatas 3.22). San Pablo en muchos lugares nos pinta con nuestros colores, llamándonos hijos de la ira de Dios (Efesios 2.3), cuando somos llevados: diciendo también que no podemos pensar un buen pensamiento de nosotros mismos, mucho menos podemos decir bien, o hacer bien en nosotros mismos.

¿Cuántas veces, cuánta seriedad y cuánto se lamenta Dios al punto de extender su deseo de mostrar una gran misericordia ante las grandes ofensas del hombre, y de no entrar en juicio con él (Salmos 143:2)? Y, además, ¿Qué tan bien pesa este

hombre santo sus pecados, cuando confiesa que son tantos y tan ocultos, y difíciles de entender, que es en cierto modo imposible conocerlos, verlos o numerarlos? Por lo tanto, teniendo una verdadera, seria y profunda contemplación y consideración de sus pecados, y aun no llegando al fondo de los mismos, hace una súplica a DIOS, para que le perdone sus pecados secretos y ocultos, a cuyo conocimiento no podemos llegar (Salmos 19.12, 40.12). Él pesa correctamente sus pecados desde la raíz original y la cabeza del manantial, percibiendo las inclinaciones, las provocaciones, las agitaciones, los agujones, los brotes, las ramas, las heces, las infecciones, los gustos, los sentimientos, y siente que aún continúan en él. Por lo que dice: "Mira, y he aquí que he sido concebido en pecados" (Salmos 51.5): No dice pecado, sino en número plural, pecados, pues de uno (como una fuente) brotan todos los demás.

Nuestro Salvador Cristo dice: No hay nadie bueno, sino DIOS (Marcos 10.18, Lucas 18.19). Y que no podemos hacer nada bueno sin Él, ni nadie puede llegar al padre sino por Él (Juan 15.5, 14.6). Él nos manda a decir también que somos siervos inútiles, cuando hemos hecho todo lo que podemos hacer (Lucas 17.10). Prefiere al publicano penitente antes que al fariseo orgulloso, santo y glorioso (Lucas 18.14). Se llama a sí mismo Médico, pero no para los que están sanos, sino a los que están enfermos (Mateo 9.12), y necesitan su ayuda para su dolor. Él nos enseña en nuestras oraciones, a reconocernos pecadores, y a pedir la justicia y el perdón de todos los males, de la mano de nuestro Padre Celestial. Él declara que los pecados de nuestros propios corazones contaminan nuestro propio ser. Enseña que una palabra o un pensamiento inútil merecen condenación, afirmando que daremos cuenta de toda palabra ociosa (Mateo 12.36). Dice que no ha venido a salvar, sino a las ovejas que estaban perdidas y desechadas (Mateo 15.24). Por lo tanto, pocos de los fariseos orgullosos, justos, eruditos, sabios, perfectos y santos, fueron aceptos a Él, porque se justificaban por su falsa santidad ante los hombres. Por lo tanto (gente buena), guardémonos de tal hipocresía, gloria vana y justificación de nosotros mismos.

Puesto que el verdadero conocimiento de nosotros mismos es muy necesario para llegar al correcto conocimiento de Dios, habéis oído en la última lectura cómo todos los hombres piadosos siempre han pensado en sí mismos, y así, han de pensar y juzgar de sí mismos, son enseñados por DIOS su Creador, por su santa palabra. Porque de nosotros mismos somos malos árboles, que no pueden traer manzanas. Somos de nuestra propia tierra, que no puede producir más que malas hierbas, ortigas, zarzas, cardos, berberechos y caracoles. Nuestros frutos se declaran en el quinto capítulo a los gálatas. No tenemos fe, caridad, esperanza, paciencia, castidad, ni ninguna otra cosa que sea buena, sino de Dios, y por eso estas virtudes se llaman allí frutos del Espíritu Santo, y no frutos del hombre (Gálatas 5.19-23). Por lo tanto, reconozcámonos ante Dios como miserables y desdichados pecadores. Y arrepiéntámonos seriamente, y humillémonos de corazón, y clamemos a Dios por misericordia. Confesemos con la boca y el corazón que estamos llenos de

imperfecciones: Conozcamos nuestras propias obras, cuan imperfectas son, y entonces no nos mantendremos necios y arrogantes en nuestros propios conceptos, ni desafiaremos ninguna parte de la justificación por nuestros méritos u obras. Porque en verdad hay imperfecciones en nuestras mejores obras: no amamos a Dios tanto como debemos hacerlo, con todo nuestro corazón, mente y poder; no tememos a Dios tanto como debemos hacerlo: no oramos a Dios, sino con muchas y grandes imperfecciones: damos, perdonamos, vivimos, mentimos y esperamos imperfectamente: hablamos, pensamos y hacemos imperfectamente: luchamos contra el mundo y la carne imperfectamente: Por lo tanto, no nos avergoncemos de confesar claramente nuestro estado de imperfección: sí, no nos avergoncemos de confesar la imperfección, incluso en todas nuestras mejores obras. Que ninguno de nosotros se avergüence de decir con San Pedro: Soy un hombre pecador (Lucas 5.8). Que todos digamos con el santo profeta David: Pecamos nosotros, como nuestros padres; hicimos iniquidad, hicimos impiedad (Salmos 106.6), que todos nos confesemos abiertamente como el hijo pródigo a nuestro padre, y digamos con él: Hemos pecado contra Dios, y ante ti (oh Padre) no somos dignos de ser llamados tus hijos (Lucas 15.18). Digamos todos con el santo Baruc: Que todos reconozcan la justicia del Señor, pero nosotros hoy y nuestros padres no merecemos sino vergüenza. Todas estas calamidades que nos han sobrevenido... hemos pecado, hemos sido impíos e injustos, Señor, descuidando todos tus mandamientos (Baruc 2.6, 12). Digamos todos con el santo profeta Daniel: "Señor, a ti te pertenece la justicia, a ti te pertenece la confusión. Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos ofendido, hemos huido de ti, nos hemos alejado de todos tus preceptos y de tus leyes (Daniel 9.7, 5). Así aprendemos de todos los hombres buenos en las Sagradas Escrituras, para humillarnos, y para exaltar, ensalzar, alabar, magnificar y glorificar a DIOS.

Así, hemos oído cómo somos inútiles en nosotros mismos, cómo por nosotros mismos, y por nuestros propios medios, no tenemos bondad, ayuda ni salvación, sino, por el contrario, pecado, condenación y muerte eterna; lo cual, si lo sopesamos y consideramos profundamente, comprenderemos mejor la gran misericordia de Dios, y cómo nuestra salvación viene sólo por Cristo. Porque en nosotros mismos (como de nosotros mismos) no encontramos nada (2 Corintios 3.5), por lo que podemos ser librados de este miserable cautiverio, en el que fuimos arrojados, a través de la astucia del demonio, por la ruptura de la orden de DIOS, en nuestro primer padre Adán. Todos nos hemos convertido en inmundos, pero no somos capaces de limpiar nuestro ser, ni de limpiarnos mutuamente (Salmos 51.1-10). Somos por naturaleza hijos de la ira de Dios (Efesios 2.3), pero no somos capaces de convertirnos en hijos y herederos de la gloria de Dios. Somos ovejas descarriadas (1 Pedro 2.25), pero no podemos con nuestras propias fuerzas volver al redil, tan grande es nuestra imperfección y debilidad. Por lo tanto, no podemos gloriarnos en nosotros mismos, ya que (de nosotros mismos) no somos más que pecaminosos: ni podemos confiar en ninguna de las obras que hacemos, las cuales son todas tan imperfectas e impuras, que no son capaces de permanecer ante el asiento del justo

juicio de DIOS, como dice el santo Profeta David: No entres en juicio con tu siervo (Oh Señor) porque ningún hombre que mienta será hallado justo ante tus ojos (Salmos 143. 2). Por lo tanto, debemos acudir a Dios, o de lo contrario nunca encontraremos paz, descanso y tranquilidad de conciencia en nuestros corazones. Porque Él es el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación (2 Corintios 1.3). Él es el Señor, con quien hay abundante redención (Salmos 130.7): Él es el DIOS que por su propia misericordia nos salva, y pone su caridad y su gran amor hacia nosotros, siendo que, por su propia bondad voluntaria, cuando estábamos pereciendo, Él nos salvó, y se propuso un reino eterno para nosotros. Y todos estos tesoros celestiales nos son dados a nosotros, no por nuestros propios méritos o buenas acciones (que no tenemos), sino por su misericordia. ¿Y por causa de quién? En verdad, por el bien de Jesucristo, ese cordero puro e inmaculado de DIOS. Él es ese Hijo tan querido, por cuya causa Dios está plenamente apaciguado, satisfecho y unido al hombre. Él es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Juan 1.29), de quien sólo puede decirse que lo hizo todo bien, y en su boca no se halló astucia ni sutileza (1 Pedro 2.22). Sólo él puede decir: El príncipe del mundo vino, y en mí no tiene nada (Juan 14.30). Y sólo él puede decir: ¿Quién de vosotros me reprochará alguna falta (Juan 8:46)? Él es el Sumo y Eterno Sacerdote, que se ofreció a sí mismo una vez por todas en el altar de la cruz, y con esa única ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (Hebreos 7.27 y 10.14). Él es el único mediador entre DIOS y el hombre, que pagó nuestro rescate a DIOS con su propia sangre, y con ella nos limpió a todos del pecado. Él es el Médico que cura todas nuestras enfermedades. Él es el Salvador que salva a su pueblo de todos sus pecados (Mateo 1.21): En resumen, él es la fuente fluyente y más abundante, de cuya plenitud todos hemos recibido. Porque sólo en Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento de Dios. Y en Él, y por Él, recibimos de Dios Padre todas las cosas buenas, tanto del cuerpo como del alma. Oh, ¡Cuánto estamos obligados a rendirnos a este nuestro Padre celestial por sus grandes misericordias, que tan abundantemente nos ha declarado en Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador! ¿Qué agradecimiento digno y suficiente podemos darle? Prorrumpamos todos juntos en un alegre viaje, alabando y magnificando a este Señor de las misericordias, por su tierna bondad manifestada hacia nosotros en su amado Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Hasta ahora hemos oído lo que somos en nosotros mismos: grandes pecadores, miserables y condenables. Además, hemos oído de nosotros mismos, y que por nosotros mismos, no somos capaces ni de pensar un buen pensamiento, ni de hacer una buena obra, de modo que no podemos encontrar en nosotros mismos ninguna esperanza de salvación, sino más bien lo que contribuye a nuestra destrucción. Además, hemos oído la tierna bondad y la gran misericordia de Dios Padre hacia nosotros, y lo beneficioso que es para nosotros por causa de Cristo, sin nuestros méritos o merecimientos, sólo a expensas de su propia misericordia y tierna bondad. Ahora, ¿Cómo se obtienen estas grandes misericordias de DIOS, puestas en Cristo Jesús para nosotros? ¿Cómo somos liberados del cautiverio del pecado, la muerte y

el infierno?, será declarado más ampliamente (con la ayuda de DIOS) en el próximo Sermón. Entre tanto, sí, y en todo momento, aprendamos a conocernos a nosotros mismos, a nuestra fragilidad y debilidad, sin que nos quejemos ni nos jactemos de nuestros propios méritos y buenas acciones. Conozcamos también la gran misericordia de Dios hacia nosotros, y confesemos que, así como de nosotros proviene toda la maldad y la condenación, así también de él proviene toda la bondad y la salvación, como Dios mismo dice por el profeta Oseas: "Oh Israel, tu destrucción proviene de ti mismo, pero sólo en mí está tu ayuda y tu consuelo" (Oseas 13.9). Si nos sometemos humildemente a los ojos de Dios, podemos estar seguros de que en el momento de su visita, Él nos elevará al reino de su querido Hijo Cristo Jesús nuestro Señor: A quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor y la gloria por siempre. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO**

1. Explique las implicaciones de Génesis 3:19.
2. ¿Por qué San Pablo al hablar de la condición de pecador del hombre afirma que todos se hicieron inútiles (Romanos 3:9-18)?
3. ¿Qué tan bien entendemos nuestra condición miserable de pecado? ¿Qué tan bien entendemos la enormidad de nuestros pecados secretos y ocultos?
4. Explique por qué Cristo afirmó: "Ninguno hay bueno, sino sólo Dios" (S. Lucas 18:19).
5. ¿Por qué los piadosos tienen en poco su justicia y santidad?
6. ¿Cómo se describe al hombre en Gálatas 5 en su estado de pecado fuera de Cristo?
7. ¿Qué podemos decir de nuestras mejores obras?
8. ¿Por qué suele ocurrir que descuidamos los mandamientos de Dios y los tomamos livianamente?
9. ¿A qué se debe que no comprendemos la gran misericordia de Dios?
10. ¿Cómo obtenemos el favor de Dios? ¿Podemos obtener el favor de Dios por algún mérito propio? Explique.
11. ¿Por qué sólo Cristo es la fuente de la vida y sin Él no hay esperanza alguna?
12. Explique las enseñanzas contenidas en los Artículos No. IX, XII, XIII de los 39 Artículos de la Religión Cristiana.

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

He aquí, en sus santos no confía, y ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos; ¿Cuánto menos el hombre abominable y vil, que bebe la iniquidad como agua? (Job 15:15-16).

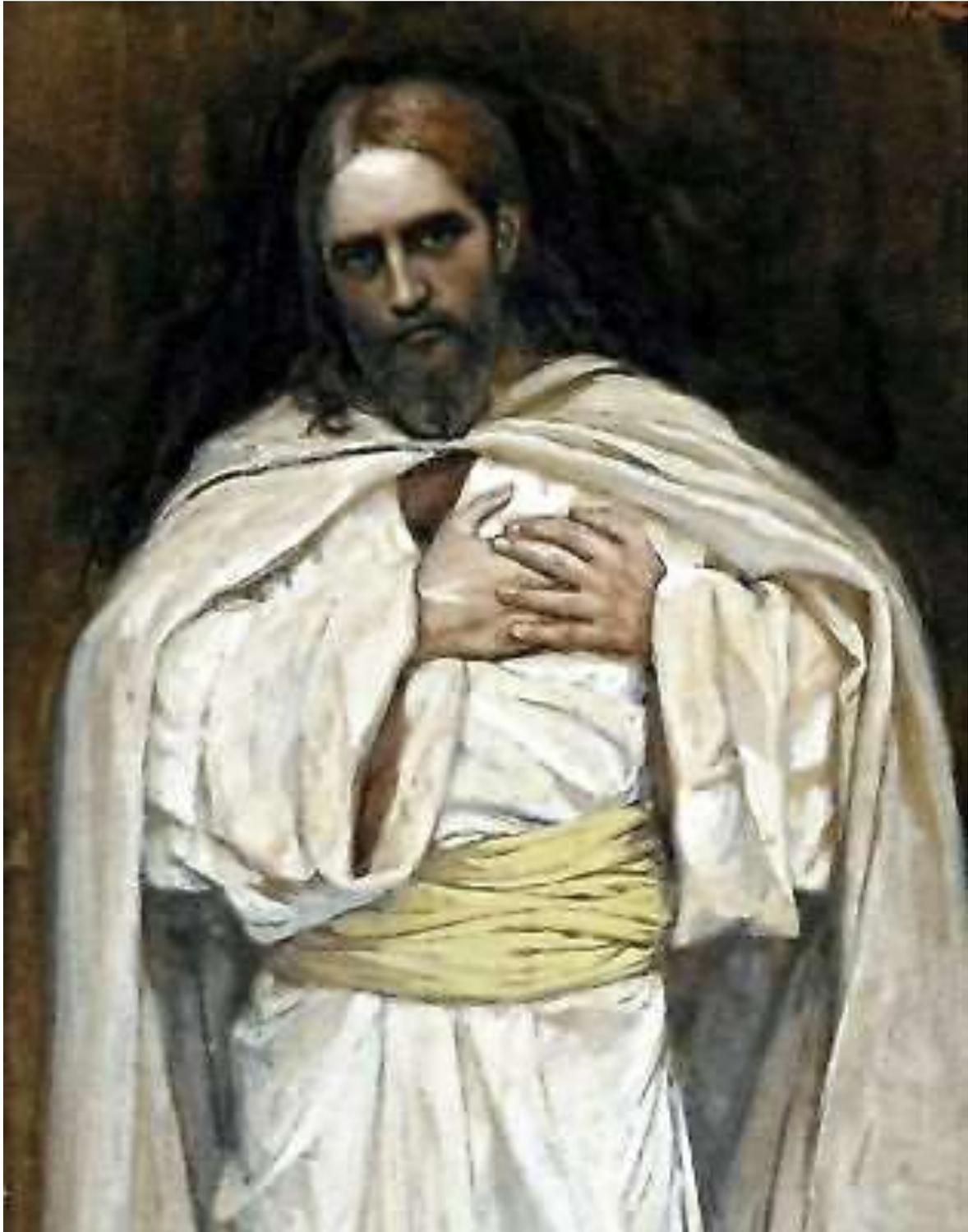
Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia, de los que se acordaban de ti en tus caminos; he aquí, tú te enojaste porque pecamos; en los pecados hemos

perseverado por largo tiempo; ¿podremos acaso ser salvos? Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trazo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento. Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades (Isaías 64:5-7).

Mi pecado te declararé, y no encubriré mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; Y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Selah (Salmos 32:5).

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebranto y desventura hay en sus caminos; Y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos (Romanos 3:10-18).

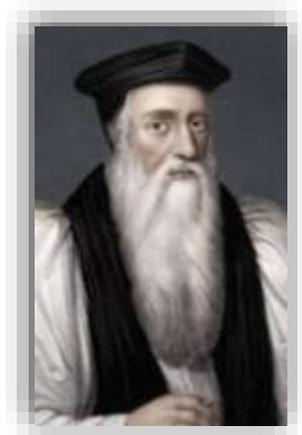




“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”.

**(1 Timoteo 2:5-6)**

# Homilía Sobre la Salvación de la Humanidad



Por Thomas Cranmer

## SERMON SOBRE LA SALVACIÓN DE LA HUMANIDAD

Solamente por Cristo nuestro Salvador del pecado y de la muerte eterna.

Porque todos los hombres son pecadores y ofensores contra Dios, e infractores de su ley y sus mandamientos, por lo tanto, ningún hombre puede ser justificado por sus propios actos, obras y hechos (ya que estos nunca son tan buenos), y no pueden hacerle justo ante Dios, sino que todo hombre se ve obligado a buscar otra justicia o justificación, para recibirla de las propias manos de Dios, es decir, el perdón de sus pecados y delitos, en las cosas que ha ofendido. Y esta justificación o justicia, que recibimos de la misericordia de Dios y de los méritos de Cristo, abrazados por la fe, es tomada, aceptada y permitida por Dios, para nuestra perfecta y plena justificación. Para una mejor comprensión de esto, es nuestra parte y deber recordar siempre la gran misericordia de DIOS, cómo (estando todo el mundo envuelto en el pecado por la violación de la Ley) DIOS envió a su único hijo, nuestro Salvador Cristo, a este mundo, para cumplir la Ley por nosotros, y por el derramamiento de su preciosísima sangre, para hacer un sacrificio y satisfacción, o (como puede llamarse) reparación a su Padre por nuestros pecados, para aplacar su ira e indignación concebida contra nosotros por los mismos.

La eficacia de la pasión y oblación de Cristo. En tanto que los niños, siendo bautizados y muriendo en su infancia, son por este sacrificio lavados de sus pecados, llevados al favor de DIOS, y hechos sus hijos, y herederos de su reino de los cielos. Y los que en acto o hecho pecan después de su bautismo, cuando se vuelven a DIOS sin fingir, son igualmente lavados por este sacrificio de sus pecados, de tal manera, que no queda ninguna mancha de pecado, que será imputada para su condenación. Esta es la justificación o justicia de la que habla San Pablo, cuando dice: Nadie es justificado por las obras de la Ley, sino gratuitamente por la fe en Jesucristo. Y también dice: Creemos en Jesucristo, para que seamos justificados gratuitamente por la fe de Cristo, y no por las obras de la Ley, porque nadie será

justificado por las obras de la Ley (Gálatas 2.16). Y aunque esta justificación sea gratuita para nosotros, no nos llega tan gratuitamente, que no se paga ningún rescate por ello.

Objeción. Pero aquí puede asombrarse la razón del hombre, razonando de esta manera. Si se paga un rescate por nuestra redención, entonces no se nos da gratuitamente. Porque un prisionero que pagó su rescate, no es liberado por liberalidad, pues si se va libremente, entonces se va sin rescate; porque ¿Qué otra cosa es ir libremente, sino ser liberado sin pagar el rescate?

Respuesta. Esta razón es satisfecha por la gran sabiduría de DIOS en este misterio de nuestra redención, quien ha templado de tal manera su justicia y misericordia juntas, que no quiso condenarnos por su justicia al cautiverio eterno del diablo, y su prisión del infierno, sin remedio para siempre sin misericordia, ni por su misericordia liberarnos claramente, sin justicia o pago de un rescate justo: pero con su misericordia sin fin unió su justicia más recta e igual. Su gran misericordia mostró hacia nosotros al librarlos de nuestro antiguo cautiverio, sin exigir que se pagara ningún rescate, o que se hiciera una reparación por nuestra parte, cosa que por nosotros había sido imposible de hacer. Y como no nos correspondía hacer eso, nos proveyó de un rescate, es decir, el preciosísimo cuerpo y sangre de su muy querido y amado Hijo Jesucristo, quien además de este rescate, cumplió la ley por nosotros perfectamente. Y así la justicia de DIOS y su misericordia se abrazaron, y cumplieron el misterio de nuestra redención. Y de esta justicia y misericordia de Dios unidas, habla S. Pablo en el tercer capítulo a los Romanos: Todos han pecado y tienen necesidad de la gloria de Dios, pero son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Jesucristo, a quien Dios nos envió como reconciliador y pacificador, mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia (Romanos 3.23-25). Y en el décimo capítulo, Cristo es el fin de la ley para justicia, para todo hombre que cree (Romanos 10.4). Y en el octavo cap. Lo que era imposible por la ley, en cuanto era débil por la carne, DIOS enviando a su propio Hijo, en la semejanza de la carne pecadora, por el pecado condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu (Romanos 8.3-4).

Tres cosas deben ir juntas en nuestra justificación. En estos lugares mencionados, el Apóstol toca especialmente tres cosas, que deben ir juntas en nuestra justificación. Por parte de Dios, su gran misericordia y gracia; por parte de Cristo, la justicia, es decir, la satisfacción de la justicia de Dios, o el precio de nuestra redención, mediante la ofrenda de su cuerpo y el derramamiento de su sangre, con el cumplimiento de la ley de manera perfecta y completa; y por nuestra parte, la fe verdadera y viva en los méritos de Jesucristo, que sin embargo no es nuestra, sino por obra de Dios en nosotros: De modo que en nuestra justificación no sólo está la misericordia y la gracia de Dios, sino también su justicia, que el Apóstol llama la justicia de Dios, y que consiste en el pago de nuestro rescate y en el cumplimiento de la ley: y así la gracia de Dios no excluye la justicia de Dios en nuestra justificación, sino que sólo excluye la justicia nuestra, es decir, la justicia de nuestras obras, en cuanto a ser méritos para merecer nuestra justificación. Y por lo tanto, S. Pablo no

declara aquí nada a favor del hombre, en lo que respecta a su justificación, sino sólo una fe verdadera y viva, que sin embargo es el don de DIOS, y no la única obra del hombre, sin DIOS: Y sin embargo, esa fe no excluye el arrepentimiento, la esperanza, el amor, el temor y el miedo a Dios, que se unen a la fe en todo hombre que es justificado, sino que los excluye del oficio de justificar.

Como debe entenderse, justifica sin obras. De modo que, aunque estén todas juntas en el justificado, no justifican todas juntas: La fe tampoco excluye la justicia de nuestras buenas obras, que necesariamente deben hacerse después por deber hacia Dios (pues estamos obligados a servir a Dios haciendo buenas obras, ordenadas por Él en su santa Escritura, todos los días de nuestra vida). Pero las excluye, para que no las hagamos con esta intención, para ser hechos buenos por hacerlas. Porque todas las buenas obras que podemos hacer, son imperfectas, y por lo tanto no pueden merecer nuestra justificación: pero nuestra justificación viene gratuitamente por la mera misericordia de DIOS, y de una misericordia tan grande y gratuita, que mientras todo el mundo no era capaz por sí mismo de pagar ninguna parte de su rescate, a nuestro Padre celestial le agradó, por su infinita misericordia, sin que nosotros obtuviéramos algo o lo mereciéramos, preparar para nosotros las preciosísimas joyas del cuerpo y la sangre de Cristo, por las que nuestro rescate quedara totalmente pagado, la ley cumplida y su justicia plenamente satisfecha. De modo que Cristo es ahora la justicia de todos los que verdaderamente creen en Él. Él pagó por ellos su rescate con su muerte. Por ellos cumplió la Ley con su vida. De modo que ahora, en él y por él, todo verdadero cristiano puede ser llamado cumplidor de la Ley, ya que lo que les faltaba a ellos, lo ha suplido la justicia de Cristo.

## **SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA SALVACIÓN.**

Habéis oído de quién deben buscar todos los hombres su justificación y su justicia, y cómo esta justicia llega a los hombres por la muerte y los méritos de Cristo; habéis oído también que se requieren tres cosas para obtener nuestra justicia, es decir, la misericordia de Dios, la justicia de Cristo y una fe verdadera y viva, de la cual brotan las buenas obras. También antes se declaró ampliamente, que ningún hombre puede ser justificado por sus propias obras buenas, que ningún hombre cumple la Ley, según la petición completa de la Ley.

Y S. Pablo, en su Epístola a los Gálatas, demuestra lo mismo, diciendo así: Si se hubiera dado alguna ley que pudiera justificar, ciertamente la justicia habría sido por la ley. Y también dice: Si la justicia es por la Ley, entonces Cristo murió en vano (Gálatas 2.21). Y de nuevo dice: Vosotros que os justificáis por la ley, habéis caído de la gracia. Y además escribe a los Efesios en este sentido: Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros mismos, porque es don de Dios, y no de las obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2.8-9). Y para ser breve, la suma de toda la disputa de Pablo es esta: que si la justicia viene de las obras, entonces no viene de la gracia; y si viene de la gracia, entonces no viene de las obras. Y a este fin tienden todos los Profetas, como dice San Pedro en el décimo de los Hechos. De Cristo todos los Profetas (de acuerdo a S. Pedro) dan testimonio de que por su

nombre, todos los que creen en Él, recibirán la remisión de los pecados (Hechos 10.43).

La sola fe justifica, es la doctrina de los antiguos Doctores. Y después de este sabio ser justificado sólo por esta verdadera y viva fe en Cristo, hablan todos los viejos y antiguos Autores, tanto griegos como latinos. De los cuales voy a citar especialmente a tres, Hilario, Basilio y Ambrosio. San Hilario dice claramente estas palabras en el IX. Canon sobre Mateo, La fe sólo justifica. Y San Basilio, un autor griego, escribe así: Este es un perfecto y completo regocijo en DIOS, cuando un hombre no se adelanta a sí mismo por su propia justicia, sino que se reconoce a sí mismo como carente de verdadera justicia y rectitud, y es justificado por la única fe en Cristo. Y Pablo (dice él) se gloria en el desprecio de su propia justicia, y que espera la justicia de DIOS, por la fe (Filip. 3.9).

Estas son las mismas palabras de San Basilio. Y San Ambrosio, un autor latino, dice estas palabras: Esta es la ordenanza de DIOS, que los que creen en Cristo, deben ser salvados sin obras, por la fe solamente, recibiendo libremente la remisión de sus pecados. Considera diligentemente estas palabras: Sin obras, por la sola fe, recibimos gratuitamente la remisión de nuestros pecados. ¿Qué se puede decir más claramente, que decir, que libremente sin obras, por la fe solamente obtenemos la remisión de nuestros pecados? Estas y otras frases semejantes, que somos justificados sólo por la fe, libremente y sin obras, las leemos muchas veces en los mejores y más antiguos escritores. Además de Hilario, Basilio y San Ambrosio, antes mencionados, leemos lo mismo en Orígenes, San Crisóstomo, San Cipriano, San Agustín, Próspero, Ecuemio, Focio, Bernardo, Anselmo y muchos otros autores, griegos y latinos.

La sola fe, cómo debe ser entendida. Sin embargo, esta frase, que seamos justificados por la fe solamente, no se entiende por parte de ellos, que dicha fe justificadora esté sola en el hombre, sin verdadero arrepentimiento, esperanza, caridad, reverencia, y el temor de DIOS, en cualquier momento y temporada. Tampoco cuando dicen: Que seamos justificados gratuitamente, no quieren decir que debamos o podamos ser ociosos después, y que no se requiera nada de nuestra parte después: Tampoco quieren decir que seamos justificados sin buenas obras, que no debamos hacer ninguna obra buena, como se expresará más ampliamente a continuación. Pero este dicho, que seamos justificados por la fe solamente, libremente y sin obras, se dice para quitar claramente todo el mérito de nuestras obras, como siendo incapaz de merecer nuestra justificación en las manos de DIOS, y por lo tanto más claramente para expresar la debilidad del hombre, y la bondad de DIOS, la gran debilidad de nosotros mismos, y la fuerza y el poder de DIOS, la imperfección de nuestras propias obras, y la abundantísima gracia de nuestro Salvador Cristo, y por lo tanto atribuir totalmente el mérito y el merecimiento de nuestra justificación sólo a Cristo, y su preciosísimo derramamiento de sangre.

El beneficio de la doctrina de la sola fe que justifica. Esta fe nos la enseña la Sagrada Escritura, ésta es la Roca fuerte y el fundamento de la Religión Cristiana, esta doctrina la aprueban todos los viejos y antiguos autores de la Iglesia de Cristo,

esta doctrina adelanta y expone la verdadera gloria de Cristo, y derriba la vana gloria del hombre, esto quien lo niegue, no debe ser considerado como un hombre cristiano, ni como un exponente de la gloria de Cristo, sino como un adversario de Cristo y su Evangelio, y como un exponente de la vana gloria del hombre.

Lo que son aquellos que impugnan la doctrina de la sola Fe que justifica. Y aunque esta doctrina no puede ser más cierta (como lo es en verdad) que seamos justificados gratuitamente sin todo mérito de nuestras propias obras buenas (como lo expresa San Pablo) y gratuitamente por esta fe viva y perfecta en Cristo solamente (como lo decían los autores antiguos), sin embargo, esta doctrina verdadera también debe ser entendida verdaderamente y declarada muy claramente, para que los hombres carnales no tomen injustamente la ocasión de vivir carnalmente, según el apetito y la voluntad del mundo, la carne y el diablo.

Una declaración de esta doctrina de la fe sin obras que justifica. Y para que ningún hombre se equivoque en esta doctrina, declararé clara y brevemente el correcto entendimiento de la misma, para que ningún hombre piense justamente que puede tomar alguna ocasión de libertad carnal, para seguir los deseos de la carne, o que por ello se cometerá algún tipo de pecado, o se usará más la vida impía.

En primer lugar, debes entender que en nuestra justificación por Cristo, no se debe tomar como una cosa, el oficio de DIOS hacia el hombre y el oficio del hombre hacia DIOS. La justificación no es el oficio del hombre, sino de DIOS, puesto que el hombre no puede hacerse justo por sus propias obras, ni en parte, ni en su totalidad, porque esa fue la mayor arrogancia y presunción del hombre, que el Anticristo pudo levantar contra DIOS, al afirmar que un hombre podría por sus propias obras, quitar y purgar sus propios pecados, y de esta forma justificarse a sí mismo.

La justificación es el oficio de Dios solamente. Pero la justificación es el oficio de DIOS solamente, y no es una cosa que le damos, sino que recibimos de Él: no que le damos, sino que tomamos de Él, por su libre misericordia, y por los únicos méritos de su amadísimo Hijo, nuestro único Redentor, Salvador y Justificador Jesucristo: de modo que el verdadero entendimiento de esta doctrina es que somos justificados gratuitamente por la fe sin obras, o que somos justificados por la fe en Cristo solamente, no es, que este nuestro propio acto, creer en Cristo, o esta nuestra fe en Cristo, que está dentro de nosotros, nos justifica, y merezca nuestra justificación (porque eso sería considerar que somos justificados por algún acto o virtud que está dentro de nosotros), sino que el verdadero entendimiento y significado de esto es que, aunque oigamos la palabra de Dios y la creamos, aunque tengamos fe, esperanza, caridad, arrepentimiento, reverencia y temor de Dios dentro de nosotros, y nunca podamos hacer tantas obras al respecto: Sin embargo, debemos renunciar al mérito de todas nuestras virtudes mencionadas, de la fe, la esperanza, la caridad, y todas las demás virtudes y buenas obras, que hemos hecho, haremos, o podemos hacer, como cosas que son demasiado débiles e insuficientes, e imperfectas, para merecer la remisión de nuestros pecados, y nuestra justificación, y por lo tanto debemos confiar sólo en la misericordia de DIOS, y en el sacrificio que nuestro

Sumo Sacerdote y Salvador Cristo Jesús, el Hijo de Dios, ofreció una vez por nosotros en la Cruz, para obtener así la gracia de Dios y la remisión, tanto de nuestro pecado original en el bautismo, como de todos los pecados actuales cometidos por nosotros después de nuestro bautismo, si realmente nos arrepentimos y nos volvemos a Él sin fingir. Así que, como San Juan Bautista, aunque nunca hubo un hombre tan virtuoso y piadoso, sin embargo, en este asunto de perdonar el pecado, apartó a la gente de Él, y los condujo a Cristo, diciéndoles así: He aquí el Cordero de DIOS, que quita los pecados del mundo (Juan 1. 29): así también, por más grande y piadosa que sea la fe viva, nos aparta de sí misma, y nos remite o designa a Cristo, para tener sólo por Él la remisión de nuestros pecados, o la justificación. De modo que nuestra fe en Cristo (por así decirlo) nos dice esto: No soy yo quien quita vuestros pecados, sino sólo Cristo, y sólo a Él os envió con ese fin, abandonando ante Él todas vuestras buenas virtudes, palabras, pensamientos y obras, y poniendo sólo vuestra confianza en Cristo.

### **TERCERA PARTE DEL SERMÓN DE LA SALVACIÓN.**

Se os ha declarado manifiestamente que ningún hombre puede cumplir la ley de Dios, y que, por lo tanto, todos los hombres están condenados por la ley; de lo cual se deduce necesariamente que se requiere otra cosa para nuestra salvación, además de la ley, a saber, una fe verdadera y viva en Cristo, que produzca buenas obras y una vida conforme a los mandamientos de Dios. Y también oíste las mentes de los autores antiguos de este dicho, La fe en sólo Cristo justifica al hombre, tan claramente declarado, que ves, que el verdadero significado de esta proposición o dicho, Somos justificados por la fe en Cristo sólo, (según el significado de los antiguos autores) es esto: Ponemos nuestra fe en Cristo, para que seamos justificados por Él solamente, para que seamos justificados por la misericordia gratuita de Dios, y por los méritos de nuestro Salvador Cristo solamente, y por ninguna virtud o buenas obras nuestras, que estén en nosotros, o que podamos tener o hacer, para merecer lo mismo: Cristo mismo es la causa meritoria de ello.

Aquí se perciben muchas palabras que deben usarse para evitar la contención en las palabras con los que se deleitan en discutir sobre palabras, y también para mostrar el verdadero significado para evitar las malas comprensiones y los malentendidos, y sin embargo, tal vez no todo servirá con los que son contenciosos: ya que los contendientes siempre forjarán asuntos de contención, incluso cuando no tienen ninguna ocasión para ello. No obstante, los tales son los que menos deben ser pasados por alto, para que los demás se beneficien, estos aparentemente son los más deseosos de conocer la verdad, para luego (siendo que es lo suficientemente clara) contender sobre ella, con cavilaciones contenciosas y capciosas, que procuran oscurecerla. La verdad es que nuestras propias obras no nos justifican, para hablar propiamente de nuestra justificación, (es decir) nuestras obras no son meritorias ni merecen la remisión de nuestros pecados, y no nos hacen de injustos a justos ante DIOS: pero DIOS de su propia misericordia, por los únicos méritos y merecimientos de su Hijo Jesucristo, nos justifica. Sin embargo, debido a que la fe nos envía directamente a Cristo para la remisión de nuestros pecados, y que por la fe que nos da DIOS, abrazamos la promesa de la misericordia de DIOS,

y de la remisión de nuestros pecados, (cosa que ninguna otra de nuestras virtudes u obras hace propiamente) por lo tanto la Escritura usa para decir, que la fe sin obras justifica. Y puesto que es toda una frase en efecto, para decir, la fe sin obras, y sólo la fe nos justifica, por lo que los antiguos Padres de la Iglesia de vez en cuando, han pronunciado nuestra justificación con este discurso, Sólo la fe nos justifica: lo que no significa ninguna otra cosa más allá de lo que San Pablo quiso decir, cuando dijo, la fe sin obras nos justifica. Y porque todo esto ha sucedido por los únicos méritos y merecimientos de nuestro Salvador Cristo, y no por nuestros méritos, o por el mérito de cualquier virtud que tengamos dentro de nosotros, o de cualquier obra que provenga de nosotros: por lo tanto, en ese aspecto de mérito y merecimiento, abandonamos (por así decirlo) completamente de nuevo, la fe, las obras y todas las demás virtudes. Porque nuestra propia imperfección es tan grande, por la corrupción del pecado original, que todo lo que hay en nosotros es imperfecto, la fe, la caridad, la esperanza, el temor, los pensamientos, las palabras y las obras, y por lo tanto no es apto para merecer y discernir ninguna parte de nuestra justificación por nosotros. Y esta forma de hablar usamos nosotros, para humillarnos ante DIOS, y para dar toda la gloria a nuestro Salvador Cristo, que es el más digno de tenerla.

Aquí habéis oído el oficio de DIOS en nuestra justificación, y cómo la recibimos de él gratuitamente, por su misericordia, sin nuestros merecimientos, mediante la fe verdadera y viva.

Los que predicán que la sola fe justifica, no enseñan la libertad carnal, o que no debemos hacer buenas obras. Ahora oirás el oficio y el deber de un hombre cristiano para con DIOS, lo que debemos por nuestra parte rendir a DIOS de nuevo, por su gran misericordia y bondad. Nuestro oficio es no pasar el tiempo de esta vida presente infructuosamente, y ociosamente, después de ser bautizados o justificados, sin importarnos las pocas buenas obras que hagamos, para gloria de DIOS, y provecho de nuestros prójimos: Mucho menos es nuestro oficio, después de haber sido hechos miembros de Cristo, vivir de manera contraria, haciéndonos miembros del diablo, caminando según sus incitaciones, y según las sugerencias del mundo y de la carne, por lo cual sabemos que servimos al mundo y al diablo, y no a DIOS.

Los demonios tienen fe, pero no la verdadera. Porque la fe que produce (sin arrepentimiento) obras malas, o ninguna obra buena, no es una fe correcta, pura y viva, sino una fe muerta, diabólica, falsa y fingida, como la llaman San Pablo y Santiago. Porque incluso los demonios saben y creen que Cristo nació de una virgen, que ayunó cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber, que hizo toda clase de milagros, declarándose a sí mismo plenamente DIOS: Creen que ascendió al cielo, y que está sentado a la derecha del Padre, y que en el último fin de este mundo vendrá de nuevo, y juzgará a los vivos y a los muertos. Estos artículos de nuestra fe los creen los demonios, y así creen que todas las cosas que están escritas en el nuevo y en el viejo testamento son verdaderas; y sin embargo, a pesar de toda esta fe, no son más que demonios, permaneciendo todavía en su estado condenable, faltando la verdadera fe cristiana.

Cuál es la fe verdadera y justificante. Porque la fe cristiana correcta y verdadera es, no sólo creer que la Sagrada Escritura, y todos los artículos mencionados de nuestra fe son verdaderos, sino también tener una confianza segura en las promesas misericordiosas de Dios, para ser salvado de la condenación eterna por Cristo: de lo cual sigue un corazón amoroso para obedecer sus mandamientos. Y esta verdadera fe cristiana no la tiene ningún diablo, ni tampoco ningún hombre que en la profesión externa de su boca, y en su recepción externa de los Sacramentos, al venir a la Iglesia, y en todas las otras apariencias externas, parece ser un hombre cristiano, y sin embargo en su vida y en sus hechos muestra lo contrario.

Los que siguen viviendo mal, no tienen la verdadera fe. Porque, ¿Cómo puede un hombre tener esta verdadera fe, esta segura confianza en DIOS, que por los méritos de Cristo, sus pecados sean perdonados, y ser reconciliado con el favor de DIOS, y ser partícipe del reino de los cielos por Cristo, cuando vive impíamente, y niega a Cristo en sus obras? Ciertamente, ningún hombre impío de este tipo puede tener esta fe y confianza en DIOS. Porque así como saben que Cristo es el único salvador del mundo, también saben que los hombres impíos no gozarán del reino de DIOS. Saben que DIOS odia la injusticia (Salmos 5:5-6), que destruirá a todos los que hablan con falsedad, que los que han hecho buenas obras (que no pueden hacerse sin una fe viva en Cristo) saldrán a la resurrección de la vida, y los que han hecho el mal, vendrán a la resurrección del juicio: muy bien saben también, que a los que son contenciosos, y a los que no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia, les llegará la indignación, la ira y la aflicción, etc.

Por lo tanto, para concluir, considerando los infinitos beneficios de DIOS, mostrados y dados a nosotros, misericordiosamente sin nuestros deseos, quien no sólo nos ha creado de la nada; y de un pedazo de arcilla vil, de su infinita bondad, nos ha exaltado (en cuanto a nuestra alma) a su propia similitud y semejanza: sino que, estando nosotros condenados al infierno y a la muerte eterna, dio a su propio Hijo unigénito, siendo DIOS eterno, inmortal e igual a él en poder y gloria, para que se encarnara y tomara sobre sí nuestra naturaleza mortal, con las debilidades de la misma, y en la misma naturaleza sufriera la muerte más vergonzosa y dolorosa por nuestras ofensas, con la intención de justificarnos y devolvernos la vida eterna: haciéndonos así también sus queridos hijos, hermanos de su único Hijo nuestro Salvador Cristo, y herederos para siempre con Él de su reino eterno de los cielos.

Estos grandes y misericordiosos beneficios de DIOS (si son bien considerados) no nos dan ocasión de ser ociosos, y de vivir sin hacer ninguna obra buena, ni nos incitan de ninguna manera a hacer cosas malas: sino que, por el contrario, si no somos personas despiadadas, y nuestros corazones son más duros que las piedras, nos mueven a entregarnos a DIOS por completo con toda nuestra voluntad, corazón, fuerza y poder, para servirle en todas las buenas obras, obedeciendo sus mandamientos durante nuestra vida, para buscar en todas las cosas su gloria y honor, no nuestros placeres sensuales y vana gloria, temiendo siempre de buena gana ofender a un DIOS tan misericordioso y amoroso redentor, de palabra, pensamiento u obra. Y estos beneficios de Dios profundamente considerados, nos

mueven también por su causa a estar siempre dispuestos a darnos a nuestro prójimo, y en la medida de lo posible, a estudiar con todo nuestro esfuerzo, hacer el bien a todo hombre. Estos son los frutos de la verdadera fe: hacer el bien a todos los hombres en la medida en que esté en nosotros, y sobre todo, y en todas las cosas, promover la gloria de DIOS, de quien sólo tenemos nuestra santificación, justificación, salvación y redención: a quien sea siempre la gloria, la alabanza y el honor, por los siglos de los siglos. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

1. ¿Qué es la justificación de la que habla San Pablo?
2. ¿Por qué es imprescindible la justificación para la salvación?
3. ¿Por qué dice Cranmer que la justificación no es gratuita?
4. ¿Cómo se relacionan la justicia y la misericordia divina en nuestra justificación?
5. ¿Cuáles son las tres cosas que deben ir juntas para la justificación?
6. ¿Por qué Dios excluye nuestra “justicia” de nuestra justificación?
7. Entonces, ¿Por medio de qué somos salvos? Explique.
8. ¿Qué virtudes y obras acompañan a la fe que viene de Dios?
9. ¿Por medio de qué viene nuestra justificación?
10. ¿En qué consiste la suma de toda la disputa que sostiene San Pablo en cuento a la justificación?
11. ¿Cuál es el testimonio unánime de los mejores maestros griegos y latinos con respecto a la justificación?
12. ¿Cómo debemos entender entonces la doctrina de la Sola Fe?
13. ¿Cuál es la doctrina que levantó el anticristo contra la clara enseñanza de la justificación por gracia por medio de la fe sin merito humano?
14. ¿Por qué Cranmer especifica que la fe en sí misma no nos justifica? ¿Cuál es el verdadero entendimiento o significado de esto?
15. ¿Por qué la doctrina de la “Sola fe que justifica” debe siempre estar acompañada de buenas obras?
16. ¿Cuál es nuestro oficio ante Dios en la justificación?
17. ¿Qué podemos decir de aquellos que tienen un vida aparentemente religiosa pero en su cotidianidad muestran lo contrario?
18. Exponga las enseñanzas que se derivan del Artículo XI de los 39 Artículos de la Religión Cristiana.

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR**

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá (Romanos 1:16-17).

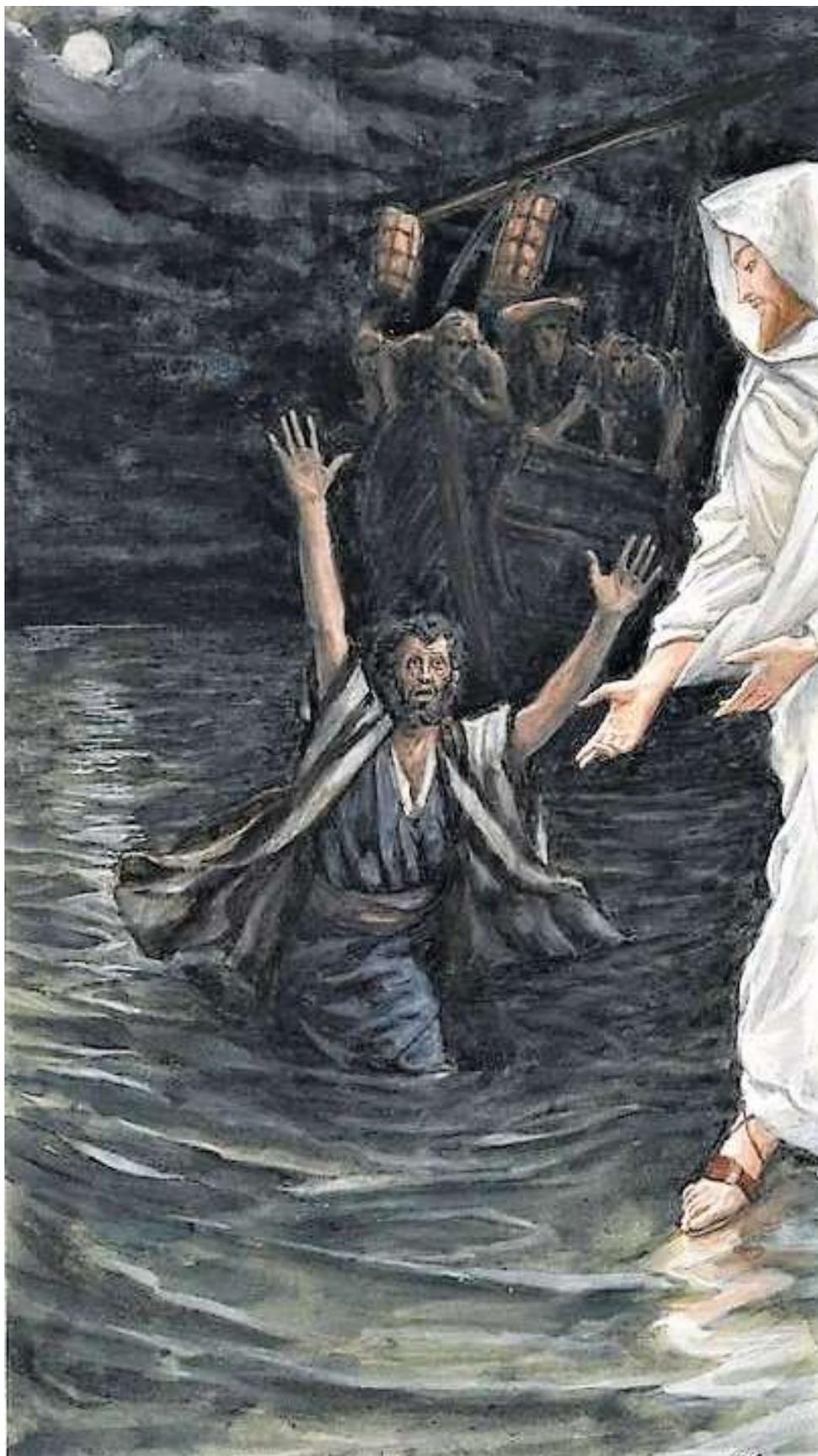
Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la

cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (Romanos 5:1-2).

He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá (Habacuc 2:4).

y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree (Hechos 13:39).

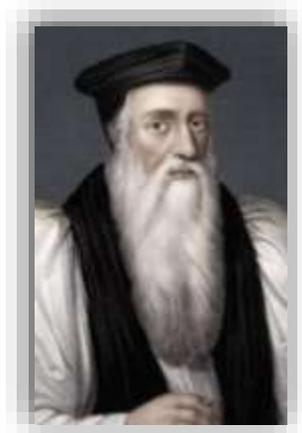




Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y sacíaos, pero no les daís las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

**(Santiago 2:14-17)**

# Homilía Sobre la Fe Viva y Verdadera



Por Thomas Cranmer

## UNA BREVE DECLARACIÓN DE LA FE CRISTIANA VIVA Y VERDADERA.

La fe. Venimos a Dios (buen pueblo cristiano) solamente a través de la Fe, por la cual (como se declara en el último Sermón) somos Justificados ante Dios. Y para que nadie se engañe, por falta de comprensión de la misma, hay que tener en cuenta que la Fe se toma en la Escritura de dos maneras.

Una fe muerta. Hay una fe, que en la Escritura se llama una fe muerta, que no produce ninguna obra buena, sino que es ociosa, estéril y sin fruto. Y esta fe, por el santo Apóstol Santiago, es comparada con la fe de los Demonios, que creen que DIOS es verdadero y justo, y tiemblan de miedo, pero no hacen nada bueno, sino todo mal (Santiago 2.17, 19). Y tal manera de actuar tiene el pueblo cristiano malvado y perverso, que confiesa a DIOS (como dice San Pablo) en su boca, pero lo niega en sus hechos, siendo abominable, y sin la fe correcta, y reprobable para todas las buenas obras (Tito 1.16). Y esta fe es una persuasión y un convencimiento en el corazón del hombre, por el cual sabe que hay un Dios, y está de acuerdo con toda la verdad de la santísima palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura. De modo que sólo consiste en creer en la palabra de Dios, que es verdadera. Y esto no se llama propiamente fe. Pero, así como el que lee los Comentarios de César, creyendo que son verdaderos, tiene un conocimiento de la vida y de los hechos notables de César, porque cree en la historia de César, no se puede decir que crea en César, de quien no busca ayuda ni beneficio. Por lo tanto, el que cree que todo lo que se dice de Dios en la Biblia es verdad, y sin embargo se siente tan autosuficiente, que no lo puede buscar para disfrutar de las promesas y beneficios de Dios: aunque puede decirse que tal hombre tiene fe y confianza en las palabras de Dios, no se dice propiamente que crea en Dios, o que tenga tal fe y confianza en Dios, por lo que puede esperar con seguridad la gracia, la misericordia y la vida

eterna de la mano de Dios, sino más bien la indignación y el castigo, según los méritos de su mala vida. Porque como está escrito en un libro, titulado de Didymus Alexandrinus, Ya que la fe sin obras es muerta, no es ahora la fe, como un hombre muerto, no es un hombre.

Una fe viva. Por lo tanto, esta fe muerta no es la fe segura y sustancial que salva a los pecadores. Hay otra fe en la Escritura, que no es (como la fe anterior) ociosa, infructífera y muerta, sino que obra por la caridad (como declara San Pablo, Gálatas 5.6). Y esto no es sólo la confianza común de los artículos de nuestra fe, sino también una verdadera confianza en la misericordia de Dios a través de nuestro Señor Jesucristo, y una esperanza firme de todas las cosas buenas que se recibirán de la mano de Dios: y que aunque nosotros, a través de la enfermedad o la tentación de nuestro espíritu inmaterial, nos alejemos de Él por el pecado, sin embargo, si volvemos a Él por el verdadero arrepentimiento, Él perdonará y olvidará nuestras ofensas por su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, y que nos hará herederos con Él de su Reino eterno, y que en el transcurso del tiempo hasta que ese reino venga, Él será nuestro protector y defensor en todos los peligros y riesgos, lo que sea que ocurra: y que, aunque a veces nos envíe a la adversidad, seguirá siendo un Padre amable para nosotros, corrigiéndonos por nuestros pecados, pero sin retirarnos finalmente su misericordia, si confiamos en Él y nos encomendamos enteramente a Él, nos aferramos a Él y le invocamos, dispuestos a obedecerlo y servirle. Esta es la fe cristiana verdadera, leal y no fingida, y no está sólo en la boca y en la profesión externa, sino que se siente y se agita interiormente en el corazón. Y esta fe no carece de esperanza y confianza en Dios, ni de amor a Dios y al prójimo, ni de temor a Dios, ni de deseo de escuchar la palabra de Dios y de seguir evitando la maldad y haciendo con gusto todas las buenas obras.

Esta fe (como la describe San Pablo) es la base segura y el fundamento de los beneficios que debemos esperar y confiar en recibir de Dios, un certificado y una búsqueda segura de ellos, aunque todavía no aparezcan sensiblemente ante nosotros. Y nada encomienda tanto a los hombres buenos ante Dios como esta fe y confianza seguras en Él (Hebreos 11.1, 6).

Tres cosas hay que notar de la fe. De esta fe, hay que notar especialmente tres cosas. Primero, que esta fe no se queda muerta en el corazón, sino que es fiel y fructífera para producir buenas obras. Segundo, que sin ella no se pueden hacer buenas obras que sean aceptables y agradables a DIOS. Tercero, qué clase de buenas obras son las que produce esta fe.

La fe está llena de buenas obras. En primer lugar, la luz no puede ocultarse, sino que se manifiesta en un lugar u otro: Así, una fe verdadera no puede mantenerse en secreto, sino que, cuando se presenta la ocasión, saldrá a la luz y se mostrará con buenas obras. Y así como el cuerpo viviente de un hombre ejercita siempre las cosas que pertenecen a un cuerpo natural y viviente, para alimentar y preservar el

mismo, según tenga necesidad, oportunidad y ocasión, así el alma que tiene una fe viviente en ella, estará haciendo siempre alguna buena obra, que declarará que está viva, y no estará ociosa. Por lo tanto, cuando los hombres oyen en las Escrituras tan altos elogios de la fe, que hace todo para agradar a Dios, para vivir con Dios, y para ser los hijos de Dios: es mera fantasía pensar que se les libera de hacer todas las buenas obras, y pueden vivir como desean, juegan con Dios y se engañan a sí mismos. Y es una señal manifiesta de que están lejos de tener la verdadera y genuina fe, y también lejos del conocimiento de lo que significa la verdadera fe. Porque la verdadera y genuina fe cristiana es, no solamente seguir todas las cosas de Dios, las cuales son contadas en las Sagradas Escrituras, sino también es una ferviente confianza en Dios, que Él nos considera a nosotros, y que Él es cuidadoso con nosotros, como el padre lo es con el niño al que ama, y que Él será misericordioso con nosotros por su único Hijo, y que tenemos a nuestro Salvador Cristo, nuestro perpetuo abogado y Sacerdote, en cuyos únicos méritos, obediencia y sufrimiento, confiamos que nuestras ofensas sean continuamente lavadas y purificadas, cuando (arrepintiéndonos de verdad) volvemos a Él, con todo nuestro corazón, decidiendo firmemente con nuestro ser, a través de su gracia, obedecerle y servirle en el cumplimiento de sus mandamientos, y nunca volver a pecar. Tal es la verdadera fe, que la Escritura tanto elogia, la cual cuando ve y considera lo que DIOS ha hecho por nosotros, también se motiva a través de la asistencia continua del Espíritu de DIOS, para servirle y complacerle, para mantener su favor, para temer su desagrado, para continuar siendo sus hijos obedientes, mostrando agradecimiento de nuevo al observar o guardar sus mandamientos, y eso libremente, por verdadera voluntad principalmente, y no por temor al castigo, o por voluntad de recompensa temporal, considerando cuán claramente, sin vacilaciones hemos recibido su misericordia y perdón libremente.

Esta verdadera fe se mostrará por sí misma, y no puede ser ociosa por mucho tiempo: Porque como está escrito, el hombre justo vive por su fe (Habacuc 2.4). Nunca duerme ni está ocioso, quiere permanecer despierto y estar bien ocupado. Y Dios, por medio de su profeta Jeremías, dice que es un hombre feliz y bendito, que tiene fe y confianza en Dios (Jeremías 17.7-8). Porque es como un árbol que está a la orilla del agua, y extiende sus raíces hacia el agua, y no teme el calor cuando llega, su hoja estará verde, y no dejará de dar su fruto: así, los hombres fieles (dejando de lado todo temor a la adversidad) mostrarán el fruto de sus buenas obras, cuando se les ofrezca la oportunidad de hacerlo.

## **SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA FE.**

Habéis oído en la primera parte de este Sermón, que hay dos clases de fe, una fe muerta e infructífera, y una fe verdadera que obra por la caridad. La primera es inútil; la segunda, necesaria para obtener nuestra salvación; esta fe tiene siempre asociada la caridad, y es fructífera, y produce todas las obras buenas. En cuanto al mismo asunto, oiréis lo que sigue. El sabio dice: "El que cree en Dios, escuchará sus

órdenes" (Eclesiástico 32.24). Porque si no nos mostramos fieles en nuestra vida cotidiana, la fe que pretendemos tener no es más que una fe falsa, ya que la verdadera fe cristiana se muestra manifiestamente con buenas palabras, y no sólo con vana palabrería, como dice San Agustín (Agustín, De Fide et Operibus 23, 42 (PL 40. 224), Libro de fide & operibus).

Y S. Crisóstomo dice (Pseudo-Crisóstomo, De Fide et Lege Naturae 1 [PG 48.1081], Sermo. de lege & fide.), La fe por sí misma está llena de buenas obras: tan pronto como un hombre sea creyente, será adornado con ellas. Cómo esta fe está llena de buenas obras, y cómo hace que la obra de un hombre sea más aceptable para DIOS que la de otro, lo enseña ampliamente S. Pablo en el capítulo XI de la epístola a los hebreos, diciendo que la fe hizo que la ofrenda de Abel fuera mejor que la de Caín. Esto hizo que Noé construyera el Arca. Esto hizo que Abraham abandonara su país y a todos sus amigos, y se fuera a un país lejano, para habitar entre extraños. Lo mismo hicieron Isaac y Jacob, dependiendo y sosteniéndose solamente de la ayuda y la confianza que tenían en DIOS. Y cuando llegaron al país que Dios les había prometido, no construyeron ciudades, ni pueblos, ni casas, sino que vivieron como extranjeros en tiendas de campaña, que cada día podrían ser desalojadas (Hebreos 11.4-38, Génesis 4.4-5, Génesis 6.22, Eclesiástico 44.17, Génesis 11.31, 12.1-5). Su confianza era tan grande en DIOS, que no se fijaron en ninguna cosa mundana, porque DIOS les había preparado mejores moradas en el cielo de su propio fundamento y edificio. Esta fe hizo que Abraham estuviera dispuesto, por orden de Dios, a ofrecer a su propio hijo y heredero, Isaac, al que tanto amaba, y por el que se le había prometido que tendría innumerables descendientes, entre los cuales debería nacer uno, en el que todas las naciones serían bendecidas, confiando tanto en Dios, que aunque fuera asesinado, sin embargo, ese Dios era capaz, por su poder omnipotente, de librarlo de la muerte, y cumplir su promesa (Génesis 22. 1-18, 26.1-35, 1-18, 26.1-35, Eclesiástico 44.20). No desconfió de la promesa de Dios, aunque a su razón todo le parecía contrario. Creyó en verdad que Dios no lo abandonaría en la muerte y el hambre que había en el país. Y en todos los demás peligros a los que fue sometido, confió siempre en que Dios sería su Dios, y su protector y defensor, por más que viera lo contrario. Esta fe actuó de tal manera en el corazón de Moisés, que se negó a ser tomado por el rey Faraón, hijo de su hija, y a tener una gran herencia en Egipto, pensando que era mejor padecer con el pueblo de Dios sufriendo aflicciones y dolor, que vivir con los hombres malos, en el pecado, llevando una vida agradable por un tiempo (Éxodo 2.11). Por la fe, no le importó la amenaza del rey Faraón, porque su confianza estaba tan en Dios, que no se fijó en la felicidad de este mundo, sino que esperó la recompensa que vendría en el futuro, poniendo su corazón en el Dios invisible, como si lo hubiera visto siempre presente ante sus ojos. Por la fe, los hijos de Israel pasaron el mar rojo (Éxodo 14.22). Por la fe, las murallas de Jericó se derrumbaron sin golpe, y muchos otros milagros maravillosos se han realizado (Josué 6.20).

En todos los hombres buenos que han existido hasta ahora, la fe ha producido sus buenas obras, y obtuvieron las promesas de DIOS. La fe ha detenido la boca de los leones (Daniel 6.16-23); la fe ha apagado la fuerza del fuego (Daniel 3. 13-28): la fe ha escapado a los filos de las espadas: la fe ha dado fuerza a los hombres débiles, victoria en la batalla, ha derrotado a los ejércitos de los infieles, ha devuelto la vida a los muertos: la fe ha hecho que los hombres buenos se adueñen de buena parte, algunos han sido burlados y azotados, atados y arrojados a la cárcel, algunos han perdido todos sus bienes, y han vivido en una gran pobreza, algunos han vagado por montañas, colinas y en el desierto, algunos han sido atormentados, algunos asesinados, algunos apedreados, algunos aserrados, algunos despedazados, algunos decapitados, algunos despojados sin misericordia, y no quisieron aceptar el rescate, porque esperaban levantarse de nuevo a un estado mejor (Hebreos 11. 36-38).

Todos estos Padres, Mártires y otros hombres santos, (de los que San Pablo habló) tenían su fe seguramente fijada en DIOS, cuando todo el mundo estaba contra ellos. No sólo sabían que Dios era el Señor, el creador y el sustentador de todos los hombres del mundo, sino que también tenían una confianza especial en que era y sería su Dios, su consolador, su ayudante, su sostén y su defensor. Esta es la fe cristiana que estos santos hombres tenían, y que nosotros también deberíamos tener. Y aunque no se les llamaba hombres cristianos, sin embargo, era una fe cristiana la que tenían, porque esperaban todos los beneficios de DIOS el Padre, a través de los méritos de su Hijo Jesús Cristo, como lo hacemos nosotros ahora. La diferencia entre ellos y nosotros es que ellos esperaban que Cristo viniera, y nosotros estamos en el tiempo en que Él vino y está por regresar. Por lo tanto, de acuerdo con S. Agustín con respecto a la fe (Agustín, In Ioannis Evangelium Tract. 45 10, 9 [PL 35: 1722]), el tiempo se altera y cambia, pero no la fe. Porque ambos tenemos una sola fe en un solo Cristo. El mismo Espíritu Santo que nosotros tenemos, lo tuvieron ellos, dice S. Pablo (2 Corintios 4.13). Porque así como el Espíritu Santo nos enseña a confiar en Dios y a invocarlo como nuestro Padre, así también les enseñó a decir, como está escrito: Tú, Señor, eres nuestro Padre y Redentor, y su Nombre no tiene principio y es eterno. Dios les dio entonces la gracia de ser sus hijos, como lo hace ahora con nosotros (Isaías 63.10-11). Pero ahora, por la venida de nuestro Salvador Cristo, hemos recibido más abundantemente el Espíritu de Dios en nuestros corazones, por lo que podemos concebir una mayor fe, y una confianza más segura que la que muchos de ellos tenían. Y San Pablo alaba tanto su fe, porque nosotros no debemos darnos menos, sino más, a Cristo, tanto en la profesión como en el culto, ahora que Cristo ha venido, sí, más que los antiguos padres antes de su venida. Y por toda la declaración de San Pablo, es evidente que la fe verdadera, fiel y cristiana, no es una cosa muerta, vana o infructuosa, sino una cosa de perfecta verticalidad, de maravillosa operación, virtud y fuerza, que trae consigo todos los buenos movimientos y las buenas obras.

Toda la Sagrada Escritura atestigua que la verdadera fe leal en Cristo produce buenas obras; por lo tanto, todo hombre debe examinarse y probarse a sí mismo con diligencia, para saber si tiene la misma fe leal en su corazón o no, lo cual conocerá por sus frutos. Muchos que profesaban la fe de Cristo, estaban en este error, que pensaban que conocían a DIOS, y creían en él, cuando en su vida declaraban lo contrario: Este error San Juan, en su primera epístola, lo refuta así: "Por lo tanto, estamos certificados de que conocemos a Dios, si observamos sus mandamientos. El que dice que conoce a Dios, y no observa sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él (1 Juan 2.3-4). Y además dice: El que peca, no ve a Dios, ni lo conoce; que nadie os engañe, hijos bienaventurados (1 Juan 3.6-7). Y además dice: En esto sabemos que somos de la verdad, y así persuadiremos nuestros corazones ante Él (1 Juan 3.19-22).

Porque si nuestro propio corazón se equivoca, DIOS está al tanto de nuestros corazones y lo sabe todo. Por otra parte, si nuestros corazones no lo ven, tenemos confianza en Dios, y tendremos de Él todo lo que pidamos, porque cumplimos sus mandatos y hacemos lo que le agrada. Y además dice: Todo hombre que cree que Jesús es Cristo, es nacido de Dios, y sabemos que quien es nacido de Dios, no peca; pero el que es engendrado por Dios, se purifica, y el pecado no lo toca (1 Juan 5.1, 18). Y finalmente concluye, y muestra la causa por la que escribió esta epístola, diciendo: Por esta causa os he escrito, para que sepáis que tenéis vida eterna, que vivís en el Hijo de Dios (1 Juan 5.13). Y en su tercera Epístola confirma todo el asunto de la fe y las obras, en pocas palabras, diciendo: El que hace bien, es de Dios, y el que hace mal, no conoce a Dios (3 Juan 11). Y como dice San Juan, que así como el conocimiento verdadero y la fe de Dios producen buenas obras, así también dice de la esperanza y la caridad, que no pueden resistir la mentira. De la esperanza dice lo siguiente: Sabemos que cuando Dios aparezca, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es; y quien tiene esta esperanza en Él, se purifica como Dios es puro (1 Juan 3.2-3). Y de la caridad dice estas palabras: El que cumple la palabra y el mandamiento de Dios, en Él está verdaderamente la perfecta voluntad de Dios (1 Juan 2.5). Y otra vez dice: Esta es la voluntad de Dios, que guardemos sus mandamientos (1 Juan 5.3). Y S. Juan no escribió esto como una frase sutil, inventada por su propia fantasía, sino como una verdad muy cierta y necesaria, enseñada por el mismo Cristo, la verdad eterna e infalible, que en muchos lugares afirma muy claramente que la fe, la esperanza y la caridad no pueden consistir o permanecer sin obras buenas y piadosas. De la fe, dice: El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero el que no cree en el Hijo, no verá esa vida, sino que la ira de Dios permanecerá sobre él. Y lo mismo confirma con otro texto enfático, diciendo: En verdad, en verdad os digo que el que cree en mí, tiene vida eterna (Juan 6.47).

Ahora bien, puesto que el que cree en Cristo tiene vida eterna, es necesario que el que tiene esta fe tenga también buenas obras y se esfuerce por cumplir los mandamientos de Dios obedientemente. Porque los que tienen obras malas y dejan

su vida en la desobediencia y la transgresión o el incumplimiento de los mandamientos de Dios, sin arrepentirse, no pierden la vida eterna, sino que ganan la muerte eterna, como dice el propio Cristo: Los que hacen el bien, irán a la vida eterna, pero los que hacen el mal, irán al fuego eterno (Mateo 25.46). Y otra vez dice: Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin; al que tenga sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida; el que tenga la victoria, tendrá todas las cosas, y yo seré su DIOS, y él será mi hijo: Pero los temerosos, los que desconfían de Dios y los que no tienen fe, los maledicentes, los fornicarios, los hechiceros y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21. 6-8).

La caridad hace que se realicen buenas obras. Y así como Cristo afirma indudablemente que la verdadera fe produce buenas obras, también dice lo mismo de la caridad. El que tiene mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama. Y después dice: El que me quiere, cumplirá mi palabra, y el que no me quiere, no cumple mis palabras. Y así como el amor de Dios es probado por las buenas obras, también lo es el temor de Dios, como dice el sabio: El temor de Dios aleja el pecado. Y también dice: El que teme a Dios, hará (Juan 14:21-24; Eclesiástico 1:21; 15:1).

### **TERCERA PARTE DEL SERMÓN SOBRE LA FE.**

Habéis oído en la segunda parte de este Sermón, que nadie debe pensar que tiene esa fe leal que manda la Escritura, cuando no obedece las leyes de Dios, porque todas las obras buenas surgen de esa fe: Y también se os ha declarado con ejemplos, que la fe hace a los hombres firmes, tranquilos y pacientes en toda aflicción. Ahora bien, en cuanto al mismo asunto, oiréis lo que sigue. Un hombre puede engañarse a sí mismo, y pensar fantaseando que por la fe conoce a Dios, lo ama, le teme y le pertenece, cuando en realidad no hace nada menos. Porque la prueba de todas estas cosas es una vida muy piadosa y cristiana. El que siente que su corazón está orientado a exaltar el honor de Dios, y estudia para conocer la voluntad y los mandatos de Dios, y para ajustarse a ellos, y no conduce su vida según el deseo de su propia carne, para servir al diablo por medio del pecado, sino que se proponga servir a Dios por su propio bien, y por su bien también querer a todos sus prójimos, sean amigos o adversarios, haciendo el bien a cada uno (según la oportunidad) y sin perjudicar a nadie: tal hombre puede alegrarse en DIOS, percibiendo por su estilo de vida, que él es genuino y tiene el conocimiento correcto de DIOS, una fe viva, una esperanza firme, un amor verdadero y sin fingimiento, y el temor de DIOS. Pero el que se quita el yugo de los mandamientos de Dios de su cuello, y se entrega a vivir sin verdadero arrepentimiento, según su propia mente y placer sensuales, sin conocer la palabra de Dios, y mucho menos vivir de acuerdo con ella, se engaña a sí mismo y no ve su propio corazón, si piensa que conoce a Dios, lo ama, lo teme o confía en él. Algunos se engañan a sí mismos, creyendo que son de Dios, aunque viven en el pecado, y así vienen a la Iglesia, y se muestran como hijos de Dios. Pero San Juan dice claramente: Si decimos que tenemos alguna

comuni3n con Dios, y caminamos en la oscuridad, mentimos (1 Juan 1.6). Otros piensan vanamente que conocen y aman a Dios, aunque no guardan de los mandamientos. Pero San Juan dice claramente: El que dice que conoce a Dios, y no cumple sus mandamientos, es un mentiroso (1 Juan 2.4). Algunos se persuaden falsamente de que aman a Dios, cuando odian a sus vecinos. Pero San Juan dice claramente: Si alguien dice que ama a Dios, pero odia a su hermano, es un mentiroso (1 Juan 4.20). El que dice que est1 en la luz, y odia a su hermano, todav1a est1 en la oscuridad. El que ama a su hermano, vive en la luz, pero el que odia a su hermano, est1 en las tinieblas, y camina en las tinieblas, y no sabe a d3nde va: Porque las tinieblas han cegado sus ojos (1 Juan 2.9-11). Y adem1s dice: En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios (1 Juan 3.10). Por lo tanto, no os engañe1s a vosotros mismos, pensando que ten1s fe en Dios, o que quer1s a Dios, o que confi1s en 1l, o que le tem1s, cuando viv1s en el pecado: porque entonces vuestra vida viciosa y pecaminosa declara lo contrario, diga lo que diga o piense lo que piense. Pertenece al hombre cristiano tener esta verdadera fe cristiana, y juzgarse a s1 mismo si la tiene o no, y saber lo que le pertenece, y c3mo obra en 1l. No podemos confiar en el mundo, el mundo y todo lo que hay en 1l es una vanidad. Es DIOS quien debe ser nuestra defensa y protecci3n contra toda tentaci3n de maldad y pecado, errores, superstici3n, idolatr1a y toda la maldad. Si todo el mundo estuviera en contra de nosotros, y DIOS de nuestra parte, ¿Qu1 podr1a hacer el mundo contra nosotros? Por lo tanto, pongamos toda nuestra fe y confianza en DIOS, y ni el mundo, ni el diablo, ni todo el poder de ellos se opondr1n a nosotros. Por lo tanto, probemos y examinemos nuestra fe, lo que es: no nos halaguemos a nosotros mismos, sino miremos nuestras obras, y as1 juzguemos nuestra fe. Cristo mismo habla de este asunto, y dice: El 1rbol se conoce por el fruto (Lucas 6.44, Mateo 12.33). Por lo tanto, hagamos buenas obras y declaremos as1 que nuestra fe es la fe cristiana verdadera. Por medio de las virtudes que deben surgir de la fe, demostremos que nuestra elecci3n es segura y estable, como enseña San Pedro: Procura que tu vocaci3n y elecci3n sean seguras por medio de las buenas obras. Y tambi1n dice: vosotros tambi1n, poniendo toda diligencia por esto mismo, aña1d1d a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor (2 Pedro 1.5-7): as1 demostraremos con hechos que tenemos la verdadera fe cristiana, y podremos certificar mejor nuestra conciencia de que estamos en la buena fe, y tambi1n por estos medios confirmar a otros hombres. Si estos frutos no se producen, no hacemos m1s que burlarnos de Dios, engañarnos a nosotros mismos y tambi1n a otros hombres. Bien podemos llevar el nombre de hombres cristianos, pero carecemos de la verdadera fe que le corresponde, porque la verdadera fe siempre trae consigo buenas obras, como dice Santiago: Mu1strame tu fe por tus obras (Santiago 2.18). Tus hechos y obras deben ser un testimonio abierto de tu fe; de lo contrario, tu fe (sin buenas obras) no es m1s que la fe de los demonios, la fe de los malvados, una fantas1a de fe, y no una verdadera fe cristiana. Y al igual que los diablos y las personas imp1as no son mejores por su fe falsa, sino

que es para ellos una causa de mayor condenación: así, los que son cristianos y han recibido el conocimiento de Dios y de los méritos de Cristo, y, sin embargo, de manera deliberada, viven ociosamente, sin buenas obras, pensando que el nombre de un dios desnudo es suficiente para ellos, o bien poniendo sus mentes en los placeres de este mundo, viven en el pecado sin arrepentirse, sin considerar los frutos que pertenecen a tan alta profesión, por lo que estas personas presuntuosas y pecadoras voluntarias, deben sufrir la gran venganza de Dios, y el castigo eterno en el infierno, preparado para los viciosos y malvados. Por lo tanto, si profesáis el nombre de Cristo (buen pueblo cristiano), no dejéis que tales fantasías e imaginaciones de fe os engañen en ningún momento, sino que estad seguros de vuestra fe, probadla con vuestra vida, mirad los frutos que se derivan de ella, comprobad el aumento de la fe y la caridad hacia DIOS y vuestro prójimo, y así percibiréis que es una fe genuina en verdad. Si sientes y percibes tal fe en ti, confía en ella: y sé diligente en mantenerla, y mantenla todavía en ti, deja que aumente cada día, y más y más por medio de un buen trabajo, y así estarás seguro de que complacerás a DIOS por esta fe, y al final (como otros hombres fieles han hecho antes) así vendrás a El (cuando sea su voluntad), y recibirás el fin y la recompensa final de tu fe (como San Pedro lo denomina) la salvación de vuestras almas (1 Pedro 1.9): que DIOS os conceda, lo mismo que ha prometido a sus fieles, a quien sea todo el honor y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

1. ¿Por cuál medio venimos a Dios?
2. ¿Qué es una fe muerta?
3. ¿La fe verdadera se circunscribe solo en creer que la Sagrada Escritura es cierta y que hay un Dios vivo?
4. ¿Cómo reconocemos la fe viva?
5. ¿Cuáles son las tres cosas que debemos notar de la fe viva y verdadera?
6. ¿Por qué Cranmer afirma que los piadosos del Antiguo Testamento tenían una fe cristiana?
7. ¿Qué compromiso tenemos los creyentes hoy por la fe sabiendo que Cristo ya vino y le esperamos por segunda vez?
8. ¿Qué debe hacer todo hombre cristiano con respecto a su fe?
9. ¿Cómo corrige San Juan la idea vana de quienes dicen tener fe, pero vive sin temor de Dios?
10. ¿Puede un hombre engañarse pensando que tiene fe sin poseerla en verdad? Explique.
11. ¿Cómo podemos evaluar nuestra fe?
12. Exponga las enseñanzas que se derivan del Artículo XII de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana.

## **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR**

Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardoador de los que le buscan (Hebreos 11:6).

Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado (Romanos 14:23).

Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos (Hebreos 11:2).

porque por fe andamos, no por vista (2 Corintios 5:7).

Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas (Lucas 6:44).





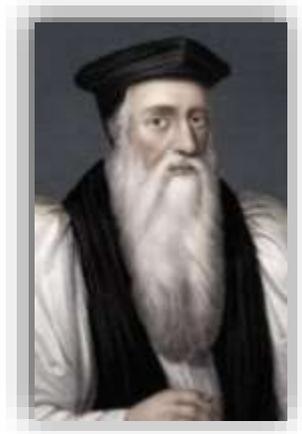
“y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”.

**(Santiago 4:17)**

¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo! ¡Ay de los sabios en sus propios ojos, y de los que son prudentes delante de sí mismos! ¡Ay de los que son valientes para beber vino, y hombres fuertes para mezclar bebida; los que justifican al impío mediante cohecho, y al justo quitan su derecho! Por tanto, como la lengua del fuego consume el rastrojo, y la llama devora la paja, así será su raíz como podredumbre, y su flor se desvanecerá como polvo; porque desecharon la ley de Jehová de los ejércitos, y abominaron la palabra del Santo de Israel. Por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo, y extendió contra él su mano, y le hirió; y se estremecieron los montes, y sus cadáveres fueron arrojados en medio de las calles. Con todo esto no ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.

**(Isaías 20:25)**

# Homilía Sobre las Buenas Obras



Por Thomas Cranmer

## UN SERMÓN SOBRE LAS BUENAS OBRAS ANEXAS A LA FE.

No se pueden hacer buenas obras sin fe. En el último sermón se os declaró cuál es la verdadera fe de un cristiano, que hace que el hombre no esté ocioso, sino que se ocupe en realizar buenas obras, según la ocasión. Ahora, por la gracia de Dios, se declarará la segunda cosa que antes se señaló de la fe, que sin ella no se puede hacer ninguna obra buena, aceptable y agradable para Dios. Porque como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo (dice nuestro Salvador Cristo) si no permanece en la Vid, así no podéis vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer (Juan 15:4-5). Y S. Pablo demuestra que el eunuco tenía fe, porque agradaba a Dios. Porque sin fe (dice él) no es posible agradar a Dios (Hebreos 11:6). Y también a los romanos les dice que cualquier obra que se haga sin fe, es pecado (Romanos 14:23). La fe da vida al alma, y están tan muertos para Dios los que carecen de fe, como lo están para el mundo, aquellos cuyos cuerpos carecen de alma. Sin la fe, todo lo que es hecho por nosotros no es más que muerte ante Dios, aunque parezca que nunca se ha hecho obra tan alegre y gloriosa ante el hombre. Así como el cuadro pintado no es más que una representación muerta de la cosa en sí misma, y no tiene vida, ni ninguna forma de motivación, así son las obras de todas las personas infieles ante Dios. Parecen ser obras de verdad, y en realidad no son más que algo muerto, que no se acerca a la vida eterna. No son más que sombras y muestras de cosas buenas y lindas, y no son cosas buenas y lindas en realidad. Porque la verdadera fe da vida a las obras, y de esa fe surgen las obras buenas, que son muy buenas, y sin fe ninguna obra es buena ante Dios, como dice San Agustín (Enarratio in Psalm. 31 2, 4 [PL 36.259]). No debemos dejar que las buenas obras se antepongan a la fe, ni pensar que antes de la fe un hombre pueda hacer alguna obra buena; porque tales obras, aunque parezcan dignas de admiración a los hombres, en realidad no son más que vanas, y

no están permitidas ante Dios. Son como el curso de un Caballo que corre fuera del camino, que toma gran trabajo, pero sin propósito. Por lo tanto, que ningún hombre (dice él) cuente con sus buenas obras antes que con su fe: Donde no hubo fe, no hubo buenas obras. La intención (dice él) hace las buenas obras, pero la fe debe guiar y ordenar la intención del hombre. Y Cristo dice: "pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas" (Mateo 6.23). El ojo significa la intención (dice S. Agustín) con la que un hombre hace una cosa. Así que el que no hace sus buenas obras con una intención piadosa, y una verdadera fe, y por amor: todo el cuerpo además de (es decir) todo el número de sus obras, está en obscuridad, y no hay luz en ellas. Porque las buenas obras no se miden por los hechos en sí mismos, para hacer distinción de los vicios, sino por los fines e intenciones por los que se hicieron. Si un pagano viste al desnudo, alimenta al hambriento y hace otras obras similares, pero como no las hace de buena gana, por el honor y el amor de Dios, no son más que obras muertas, vanas e infructuosas para él. La fe es lo que encomienda la obra a DIOS: porque (como dice San Agustín) quieras o no, esa obra que no proviene de la fe, es nada: donde la fe de Cristo no es el fundamento, no hay obra buena, ni edificio que construyamos. Hay una obra, en la cual se encuentran todas las buenas obras, esta es la fe, que obra por la caridad: si la tienes, tienes la base de todas las buenas obras. Porque las virtudes de la fuerza, la sabiduría, la templanza y la justicia se refieren a esta misma fe. Sin esta fe no las tenemos, sino sólo los nombres y las sombras de ellas (como dice San Agustín). Toda la vida de los que carecen de la verdadera fe es pecado, y nada es bueno sin ella, que es la autora de la bondad: donde ella no está, no hay más que una virtud débil, aunque sea en las mejores obras. Y S. Agustín, declarando este verso del Salmo, La tórtola ha encontrado un nido donde puede guardar sus polluelos, dice que los judíos, herejes y paganos hacen buenas obras, cubren al desnudo, alimentan al pobre y hacen otras buenas obras de misericordia; pero como no se hacen en la verdadera fe, los polluelos se pierden. Pero si permanecen en la fe, entonces la fe es el nido y la salvaguarda de sus polluelos, es decir, la salvaguarda de sus buenas obras, para que la recompensa de ellas no se pierda. Este asunto, es discutido por San Agustín ampliamente en muchos libros, tales como: (Ambrosiaster, De Vocatione Gentium 1, 3 [PL 17.1078], De vocatione gentium, lib.cap.). San Ambrosio concluye en pocas palabras diciendo: Aquel que por naturaleza quiere resistir el vicio, ya sea por voluntad natural o por la razón, hace en vano el tiempo de esta vida y no alcanza las verdaderas virtudes: porque sin el culto al verdadero Dios, lo que parece ser verdad, es vicio. Y, sin embargo, San Crisóstomo escribe muy claramente a este propósito, (Pseudo-Crisóstomo, De Fide et Lege Naturae 1 [PG 48. 1081-82], In sermone de fide, lege, & spiritu sancto). Encontrarás a muchos que no tienen la verdadera fe, y no son del rebaño de Cristo, y sin embargo (como parece) florecen en buenas obras de misericordia: los encontrarás llenos de piedad, compasión y dispuestos a la justicia, y sin embargo no tienen fruto de sus obras, porque falta la obra principal. Porque cuando los judíos le preguntaron a Cristo qué debían hacer para realizar buenas obras, Él respondió: Esta es la obra de Dios, permanecer en el que Él ha enviado (Juan 6.29), de modo que llamó a la fe la obra de Dios. Y según el hombre tenga

fe, florecerá en buenas obras; porque la fe en sí misma está llena de buenas obras, y nada es bueno sin fe. Y por similitud, dice que los que brillan y resplandecen en buenas obras sin fe en Dios, son como los hombres muertos, que tienen tumbas piadosas y preciosas, y sin embargo, no les aporta nada. La fe no puede estar desnuda sin buenas obras, porque entonces no es verdadera fe; y cuando ella es examinada, sin embargo, es sobre las obras. Porque así como los hombres que son verdaderamente hombres, primero tienen vida, y después son alimentados, así nuestra fe en Cristo debe ir antes, y después ser alimentada con buenas obras. Y la vida no puede ser sin alimento, pero donde hay alimento no se puede estar sin vida. El hombre debe alimentarse con buenas obras, pero primero debe tener fe. El que hace buenas obras, pero sin fe, no tiene vida. Les puedo mostrar a un hombre que por la fe, sin obras, se alimentó y llegó a la sanidad; pero sin fe, ningún hombre tuvo vida. El ladrón que fue colgado, cuando Cristo sufrió, fue librado, y el Dios más misericordioso lo justificó. Y para que nadie diga otra vez que le faltó tiempo para hacer buenas obras, pues de lo contrario las habría hecho, es cierto, y no voy a discutirlo, pero esto sí afirmaré, que fue salvo por medio de la fe solamente sin las obras. Si hubiera vivido y no hubiera considerado la fe y sus obras, esto indicaría que en realidad no tuvo la salvación. Pero este es el efecto que digo, que la fe por sí misma lo salvó, y que las obras por sí mismas nunca justificaron a ningún hombre. Aquí has escuchado la mente de San Crisóstomo, por lo que puedes percibir que ni la fe es sin obras (teniendo oportunidad para ello) ni las obras pueden ayudar a la vida eterna, sin la fe.

## **LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LAS BUENAS OBRAS.**

De las tres cosas que en el sermón anterior se destacaron especialmente de la fe genuina, se os declaran dos.

Cuáles son las obras que surgen de la fe. La primera fue que la fe nunca es ociosa, sin buenas obras cuando la ocasión lo amerita. La segunda, que las buenas obras, aceptables a Dios, no pueden hacerse sin fe. Ahora pasemos a la tercera parte, es decir, qué tipo de obras son las que surgen de la verdadera fe, y llevan a los hombres fieles a la vida eterna. Esto no puede ser conocido tan bien como por nuestro Salvador Cristo mismo, quien fue cuestionado por un gran hombre con esta misma pregunta: ¿Qué obras debo hacer (dijo un príncipe) para obtener a la vida eterna? A lo que Jesús respondió: Si quieres llegar a la vida eterna, cumple los mandamientos (Mateo 19.16-17). Pero el príncipe, no satisfecho con esto, preguntó además: ¿Qué mandamientos? Los escribas y fariseos habían hecho tantas leyes y tradiciones propias para supuestamente llevar a los hombres a la vida eterna, además de los mandamientos de Dios, que este hombre dudaba si debía llegar a la vida eterna por esas leyes y tradiciones o por la ley de Dios, y por eso le preguntó a Cristo a qué mandamientos se refería.

Las obras que conducen al cielo, son obras de los mandamientos de Dios. A lo que Cristo le respondió claramente, repitiendo los mandamientos de Dios, que dicen: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 19.18-19). Con estas palabras Cristo declaró que la ley de Dios es el camino que conduce a la vida eterna, y no las tradiciones y leyes de los hombres. De modo que esto debe tomarse como una verdadera lección enseñada por la propia boca de Cristo, de que las obras de los mandamientos morales de DIOS son las verdaderas obras de la fe, que conducen a la bendita vida futura. Pero la ceguera y la malicia del hombre, desde el principio, ha estado siempre dispuesta a caer de los mandamientos de Dios.

El hombre, desde su primera caída de los mandamientos de Dios, ha estado siempre dispuesto a hacer lo mismo, y hace obras de su propia fantasía para pretender complacer a Dios con todo. Como Adán, el primer hombre, teniendo sólo una orden, que no comiera del fruto prohibido; no obstante, la orden de Dios, dio crédito a la mujer, seducida por la sutil persuasión de la Serpiente, y así siguió su propia voluntad, y dejó la orden de Dios. Y desde entonces todos los que vinieron de él, han sido tan ciegos por el pecado original, que han estado siempre listos para caer de Dios y su ley, y para inventar un nuevo camino hacia la salvación por obras de su propia voluntad: Tanto es así que casi todo el mundo, abandonando el verdadero honor del único y eterno Dios, vagaba por sus propias fantasías, adorando algunos al Sol, a la Luna, a las Estrellas, otros a Júpiter, a Juno, a Diana, a Saturno, a Apolo, a Neptuno, a Ceres, a Baco y a otros hombres y mujeres muertos. Algunos, no satisfechos con esto, adoraban a diferentes tipos de bestias, pájaros, peces, animales marinos y serpientes, en cada país, ciudad y casa, y ponían imágenes de las cosas que querían y las adoraban. Tal fue la rudeza de la gente, después de que cayeron en sus propias fantasías, y dejaron al eterno Dios y sus mandamientos, al punto que crearon innumerables imágenes y dioses. En este error y ceguera permanecieron, hasta que Dios Todopoderoso, compadeciéndose de la ceguera del hombre, envió a su verdadero Profeta Moisés al mundo, para reprobar y reprender esta locura extrema, y para enseñar al pueblo a conocer al único Dios viviente y su verdadero honor y adoración. Pero la inclinación corrupta del hombre, estaba tan inclinada a seguir su propia fantasía, y (como dirías tú) para agradar su propia voluntad, complaciéndose a sí mismo, al extremo que todas las admoniciones, exhortaciones, beneficios y amenazas de DIOS, no pudieron mantenerlo alejado de tales invenciones.

Las maquinaciones e idolatrías de los israelitas. Porque a pesar de todos los beneficios que Dios había mostrado al pueblo de Israel, cuando Moisés fue al monte a hablar con el Dios Todopoderoso, no había permanecido allí más que unos pocos días, cuando el pueblo comenzó a inventar nuevos dioses. Y cuando les vino a la cabeza, hicieron un becerro de oro, se arrodillaron y le adoraron (Éxodo 32.1-6). Y después de eso, siguieron a los moabitas, y adoraron a Beelfegor el Dios de los moabitas. Leed el libro de los Jueces, el libro de los Reyes y el de los Profetas, y allí

veréis cuán firme era el pueblo, cuán lleno de invenciones y más dispuesto a seguir sus propias fantasías que los santísimos mandamientos de Dios. Allí verás a Baal, Moloc, Chamos, Melchom, Baalpeor, Astarot, Bell, el Dragón, Priapo, la Serpiente de bronce, los ídolos del cielo, y muchas otras imágenes a las que el pueblo peregrinaba con gran devoción, adornándoles y sensibilizándolas, arrodillándose y ofrendándoles, pensando que era un gran mérito ante Dios, siendo que en aquel tiempo Dios no ordenó que se hicieran sacrificios sino en Jerusalén, ellos hicieron todo lo contrario, haciendo altares y sacrificios en todas partes, en colinas, en bosques y en casas, sin tener en cuenta los mandatos de Dios, sino estimando que sus propias fantasías y devociones eran mejores que ellos. Y este error se extendió tanto, que no sólo el pueblo inculto, sino también los sacerdotes y los maestros del pueblo, en parte por la búsqueda de gloria y la reverencias se corrompieron, y en parte por la ignorancia se engañaron ciegamente con las mismas abominaciones. Tanto es así, que el rey Acab, teniendo sólo a Elías como verdadero maestro y ministro de Dios, prefirió escuchar a los ochocientos cincuenta sacerdotes que lo persuadieron a honrar a Baal, y a hacer sacrificios en los bosques o arboledas. Y así continuó ese horrible error, hasta que los tres nobles reyes, Josafat, Ezequías y Josías, ministros elegidos por Dios, lo destruyeron claramente, y volvieron a sacar al pueblo de sus falsas creencias, dirigiéndolos a los propios mandatos de Dios: por lo cual su recompensa y gloria inmortal, permanece y permanecerá con Dios para siempre.

Religiones y sectas entre los judíos. Y además de las invenciones mencionadas, la inclinación del hombre a tener sus propias devociones santas, derivó en nuevas sectas y religiones, llamadas fariseos, saduceos y escribas, con muchas tradiciones y ordenanzas santas y piadosas (como parecía por la apariencia externa y el buen brillo de las obras), pero en realidad todo tendía a la idolatría, la superstición y la hipocresía: sus corazones estaban llenos de malicia, orgullo, codicia y toda impiedad. Contra estas sectas, y su pretendida santidad, Cristo clamó con más vehemencia que contra cualquier otra persona, diciendo y repitiendo a menudo estas palabras: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, porque limpiáis el vaso por fuera, pero por dentro estáis llenos de podredumbre y suciedad: tú, fariseo ciego e hipócrita, limpia primero lo de dentro" (Mateo 23.25-26). Porque a pesar de todas las buenas tradiciones y demostraciones externas de buenas obras, creadas por su propia imaginación, por las que parecían al mundo los más religiosos y santos de todos los hombres, Cristo (que vio sus corazones) sabía que por dentro eran, a los ojos de Dios, los más viles, los más abominables y los más alejados de Dios de todos los hombres. Por eso les dijo: Hipócritas, el profeta Isaías habló con toda verdad de vosotros, cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Me adoran en vano, enseñando doctrinas y mandatos de hombres; porque vosotros dejáis los mandatos de Dios, para guardar vuestras propias tradiciones (Mateo 15.7-9, Isaías 29.13-14).

Las leyes de los hombres deben ser observadas y guardadas, pero no como las leyes de Dios. Y aunque Cristo dijo: "Adoran a Dios en vano, los que enseñan doctrinas y mandamientos de los hombres", no quiso decir con ello que rechazara todos los mandamientos de los hombres, pues Él mismo fue siempre obediente a los príncipes y a sus leyes, hechas para el buen orden y el mantenimiento del pueblo, pero reprochó las leyes y las tradiciones hechas por los escribas y los fariseos: las cuales no fueron hechas solamente para el buen orden del pueblo, (como lo fueron las leyes Civiles) sino que fueron puestas tan en alto, que las crearon con la pretensión de ser correctas y puras para la adoración a DIOS, como si hubieran sido iguales a las propias Leyes de DIOS, o cercanas a ellas: porque muchas de las Leyes de Dios no pudieron ser guardadas, no obstante, pretendieron darle un lugar a sus leyes entre las del Señor. DIOS detesta la arrogancia del hombre que se manifiesta en la adaptación de sus leyes para igualarlas a las de ÉL, en las que se encuentra el verdadero honor y el correcto culto a DIOS, y que hacen que sus leyes sean abandonadas. Dios ha designado sus leyes, por las que se debe honrar su voluntad. Su voluntad es también que todas las leyes humanas, que no sean contrarias a sus leyes, sean obedecidas y guardadas, como buenas y necesarias para todo hombre común, pero no como cosas en las que descansa principalmente su honor: y todas las leyes civiles y humanas son, o deben ser hechas, para llevar a los hombres a guardar mejor las leyes de Dios, para que resulte como consecuencia que Dios sea mejor honrado por ellas.

Las tradiciones sagradas eran consideradas como las leyes de Dios. Sin embargo, los escribas y los fariseos no se conformaban con que sus leyes no fuesen más estimadas que otras leyes positivas y civiles, ni querían que fuesen llamadas con el nombre de otras leyes temporales, sino que las llamaban tradiciones santas y piadosas, y querían que fuesen estimadas no sólo para un culto correcto y verdadero a Dios (como lo son las leyes de Dios en la práctica), sino también para el más alto honor de Dios, al que los mandatos de Dios debían dar lugar.

Santificar las leyes de los hombres, es comúnmente ocasión para que Dios sea ofendido. Y por esta razón Cristo habló tan vehementemente contra ellos, diciendo: Vuestras tradiciones, que los hombres estiman tan elevadas, son abominación ante DIOS. Porque comúnmente de tales tradiciones se sigue la transgresión o el quebrantamiento de los mandamientos de DIOS, y una mayor devoción en guardar tales cosas, y una mayor conciencia en quebrantarlas, esto por encima de los mandamientos de DIOS. Como los escribas y los fariseos guardaban el sábado de manera tan supersticiosa y escrupulosa, que se ofendían con Cristo porque sanaba a los enfermos, y con sus apóstoles porque, teniendo mucha hambre, recogían las espigas de trigo para comer ese día, y porque sus discípulos no se lavaban las manos tan a menudo como lo exigían las tradiciones, los escribas y los fariseos riñeron con Cristo, diciendo: ¿Por qué tus discípulos infringen las tradiciones de los Señores (Mateo 12.1-14)? Pero Cristo les acusó de que, por mantener sus propias tradiciones, enseñaban a los hombres a infringir los mismos mandamientos de Dios (Mateo 15.2).

Porque enseñaron al pueblo tal desobediencia, que ofrecieron sus bienes en la casa del tesoro del Templo, bajo el pretexto del honor de DIOS, dejando a sus padres y madres (a quienes estaban principalmente obligados) abandonados, y así rompieron los mandamientos de DIOS, para mantener sus propias tradiciones. Estimaban más una ofrenda si era hecha en oro o una oblación en el Templo, que otra hecha en el nombre de Dios mismo, o para el Templo. Eran más cuidadosos en pagar sus diezmos de las cosas pequeñas, que en hacer las cosas más grandes ordenadas por Dios, como las obras de misericordia, o hacer justicia, o tratar sincera, correcta y fielmente a Dios y a los hombres. Estas (dice Cristo) deben hacerse, y las otras no deben dejarse de hacer. En resumen, eran tan ciegos que tropezaban con una paja y se saltaban un bloque. Por así decirlo, colaban el mosquito y se tragaban el camello (Mateo 23.16-24). Y por eso Cristo los llamó guías ciegos, advirtiendo a sus discípulos de vez en cuando que evitaran su doctrina. Porque, aunque al mundo le parecían los hombres más perfectos, tanto en la vida como en la enseñanza, su vida no era más que hipocresía, y su doctrina estaba mezclada con la superstición, la idolatría y el juicio extraviado, poniendo las tradiciones y las ordenanzas de los hombres, en el lugar de los mandamientos de Dios.

### **TERCERA PARTE DEL SERMÓN DE LAS BUENAS OBRAS.**

Para que todos los hombres puedan juzgar correctamente las buenas obras, se ha declarado en la segunda parte de este Sermón, qué clase de buenas obras son las que DIOS quiere que su pueblo realice, es decir, las que él ha ordenado en su santa Escritura, y no las que los hombres han producido por su propia cuenta, por un celo y una devoción ciegos, sin la palabra de DIOS: Y al confundir la naturaleza de las buenas obras, el hombre ha desagradado mucho a DIOS, y se ha alejado de su voluntad y sus mandatos. De modo que habéis oído cómo el mundo, desde el principio hasta el tiempo de Cristo, ha estado siempre dispuesto a abandonar los mandatos de Dios y a buscar otros medios para honrarlo y servirlo, según una desviación encontrada en sus propias cabezas: y como ellos establecieron sus propias tradiciones, como altas o sobre los mandamientos de DIOS, lo cual ha sucedido también en nuestros tiempos (lo que es muy lamentable) no menos que entre los judíos, y eso por la corrupción, o al menos por la negligencia de aquellos que principalmente deberían haber preservado la pura y saludable doctrina dejada por Cristo. ¿Qué hombre que tenga algún juicio o conocimiento, unido a un verdadero celo hacia Dios, no ve y lamenta que se haya introducido en la religión de Cristo tal falsa doctrina, superstición, idolatría, hipocresía, y otras deformidades y abusos, de tal manera que poco a poco, a través de su lectura, el dulce pan de la Santa Palabra de Dios ha sido obstaculizado y apartado?

Las sectas y la religión entre los hombres cristianos. Nunca los judíos, en su mayor ceguera, peregrinaron tanto a las imágenes, ni se arrodillaron, besaron y

sintieron tanto como en nuestro tiempo. Las sectas y las religiones fingidas no eran ni la cuadragésima parte de las que había entre los judíos, ni se abusaba de ellas más supersticiosamente e impiamente que en los últimos tiempos entre nosotros. Las cuales sectas y religiones, tenían tantas obras hipócritas y fingidas en su estado de religión (como ellos arrogantemente lo llamaban) que sus lámparas (como ellos decían) corrían siempre, capaces de satisfacer, no sólo por sus propios pecados, sino también por todos los de sus benefactores, hermanos y hermanas de religión, como muy impía y astutamente habían persuadido a la multitud de gente ignorante: manteniendo en diversos lugares (por así decirlo) mercados o mercadillos de méritos, estando llenos de sus sagradas reliquias, imágenes, santuarios y obras de abundancia desbordante listas para ser vendidas. Y todas las cosas que tenían se llamaban santas, capuchas santas, fajas santas, perdigones santos, escapularios, zapatillas santas, reglas santas, y todo lleno de santidad. ¿Y qué cosa puede ser más insensata, más supersticiosa, o más impía, que el hecho de que los hombres, las mujeres y los niños lleven una túnica de fraile para librarse de las enfermedades o de la peste, o que cuando mueren o son enterrados, se les eche encima, con la esperanza de que se salven? Esta superstición, aunque (gracias a Dios) ha sido poco usada en este Reino, sin embargo, en muchos otros Reinos, ha sido practicada, y aún es practicada entre muchos, tanto doctos como ignorantes. Pero para dejar de lado las innumerables supersticiones extrañas que se han dado en la ropa, en el silencio, en el dormitorio, en el claustro, en el capítulo, en la elección de las comidas y las bebidas, y en cosas similares, consideremos las deformidades y los abusos que se han dado en los tres puntos principales, a los que llamaron los tres elementos esenciales, o los tres fundamentos principales de la religión, es decir, la obediencia, la castidad y la pobreza voluntaria.

Los tres votos principales de la religión. En primer lugar, bajo el pretexto o el matiz de la obediencia a su Padre en la religión (obediencia que ellos mismos hicieron) fueron liberados por su regla y sus Cánones, de la obediencia de su padre y madre naturales, y de la obediencia del Emperador y del Rey, y de todo poder temporal, a quienes por las leyes de DIOS estaban obligados a obedecer. Y así, la profesión de su obediencia no debida, fue un abandono de su obediencia debida. Y en cuanto a la manera en que su profesión de castidad fue mantenida, es más honesto pasar en silencio, y dejar que el mundo juzgue de lo que es bien conocido, en lugar de que con palabras castas, expresando su vida casta, evitar ofender a los ojos castos y piadosos. Y en cuanto a su voluntariosa propiedad, era tal, que cuando en posesiones, joyas, platos y riquezas, eran iguales o casi iguales a los comerciantes, caballeros, Barones, Reyes y Duques; sin embargo, por este término sutilmente sofisticado, *Proprium in commune*, es decir, "Propio en común", se burlaban del mundo, persuadiendo, que a pesar de todas sus posesiones y riquezas, aún mantenían su voto, y estaban en voluntariosa propiedad. Pero a pesar de todas

sus riquezas, no podían ayudar a su padre ni a su madre, ni a otros que estuvieran muy necesitados y pobres, sin la licencia de su padre Abad, Prior o Guardián, y sin embargo podían tomar de cada hombre, pero no podían dar nada a nadie, no a aquellos a quienes la ley de Dios les obligaba a ayudar. Y así, a través de sus tradiciones y reglas, la ley de Dios no podía regir con ellos. Y por lo tanto, se puede decir de ellos lo que Cristo dijo a los fariseos: Violáis los mandamientos de Dios con vuestras tradiciones; honráis a Dios con vuestros labios, pero vuestros corazones están lejos de Él (Mateo 15.3, 8). Y mientras más oraciones hacían de día y de noche, bajo el pretexto o el matiz de tal santidad, para conseguir el favor de las viudas y de otras personas sencillas, para poder cantar coros religiosos y servir a sus maridos y amigos, y admitirlos o recibirlos en sus oraciones: Cuanto más cierto se verifica en ellos el dicho de Cristo: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, porque destruíis las casas de las viudas, bajo la apariencia de largas oraciones, por lo que vuestra condenación será mayor" (Mateo 23. 14-15). Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque vais por mar y por tierra para hacer nuevos prosélitos y nuevos hermanos, y cuando los dejáis entrar o los recibís de vuestra secta, los hacéis hijos del infierno, peores que vosotros mismos. El honor es para DIOS, que puso luz en el corazón de su fiel y verdadero ministro, del famosísimo rey Enrique VIII, y le dio el conocimiento de su palabra, y un ferviente afecto para ver su gloria, y para apartar a todos esos supersticiosos, y fariseos inculcados por el Anticristo, y que se oponen a la verdadera palabra de Dios, y a la gloria de su muy bendito nombre, así como le dio el mismo espíritu a los más nobles y famosos Príncipes, Josafat, Josías, y Ezequías. Que Dios conceda a todos los fieles y verdaderos súbditos del Rey, que se alimenten del dulce y sabroso pan de la palabra de Dios, y (como Cristo lo ordenó) que eviten todo el lenguaje farisaico y papista de la religión contaminada por el hombre. Lo cual, es ante DIOS lo más abominable y contrario a sus mandatos y a la religión pura de Cristo, sin embargo, se idealizó como siendo una vida muy piadosa y el más alto estado de perfección: como si un hombre pudiera ser más piadoso y más perfecto guardando las reglas, tradiciones y profesiones de los hombres, que guardando los santos mandatos de DIOS.

Otras costumbres y supersticiones. Y brevemente para pasar de la religión impía y contraria, repasemos algunos otros tipos de supersticiones y abusos papistas, como las cuentas, de los Salterios y Rosarios, de las fiestas de quincuagésimas, de los versos de San Bernardo, de las cartas de Santa Ágata, del Purgatorio, de las Misas satisfactorias, de las Estaciones y de los Jubileos, de las Reliquias santificadas, de las Campanas, del Pan, del Agua, de los Salmos, de los Candelabros, del Fuego, y otros: de ayunos supersticiosos, de cofradías o hermandades, de perdones, con tales mercancías semejantes, que fueron tan estimadas y abusadas en perjuicio de la gloria de Dios y de sus mandamientos, que fueron hechas cosas altísimas y santísimas, por las cuales se ataba a la vida eterna, o a la remisión de los pecados:

Decretos y competencias. Además, las invenciones, las ceremonias infructíferas y las leyes, los decretos y los consejos piadosos de Roma estaban tan bien adaptados que no se consideraba que hubiera nada comparable a ellos en cuanto a autoridad, sabiduría, conocimiento y divinidad. De modo que las leyes de Roma, (como ellos decían) debían ser recibidas por todos los hombres, como los cuatro evangelistas, a los que todas las leyes de los príncipes debían dar lugar. Y las leyes de Dios también se dejaron de lado, y se estimaron menos, para que dichas leyes, decretos y consejos, con sus tradiciones y ceremonias, se guardaran más debidamente, y se tuvieran en mayor consideración. Así, el pueblo, por ignorancia, se cegó de tal manera con la apariencia y el aspecto piadoso de esas cosas, que pensó que guardarlas era más santo, un servicio y una honra más perfectos para DIOS, y más agradable a DIOS, que guardar los mandamientos de Dios. Tal ha sido la inclinación corrupta del hombre, que supersticiosamente ha hecho de su propia cabeza una nueva honra a Dios, y luego ha tenido más afecto y devoción por cumplirla, que por buscar los santos mandamientos de Dios y guardarlos. Y además, tomar los mandatos de Dios por mandatos de los hombres, y los mandatos de los hombres por mandatos de Dios, sí, e incluso, al límite de tomarlos por más altos, perfectos y santos que todos los mandatos de Dios. Y todo se confundió de tal manera, que apenas los hombres bien instruidos, y sólo un pequeño número de ellos, sabían, o al menos querían saber, y se atrevían a afirmar la verdad, para separar o discernir los mandatos de Dios de los mandatos de los hombres. Con lo cual creció mucho el error, la superstición, la idolatría, la religión vana, el juicio ajeno, la gran contienda, con toda mentira viciosa.

Una exhortación a la observancia de los mandamientos de Dios. Por lo tanto, si tienen algún interés en honrar a Dios de manera correcta y pura, si tienen alguna consideración por sus propias almas y por la vida que ha de venir, la cual es sin carga y sin esfuerzo, aplícate dentro de todas las cosas principalmente a la lectura y escucha de la palabra de Dios, observa diligentemente lo que de acuerdo a su voluntad se debe hacer, y con todo tu esfuerzo aplícate a seguirla.

Un breve ensayo de los mandamientos de Dios. En primer lugar, debéis tener una fe segura en Dios, y entregaros a Él por completo, amándole en la prosperidad y en la adversidad, y temer ofenderle aún más. Entonces, por su causa, amad a todos los hombres, amigos y enemigos, porque son su creación e imagen, y redimidos por Cristo, como vosotros. Pensad en cómo podéis hacer el bien a todos los hombres, según vuestras facultades, sin perjudicar a nadie. Obedeced a todos vuestros superiores y gobernantes, servid fiel y diligentemente a vuestros Maestros, tanto en su ausencia como en su presencia, no sólo por temor al castigo, sino por conciencia, sabiendo que estáis obligados a hacerlo así por los Mandatos de Dios.

No desobedezcáis a vuestros Padres y Madres, sino honradlos, ayudadlos y complacedlos en todo cuanto podáis. No os opongáis, no matéis, no os maltratéis ni odiéis a nadie, sino que amad a todos los hombres, hablad bien de todos los hombres, ayudad y socorred a todos los hombres que podáis, incluso a vuestros enemigos que os odian, que hablan mal de vosotros y que os hacen daño. No toméis los bienes de nadie, ni os apropiéis de los bienes de vuestros vecinos injustamente, sino contentaos con lo que obtengáis de verdad, y también repartid vuestros propios bienes caritativamente, según la necesidad y el caso. Huye de toda idolatría, brujería y perjurio, no cometas ninguna forma de adulterio, fornicación u otra perversión, ni en la voluntad ni en el acto, con la esposa, la viuda o la prometida de otro hombre, o en cualquier otra forma. Y si continuamente (durante esta vida) guardas los mandamientos de Dios (en los que se encuentra el honor puro, principal y correcto de Dios, y que Dios ha ordenado que sean nuestro oficio y la trayectoria del camino hacia el cielo) no fallarás, como Cristo ha prometido, para llegar a esa vida bendita y eterna, en la que vivirás en la gloria y la felicidad con Dios por siempre: a quien sea la alabanza, el honor y el imperio, por siempre. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

- 1.** ¿Por qué dice Cranmer que las obras sin fe no son buenas?
- 2.** ¿Qué condiciones enuncia Cranmer debe caracterizar una buena obra en verdad?
- 3.** ¿Cómo alimentamos nuestra fe?
- 4.** ¿Cristo enseñó al joven rico a ser salvo por medio de los mandamientos? ¿Con qué propósito usó Jesús la ley en el dialogo con el joven rico?
- 5.** Con respecto a la fe, ¿Qué representan las obras que realizamos acordes a la ley moral?
- 6.** ¿A qué se debe la idolatría y el repudio de los mandamientos de Dios?
- 7.** ¿Por qué el hombre prefiere adorar imágenes, invenciones de su propia fantasía e ídolos mudos antes que al Dios verdadero?
- 8.** ¿Por qué razón el hombre crea sectas y religiones de su propia fantasía?
- 9.** ¿Cuál es nuestro deber con respecto a la ley civil creada para el buen orden social?
- 10.** Explique en qué consiste la arrogancia y vanagloria al crear leyes de su propia imaginación para adorar a Dios.
- 11.** ¿Cuál es el resultado de las leyes y tradiciones de los hombres creadas para adorar a Dios?
- 12.** ¿Cómo la enseñanza romanista sobre la pobreza voluntaria, la obediencia y la castidad han engendrado toda clase de abominaciones?
- 13.** Entonces, ¿Cuál debe ser la regla sobre la cual orientamos nuestras obras en fe?

- 14.** Exponga las enseñanzas que se derivan del Artículo XIII de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana.

**TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer (Juan 15:4-5).

Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Efesios 2:10).

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo 7:21-23).

Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala (Eclesiastés 12:14).





“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”.

(Deuteronomio 6:4-5)

“No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a tí mismo. Yo Jehová”.

(Levítico 19:18)

# Homilía Sobre el Amor Cristiano y la Caridad



Por Edmund Bonner

## SERMÓN SOBRE EL AMOR Y LA CARIDAD CRISTIANOS

De todas las cosas que deben enseñarse al pueblo cristiano, no hay nada más necesario de lo que debe hablarse y llamarse a diario que la caridad: tanto porque en ella se contienen toda clase de obras de justicia, como porque su decadencia es la ruina o caída del mundo, el destierro de la virtud y la causa de todo vicio. Y porque casi todos los hombres se hacen y enmarcan una caridad según su propio apetito, lo cual es evidenciado en lo detestable que es su vida, tanto para Dios como para los hombres, pero aun así se persuaden de que tienen caridad: por lo tanto, ahora oirás una descripción verdadera y clara de la caridad, no de la imaginación de los hombres, sino de las mismas palabras y el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo. En esta descripción o exposición, cada hombre (como si fuera en un espejo) puede considerarse a sí mismo, y ver claramente sin error, si está en la verdadera caridad, o no.

Qué es la caridad. El amor de Dios. La caridad es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Con todo nuestro corazón: Es decir, que nuestro corazón, nuestra mente y nuestro entendimiento se dediquen a escuchar su Palabra, a confiar en Él y a amarlo sobre todas las cosas que más nos gustan en el mundo o en la tierra. Con toda nuestra vida: es decir, que nuestra principal ilusión y deleite esté puesto en Él y en su honor, y que toda nuestra vida esté destinada a servirle en todas las cosas, a vivir y morir con Él, y a dejar todas las demás cosas antes que a Él. Porque el que ama a su padre o a su madre, a su hijo o a su hija, a su casa o a su tierra, más que a mí (dice Cristo), no es digno de tenerme (Mateo 10.37). Con todo nuestro poder, es decir, que con nuestras manos y pies, con nuestros ojos y oídos, nuestras bocas y lenguas, y con todos nuestros miembros y fuerza, tanto del cuerpo como del alma, debemos estar atentos a guardar y cumplir sus mandatos.

El amor al prójimo. Esta es la primera y principal parte de la caridad, pero no es la única: porque la caridad es también amar a todos los hombres, buenos y malos, amigos y enemigos, y por más que se diga lo contrario, sin embargo, debemos tener buena voluntad y corazón para con todos los hombres, para vernos bien con ellos, tanto en palabras y en el rostro, como en todos nuestros actos y hechos externos: porque así lo enseñó el mismo Cristo, y así también lo hizo Él. A un doctor de la ley, que le preguntó cuál era el mandamiento más importante de la ley, le enseñó lo siguiente acerca de la Palabra de Dios: "Adora a tu Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" (Mateo 22:37). Y sobre el amor que debemos tener entre nosotros, nos enseña lo siguiente: "Habéis oído que se enseñaba en tiempos pasados: Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, hablad bien de los que os calumnian y hablan mal de vosotros, haced el bien a los que os odian, orad por los que os maltratan y persiguen, para que seáis hijos de vuestro padre que está en el cielo. Porque él hace salir su sol sobre los buenos e injustos, y envía la lluvia a los justos y a los viciosos. Porque si amas a los que te aman, ¿Qué recompensa tendrás? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si sólo habláis bien de los que son vuestros hermanos y amigos queridos, ¿qué importancia tiene eso? ¿No hacen lo mismo los paganos? (Mateo 5.43-47). Estas son las mismas palabras de nuestro Salvador Cristo, en lo que se refiere al amor al prójimo. Y como los fariseos (con sus tradiciones más pestilentes, y sus falsas interpretaciones y palabrerías) habían corrompido, y casi claramente detenido este puro pozo de la palabra de Dios, enseñando que este amor y la caridad se referían sólo a los amigos del hombre, y que era suficiente que el hombre amara a los que le amaban, y odiara a sus enemigos: Por lo tanto, Cristo volvió a abrir este pozo, lo purificó y lo limpió, dando a su piadosa ley de la caridad una interpretación verdadera y clara, que es la siguiente: que debemos amar a todos los hombres, tanto a los amigos como a los enemigos, añadiendo a ello el beneficio que obtendremos con ello, y la el castigo de hacer lo contrario. ¿Qué cosa podemos desear tan buena para nosotros, como que el eterno Padre Celestial, cuente, y nos tome como sus hijos? Y de esto estaremos seguros (dice Cristo) si amamos a todos los hombres sin excepción. Y si hacemos lo contrario (dice Él) no seremos mejores que los fariseos, los publicanos y los paganos, y tendremos nuestra recompensa con ellos, es decir, seremos excluidos del número de los hijos elegidos de Dios, y de su herencia eterna en el cielo.

Así, de la verdadera caridad, Cristo enseñó que todo hombre está obligado a amar a Dios en todas las cosas, y a amar a todo hombre, amigo y enemigo. Y esto también lo hizo él mismo, exhortando a sus seguidores, reprendiendo las faltas de sus discípulos, y cuando no podía enmendarlas, oraba por ellos. En primer lugar, alababa a Dios, su Padre, en todas las cosas, hasta el punto de que no buscaba su propia gloria y voluntad, sino la gloria y la voluntad de su Padre. No veo (dijo) mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan 5.30). Tampoco se negó a morir para satisfacer la voluntad de su Padre, diciendo: "Si es posible, que pase de mí esta copa de muerte; si no, que se haga tu voluntad y no la mía" (Mateo 26.39,

42). No sólo amaba a sus amigos, sino también a sus enemigos, aquellos que en su corazón le guardaban un gran odio, y con sus lenguas hablaban mal de Él, y en sus actos y hechos le perseguían con toda su fuerza y poder, incluso hasta la muerte, sin embargo, a pesar de todo esto, Él no les retiró su favor, sino que aún los alentó, les predicó en voz alta, reprendió su falsa doctrina, sus malvadas mentiras, e hizo el bien con ellos, soportando pacientemente todo lo que decían o hacían contra Él. Cuando le daban palabras crueles, no les contestaba de la misma forma. Cuando lo golpeaban, no les devolvía el golpe; y cuando sufría la muerte, no procuraba matarlos, ni los amenazaba, sino que oraba por ellos, y dejaba todo a la voluntad de su Padre. Y como una oveja que es llevada al matadero, y como un cordero al que se le quita el vellón, y no hace nada ni se resiste, así fue a su muerte, sin rechistar, ni abrir la boca para decir nada. De esta manera os he enseñado lo que es la caridad, tanto por la doctrina como por los ejemplos del mismo Cristo, para que cada uno pueda saber sin equivocarse en qué estado y condición se encuentra, si está en la caridad (y por lo tanto es hijo del Padre en la caridad) o no. Porque, aunque casi todo hombre se persuade a sí mismo de estar en la caridad, sin embargo, no debemos examinar a ningún otro, sino a nuestro propio corazón, vida y la forma de relacionarnos, de esta manera, no se engañará, sino que discernirá y juzgará verdaderamente si está en la caridad perfecta o no. Porque el que no sigue su propio apetito y voluntad, sino que se entrega con empeño a DIOS, para cumplir toda su voluntad y sus mandatos, puede estar seguro de que quiere a DIOS en todas las cosas, y si no, seguramente no lo quiere, sea lo que sea lo que pretenda: como dijo Cristo: Si me quieres, cumple mis mandatos. Porque el que conoce mis mandamientos, y los guarda, es (dice Cristo) el que me ama (Juan 14.15, 21). Y otra vez dice: El que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y ambos vendremos a él y moraremos con él; y el que no me ama, no guardará mis palabras. Asimismo, el que tiene un buen corazón y una buena mente, y que habla y actúa bien con todos los hombres, amigos y enemigos, puede saber que tiene caridad. Y cuando esté seguro de que DIOS Todopoderoso lo toma por su hijo querido, como dice San Juan: "Así se distinguen claramente los hijos de DIOS de los hijos del diablo, porque el que no ama a su hermano, no es de DIOS" (1 Juan 3.10).

## **LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA CARIDAD.**

Habéis oído una exposición clara y fructífera de la caridad, y de lo provechosa y necesaria que es; de cómo la caridad se extiende tanto a Dios como a los hombres, a los amigos y a los enemigos, y ello por medio de la doctrina y el ejemplo de Cristo; y también de quién puede certificar si está en perfecta caridad o no. Ahora bien, en cuanto al mismo asunto, sigue.

Contra los hombres carnales que no perdonan a sus enemigos. La naturaleza perversa del hombre, corrompida por el pecado, y desprovista de la palabra y la gracia de Dios, considera que es contrario a toda razón que un hombre perdona a su enemigo, y tiene muchas persuasiones que le llevan a lo contrario. En contra de

todas estas razones, deberíamos también poner la enseñanza, como el lema de nuestro Salvador Cristo, quien, al amar a los enemigos (cuando éramos sus enemigos), nos enseña a amar a nuestros enemigos. Él soportó pacientemente por nosotros muchos reproches, sufrió golpes y la más cruel muerte. Por lo tanto, no somos miembros de Él, si no lo seguimos. Cristo (dice S. Pedro) sufrió por nosotros, dejando un ejemplo para que lo sigamos (1 Pedro 2.21).

Además, debemos considerar que amar a nuestros amigos no es más que lo que hacen los fariseos, los adúlteros, los homicidas y todas las personas malvadas; de la misma manera que los judíos, los turcos, los infieles y todas las bestias brutas, aman a los que son sus amigos, de quienes tienen su licencia o cualquier otro beneficio. Pero amar a los enemigos es la condición propia de los hijos de Dios, de los discípulos y seguidores de Cristo. Sin embargo, la naturaleza rebelde y corrupta del hombre pesa profundamente muchas veces la ofensa y el disgusto que le hacen los enemigos, y considera una carga intolerable estar obligado a amar a los que le odian. Pero la carga debería ser bastante fácil, si (en el otro lado) cada hombre considerara el disgusto que ha hecho a su enemigo en reiteradas ocasiones, y también el beneficio que ha recibido de él. Y si no encontramos una recompensa igual o semejante, ni siquiera en los beneficios recibidos de nuestro enemigo, ni en los disgustos que nosotros les hemos ocasionado: entonces reflexionemos sobre los disgustos que hemos hecho a DIOS Todopoderoso, cuántas veces y cuán gravemente le hemos ofendido, de lo cual, si queremos tener el perdón de DIOS, no hay otro remedio, sino perdonar las ofensas que han hecho contra nosotros, que son muy pequeñas, en comparación con nuestras ofensas hechas a DIOS. Y si consideramos que el que nos ha ofendido no merece ser perdonado por nosotros, consideremos también que nosotros mucho menos merecemos ser perdonados por Dios. Y aunque nuestro enemigo no merezca ser perdonado por su propia cuenta, debemos perdonarlo por amor a Dios, considerando cuán grandes y muchos beneficios hemos recibido de Él, sin tomar en cuenta nuestras caídas, y que Cristo merece de nuestra parte, que por su causa perdonemos las ofensas que nuestros enemigos han cometido contra nosotros.

Una pregunta. Pero aquí puede surgir una pregunta necesaria para ser resuelta. Si la caridad requiere pensar, hablar y hacer el bien a todos los hombres, tanto buenos como malvados, ¿Cómo pueden los magistrados hacer justicia a los malhechores o a los malvados con la caridad? ¿Cómo pueden encarcelar a los hombres perversos, quitarles sus bienes, y en algún momento sus vidas, de acuerdo con las leyes, si la caridad no les permite hacerlo?

Respuesta. He aquí una respuesta clara y breve: que las plagas y los castigos no son malos en sí mismos, si se aplican con justicia a los ofensores. Y para un hombre enfermo son buenas y necesarias, y pueden ser ejecutadas según la caridad, y con caridad deben ser ejecutadas.

La caridad tiene dos oficios. Por la declaración de lo cual, entenderás que la caridad tiene dos oficios, el uno contrario al otro, y sin embargo ambos necesarios para ser usados en hombres de diferente clase y disposición. El primer oficio de la caridad es el de apoyar a los hombres buenos e inofensivos, no oprimiéndolos con falsas acusaciones, sino alentándolos con recompensas para que hagan el bien y continúen haciéndolo, defendiéndolos con la espada de sus adversarios; así como el oficio de los obispos y pastores es el de alabar a los hombres buenos por sus buenas acciones, para que continúen haciéndolas, y reprender y corregir con la palabra de Dios las ofensas y los crímenes de todas las personas mal dispuestas. El otro oficio de la caridad es el de reprender, corregir y castigar el vicio, sin consideración de personas, y debe usarse sólo contra los que son hombres malos y malhechores o perversos. Y que el oficio de la caridad es tanto reprender, castigar y corregir a los que son malos, como cuidar y recompensar a los que son buenos e inofensivos. S. Pablo declara (escribiendo a los romanos) que los altos poderes están ordenados por Dios, no para ser temibles a los que hacen el bien, sino a los malhechores, para sacar la espada y vengarse del que comete el pecado (Romanos 13.1, 4). Y S. Pablo le pide a Timoteo que reprenda el pecado con la palabra de Dios (1 Timoteo 5.20). De modo que ambos oficios deben ser ejecutados diligentemente, para luchar contra el reino de la maldad, el predicador con la palabra, y los gobernantes con la espada. De lo contrario, no amarán a Dios ni a sus gobernados, si (por falta de corrección) permiten voluntariamente que Dios sea ofendido y que sus gobernados perezcan. Porque, así como todo padre amoroso corrige a su hijo natural cuando hace algo malo, y si no lo hace es porque no lo ama, así todos los gobernantes de Reinos, Condados, Ciudades y Casas, deben corregir amorosamente a los que son infractores, bajo su gobierno, y cuidar a los que viven inocentemente, si tienen algún respeto a DIOS y a su cargo, o amor a los que gobiernan. Y tales reprimendas y castigos a los que ofenden, deben hacerse a su debido tiempo, no sea que por la demora, los infractores caigan de cabeza en toda clase de maldades, y no sólo sean malos ellos mismos, sino que también hagan daño a muchos hombres, atrayendo a otros por su mal ejemplo, a pecar y ultrajar después de ellos. Así como un solo hombre puede robar a muchos hombres, y también hacer muchas cosas; y un sedicioso puede atraer a muchos, y molestar a toda una ciudad o país. Es menester tener presente que estas personas malvadas que son tan grandes ofensoras de Dios y de la sociedad, la caridad exige que sean cortadas del cuerpo de la sociedad, para que no corrompan a otras personas buenas y honestas, como un buen cirujano corta un miembro podrido y supurado, por el amor que le tiene a todo el cuerpo, para que no infecte a otros miembros adyacentes. De este modo, se os declara lo que es la verdadera caridad o amor cristiano, de forma tan clara, que nadie tiene por qué engañarse. Este amor, debe ser guardado, no sólo para con Dios (a quien estamos obligado a amar sobre todas las cosas) sino también para con nuestro prójimo, tanto amigo como enemigo, esto con toda seguridad lo mantendrá alejado de toda ofensa a Dios, y de toda ofensa al hombre. Por lo tanto, esta breve lección nos enseña que, por medio de la verdadera caridad cristiana, debemos amar a Dios, a los buenos y a los malos, a los amigos y a los enemigos, y que debemos hacer el bien a todos los

que son buenos, por amor, para alentarlos y cuidarlos, porque son buenos, y a los malos, por amor, para corregirlos y castigarlos, a fin de que se conviertan en buenos o, al menos, para que Dios y la prosperidad y los bienes comunes sean menos dañados y ofendidos. Y si así dirigimos nuestra vida, por amor y caridad cristiana, entonces Cristo nos promete y asegura que nos ama, que somos hijos de nuestro Padre celestial, reconciliados con su favor, verdaderos miembros de Cristo, y que después de este corto tiempo de esta vida presente y mortal, tendremos con él la vida eterna en su reino eterno del cielo. Por tanto, a Él, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor y gloria, ahora y siempre. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

1. ¿Por qué la enseñanza y la práctica del amor debe ser diaria y continua para el pueblo cristiano?
2. ¿Cómo expresamos nuestro amor a Dios?
3. ¿Cómo expresamos nuestro amor al prójimo?
4. ¿Cómo sabemos que somos hijos de Dios?
5. ¿Qué ejemplo tenemos de Cristo en cuanto al amor a los enemigos?
6. ¿De qué forma se evidencia en nuestras vidas si amamos a Cristo o no?
7. Investigue y explique la enseñanza de Cristo con respecto al amor a los enemigos (Mateo 5:38-48).
8. ¿Cuál es la consecuencia de no perdonar a nuestros enemigos y a aquellos que nos aborrecen?
9. ¿El amor cristiano exime el justo castigo al que hace lo malo por parte de la autoridad legalmente instituida?
10. ¿Cuáles son los dos oficios de la caridad?
11. Explique como se evidencia el amor de Cristo en cada una de las características de este según la enseñanza de San Pablo en 1 Corintios 13:1-8.

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

Todas vuestras cosas sean hechas con amor (1 Corintios 16:14).

Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto (Colosenses 3:14).

Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él (1 Juan 4:16).

Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero (1 Juan 4:19).

Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor (1 Corintios 13:13).

Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados (1 Pedro 4:8).

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado (Juan 15:12).

¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros (Isaías 49:15-16).





Además, habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.

Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.

**(Mateo 5:33-37)**

# Homilía Sobre el Juramento y el Perjurio



Anónima

## UN SERMÓN CONTRA EL JURAMENTO Y EL PERJURIO

DIOS Todopoderoso, con el fin de que su santísimo Nombre sea honrado y engrandecido por el pueblo, ordena que ningún hombre tome su Nombre en vano en su boca, amenazando con el castigo a quien lo abuse irreverentemente con juramentos, perjurios y blasfemias.

Cómo y en qué causas es lícito jurar. Por lo tanto, para que este mandamiento se conozca y se cumpla mejor, se os declarará cómo es lícito que los cristianos juren, y también qué peligro y perversidad supone jurar o adjuar. En primer lugar, cuando los Jueces requieren otras personas del pueblo para la declaración o apertura de la verdad, o para la ejecución de la justicia, esta manera de jurar es lícita. También cuando los hombres hacen promesas fieles llamando al testimonio del Nombre de Dios, para mantener los pactos, las promesas honestas, los estatutos, las leyes y las buenas costumbres, como hacen los Príncipes Cristianos en sus conclusiones de paz, para la conservación de las riquezas comunes, y cuando las personas en particular prometen su fidelidad en el Matrimonio, o uno a otro en la honestidad y la verdadera amistad: y también cuando todos los hombres juran cumplir con las leyes que les son comunes, y los estatutos locales, y las buenas costumbres, para que el debido orden sea tenido y continuado entre los hombres, cuando los Súbditos juran ser fieles y leales a su Rey y Señor Soberano, y cuando los Jueces, Magistrados, y funcionarios juran ejecutar sus cargos con veracidad, y cuando un hombre afirma la verdad para el establecimiento de la gloria de Dios (para la salvación del pueblo) en la predicación abierta del Evangelio, o en dar un buen consejo en privado para la salud de sus almas: todas estas formas de jurar, por causas necesarias y honestas, son lícitas. Pero cuando los hombres juran simuladamente, en el razonamiento, en la compra y venta, o en otros tratos cotidianas (como ocurre con muchos que son comúnmente grandes blasfemos), tal clase de juramento es impío, ilegal y prohibido por el mandamiento de DIOS. Porque tales juramentos no son otra cosa que tomar el santo nombre de Dios en vano. Y aquí hay que tener en cuenta que jurar legalmente no está prohibido, sino ordenado por Dios Todopoderoso. Porque tenemos ejemplos de Cristo, y de hombres piadosos, en las Sagradas Escrituras, que juraron ellos mismos, y exigieron a los demás lo mismo. Y el mandamiento de Dios

es: Temerás a tu Señor Dios, y jurarás por su Nombre (Deuteronomio 6.13). Y DIOS Todopoderoso, por medio de su Profeta David, dice: Todos los hombres serán alabados si juran por Él (Salmos 63.11).

Así juró nuestro Salvador Cristo varias veces, diciendo: En verdad, en verdad (Juan 3.3). Y S. Pablo juró así: "Llamo a Dios por testigo" (2 Corintios 1.23). Y Abraham (envejeciendo) exigió el juramento de su siervo de que le procuraría una esposa a su hijo Isaac, que sería de su propia familia (Génesis 24.3); y el siervo juró que cumpliría la voluntad de su amo. Abraham también fue requerido y juró ante Abimelec, el rey de Gerar, que no le haría daño a él ni a su descendencia (Génesis 21.23), y del mismo modo Abimelec juró ante Abraham. Y David juró ser y continuar siendo un amigo fiel de Jonatán, y Jonatán juró ser un amigo fiel de David.

Además, Dios ordenó en una ocasión que, si se daba en prenda una cosa a un hombre, o se le dejaba para que la guardara, si la misma se perdía o se extraviaba, el guardián de la misma debía declarar ante los jueces que no la había transportado, ni había usado ningún engaño para que se transportara, con su consentimiento o conocimiento. Y San Pablo dice que en todos los asuntos de controversia entre dos personas, cuando una dice "Sí" y la otra "No", de modo que no se pueda tener la debida prueba de la verdad, el final de toda controversia debe ser un juramento tomado por un juez (Hebreos 6.16). Además, Dios, por medio del profeta Jeremías, dice: "... jurares: Vive Jehová, en verdad, en juicio y en justicia" (Jeremías 4.2). De modo que todo aquel que jure cuando sea requerido por un juez, que esté seguro en su conciencia de que su juramento tiene tres condiciones, y nunca podrá ser acusado de perjurio.

Qué condición debe tener un juramento. En primer lugar, el que jura, debe jurar con verdad, es decir, debe (dejando de lado todo favor y afecto a las partes) tener la verdad sólo ante sus ojos, y por amor a ella, decir y pronunciar lo que sabe que es verdad, y nada más que la verdad.

La segunda. La segunda es que el que presta un juramento debe hacerlo con criterio, no de forma precipitada e imprudente, sino con sobriedad, considerando lo que es un juramento.

La tercera. La tercera es que el que jura, debe hacerlo con justicia, es decir, por el mismo celo y amor que tiene por la defensa de la inocencia, por el mantenimiento de la verdad y de la justicia del asunto o de la causa: por todo el beneficio, todo el amor y el favor a la persona, amistad o parentesco.

Por qué en la Escritura se establece jurar por el Nombre de Dios. Así, un juramento (si tiene estas tres condiciones) es una acción que redundará para la gloria de Dios, que estamos obligados por sus mandatos a darle. Porque Él quiere que juremos sólo por su nombre, no porque le complazcan los juramentos, sino como

ordenó a los judíos que le ofrecieran sacrificios, no por ningún placer que tuviera en ellos, sino para evitar que los judíos cometieran idolatría: Así, al ordenarnos que juremos por su santo nombre, no nos enseña que se deleite en los juramentos, sino que prohíbe a todos los hombres dar su gloria a cualquier criatura en el cielo, la tierra o el agua (Isaías 42. 8). Hasta aquí ves que los juramentos legales son ordenados por Dios, usados por los Patriarcas y Profetas, por el mismo Cristo y por su Apóstol Pablo. Por lo tanto, el pueblo cristiano debe pensar en juramentos legales, tanto piadosos como necesarios.

Los convenios tienen que ser hechos y observados bajo juramentos legales. Porque mediante promesas y pactos legales confirmados por juramentos, los príncipes y sus países son confirmados en la tranquilidad y la paz comunes. Por las santas promesas, con la invocación del nombre de Dios como testigo, nos convertimos en miembros vivos de Cristo, cuando profesamos su Religión recibiendo el Sacramento del Bautismo. Por la misma santa promesa, el sacramento del matrimonio une al hombre y a la mujer en un amor perpetuo, de modo que no desean separarse por ningún disgusto o adversidad que pueda ocurrir después. Por los juramentos legales que juran los Reyes, Príncipes, Jueces y Magistrados, las leyes comunes se mantienen inviolables, la justicia es administrada indistintamente, las personas vulnerables, los niños sin padre, las viudas y los hombres pobres son defendidos de los asesinos, opresores y ladrones, para que no sufran ningún mal, ni reciban ningún daño. Por medio de juramentos legales, la sociedad mutua, la amistad y el buen orden se mantienen continuamente en todas las comunidades, como los distritos, las ciudades, los pueblos y las aldeas. Y por medio de los juramentos legales, los malhechores son buscados, son castigados, y los que han sufrido el mal, son restituidos a su derecho. Por lo tanto, los juramentos legales no pueden ser malos, ya que nos aportan tantos bienes piadosos, buenos y necesarios.

Se prohíbe el juramento vano. Por lo tanto, cuando Cristo prohibió tan seriamente el juramento, no debe entenderse como si prohibiera toda clase de juramentos, sino que prohíbe todo juramento vano, tanto en nombre de Dios como por sus criaturas, como el uso común de jurar en la compra, la venta y en nuestros acuerdos cotidianos, con la intención de que la palabra de todo hombre cristiano sea tan bien considerada en tales asuntos, como si confirmara su palabra con un juramento. Porque la palabra de todo cristiano (dice San Jerónimo) debe ser tan verdadera, que debe ser considerada como un juramento. Y Crisóstomo, atestiguando lo mismo, dice: No es conveniente jurar: porque ¿Qué necesidad tenemos de jurar, cuando no es lícito que uno de nosotros mienta a otro?

Una objeción. Tal vez alguno diga: Estoy obligado a jurar, porque si no, los hombres que hacen tratos conmigo, o que compran y venden conmigo, no me creerán.

Una respuesta. A esto, responde San Crisóstomo, que quien así dice, se muestra como una persona injusta y engañosa. Porque si fuera un hombre de confianza, y sus hechos estuvieran de acuerdo con sus palabras, no necesitaría jurar nada. Porque el que usa la verdad y la claridad en sus palabras y acuerdos, no tendrá necesidad de jurar para ganarse la confianza de sus vecinos, ni sus vecinos desconfiarán de sus palabras. Y si su credibilidad está tan perdida, que piensa que nadie le creerá sin jurar, entonces puede pensar que su credibilidad ha desaparecido. Porque es cierto (como escribe Teofilacto) que no hay hombre en el que se confíe menos que en el que jura mucho. Y DIOS Todopoderoso, por medio del Sabio, dice: El hombre que jura mucho estará lleno de pecado, y el azote de DIOS no se apartará de su casa (Eclesiástico 23.11).

Otra objeción. Pero aquí algunos hombres dirán, para excusarse de sus muchos juramentos en su vida cotidiana: ¿Por qué no he de jurar, si juro de verdad?

Respuesta. A estos hombres se les puede decir que, aunque juren de verdad, al jurar a menudo imprudentemente, por nimiedades, sin necesidad, y cuando no deberían jurar, no están libres de culpa, sino que toman el santísimo nombre de Dios en vena. Mucho más impíos e imprudentes son los hombres que abusan del santísimo nombre de Dios, no sólo comprando y vendiendo diariamente pequeñas cosas en todos los lugares, sino también comiendo, bebiendo, jugando, en sus tratos y razonamientos. Como si ninguna de estas cosas pudiera hacerse, si no fuera porque al hacerlas, el santísimo nombre de DIOS es comúnmente usado y abusado, vana e irreverentemente invocado, juramentado y abandonado, para quebrantar el mandamiento de DIOS y obtener su indignación.

## **LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LOS JURAMENTOS.**

En la primera parte de este sermón se os ha enseñado contra el juramento y el perjurio, el gran peligro que supone usar el nombre de Dios en el juramento. Y que todo tipo de juramento no es ilegal, ni contrario al mandato de Dios, y que hay tres cosas que se requieren en un juramento legal. Primero, que se haga para mantener la verdad. En segundo lugar, que se haga con criterio, no de forma precipitada e imprudente. En tercer lugar, que se haga por amor a la justicia. Habéis oído también qué ventajas conllevan los juramentos legales, y qué peligro conllevan los juramentos precipitados e ilícitos.

Consideremos mejor las promesas y los juramentos legales. En cuanto al resto del mismo asunto, entenderás que tanto usan el nombre de Dios en vano, que por medio de un juramento hacen promesas ilícitas de cosas buenas y honestas, y no las cumplen, como los que prometen cosas malas e ilícitas, y las cumplen. De tales hombres que no respetan sus promesas piadosas, sino que las rompen voluntaria y deliberadamente, se mencionan en la Sagrada Escritura dos castigos notables. En primer lugar, Josué y el pueblo de Israel hicieron una alianza y una promesa fiel de

amistad perpetua con los gabaonitas (Josué 9.15); sin embargo, más tarde, en los días del malvado Saúl, muchos de estos gabaonitas fueron asesinados, en contra de la mencionada promesa fiel. Por lo que el Dios Todopoderoso se disgustó tanto que envió un hambre insoportable a todo el país, que se prolongó por espacio de tres años. Y DIOS no quiso retirar su castigo hasta que la mencionada ofensa fuera remediada con la muerte de siete hijos, o parientes cercanos del rey Saúl. Y mientras Sedequías, rey de Jerusalén, había prometido fidelidad al rey de Caldea, después, cuando Sedequías, en contra de su juramento y lealtad, se rebeló contra Nabucodonosor: este rey pagano, con el permiso y el consentimiento de Dios, invadió la tierra de Judá y sitió la ciudad de Jerusalén, obligó al citado rey Sedequías a huir y, al huir, lo hizo prisionero, mató a sus hijos delante de su cara y le sacó los dos ojos; y, atándolo con cadenas, lo llevó prisionero miserablemente a Babilonia (2 Reyes 24.17, 20, 2 Reyes 25.1-7).

Los juramentos y las promesas ilícitas no se deben cumplir. De esta manera, Dios muestra claramente cuánto aborrece a los que rompen las promesas honestas hechas con un juramento en su nombre. Y de los que hacen promesas perversas por medio de un juramento, y las cumplen, tenemos el ejemplo en las Escrituras, principalmente de Herodes, de los judíos perversos y de Jefté. Herodes prometió con un juramento a la Damisela que bailaba ante él, que le daría todo lo que pidiera (Mateo 14.7-11): cuando su malvada madre le ordenó que pidiera la cabeza de San Juan Bautista, Herodes, al igual que hizo un mal juramento, lo cumplió con mayor maldad, y mató cruelmente al santísimo Profeta. Del mismo modo, los judíos maliciosos hicieron un juramento, maldiciéndose a sí mismos si comían o bebían, hasta que hubieran matado a San Pablo (Hechos 23.14). Y Jefté, cuando Dios le dio la victoria sobre los hijos de Amón, prometió (con una devoción insensata) a Dios ofrecerle como sacrificio a la persona de su propia casa que primero se reuniera con él después de su regreso a su hogar. Por la fuerza de este juramento falso e imprudente, mató a su propia y única hija, que salió de su casa con alegría y felicidad para darle la bienvenida (Jueces 11.30-39). Así, la promesa que hizo (muy tontamente) a Dios, en contra de la voluntad eterna de Dios y de la ley natural, la cumplió muy cruelmente, cometiendo así contra Dios una doble ofensa. Por lo tanto, cualquiera que haga una promesa, obligándose a sí mismo con un juramento, que prevea que la cosa que promete sea buena y honesta, y que no sea contraria al mandato de DIOS, y que esté en su poder cumplirla justamente. Y estas buenas promesas deben ser cumplidas por todos los hombres con toda seguridad. Pero si un hombre, ya sea por ignorancia o por malicia, promete y jura hacer cualquier cosa que sea contraria a la ley de DIOS Todopoderoso, o que no esté en su poder cumplirla, que lo tome como un juramento ilegal e impío.

Contra el perjurio. Ahora bien, para hablar de perjurio, con el fin de que sepáis cuán grande y grave es la ofensa a Dios que supone este pecado voluntario, os mostraré lo que es jurar ante un juez sobre el libro.

Un juramento ante un juez. En primer lugar, cuando pongan sus manos sobre el libro del Evangelio, jurarán verdaderamente investigar y hacer una presentación verdadera de las cosas de las que se les acusa, y no dejarán de decir la verdad ni de hacer lo verdadero, por el favor, el amor, el temor o la malicia de cualquier persona, según les ayude DIOS, y el contenido sagrado de ese libro: Deben considerar que en ese libro está contenida la verdad eterna de Dios, su santísima y eterna palabra, por la cual tenemos el perdón de nuestros pecados, y somos hechos herederos del cielo, para vivir por siempre con los ángeles y los santos de Dios, en alegría y gozo. En el libro del Evangelio se cuentan también las terribles amenazas de Dios a los pecadores obstinados, que no quieren enmendar sus vidas, ni creer en la verdad de la santa Palabra de Dios, y la pena eterna preparada en el infierno para los idólatras e hipócritas, para los que juran falsamente, para los perjuros, para los falsos testigos, para los falsos condenadores de inocentes e irreprochables, y para los que, por favor, ocultan los crímenes de los malhechores, para que no sean castigados. De modo que los que voluntariamente renuncian al santo Evangelio de Cristo, abandonan por completo la misericordia, la bondad y la verdad de Dios, los méritos de la natividad, la vida, la pasión, la muerte, la resurrección y la ascensión de nuestro Salvador, rechazan el perdón de los pecados, prometido a todos los pecadores arrepentidos, las alegrías del cielo, la compañía de los ángeles y los santos para siempre. Todos estos beneficios y bendiciones confortables se prometen a los verdaderos cristianos en el Evangelio. Y si renuncian al Evangelio, se entregan al servicio de los demonios, el maestro de todas las mentiras, falsedades, engaños y perjuros, provocando la gran indignación y la maldición de Dios contra ellos en esta vida, y la terrible ira y el juicio de nuestro Salvador Cristo, en el gran día del juicio final, cuando juzgará justamente a los vivos y a los muertos, según sus obras. Porque todo aquel que abandona la verdad por amor al desagrado de algún hombre, o por lucro y beneficio propio, abandona a Cristo, y con Judas lo traiciona.

Aunque el perjurio se escape aquí sin ser visto ni castigado, no lo hará jamás. Y aunque la falsedad de los hombres perjuros se mantenga ahora en secreto, se abrirá en el último día, cuando los secretos de los corazones de todos los hombres se manifiesten a todo el mundo. Y entonces aparecerá la verdad, y los acusará: y su propia conciencia, con toda la bendita compañía del Cielo, testificará verdaderamente contra ellos. Y Cristo, el justo Juez, los condenará entonces con justicia a la vergüenza y la muerte eternas. Este pecado de perjurio, el Dios Todopoderoso, por medio del Profeta Malaquías, amenaza con castigarlo duramente, diciendo a los judíos: "Vendré a vosotros en juicio, y seré un testigo rápido y un juez severo para los hechiceros, adúlteros y perjuros" (Malaquías 3.5). Lo que DIOS declaró al Profeta Zacarías en una visión, en la que el Profeta vio un libro que volaba, que tenía veinte codos de largo y diez de ancho, y DIOS le dijo entonces: esta es la maldición que caerá sobre la faz de la tierra, por la mentira, la falsedad y el perjurio. Y esta maldición entrará en la casa del hombre falso y en la casa del hombre perjuro, y permanecerá en el centro de su casa, consumiéndolo a él y a los maderos y piedras

de su casa (Zacarías 5.1-4). Así ves cuánto odia DIOS el perjurio, y qué castigo ha preparado DIOS para quienes juran falsamente y para los perjuros.

Así habéis oído cómo y en qué causas es lícito que un hombre cristiano jure: habéis oído qué propiedades y condiciones debe tener un juramento lícito, y también cómo tales juramentos lícitos son tanto piadosos como necesarios de ser observados: habéis oído que no es lícito jurar en vano, (es decir) de otra manera que no sea en tales causas, y según el tipo declarado. Y, por último, habéis oído lo condenable que es renunciar a nosotros mismos, o mantener un juramento ilegal e imprudente. Por lo tanto, pidamos con insistencia la gracia de que, en lo que respecta a todos los juramentos y perjuros, utilicemos únicamente los juramentos que son legales y piadosos, y que los cumplamos verdaderamente y sin ningún tipo de fraude, de acuerdo con la voluntad y el deseo de Dios. A quien con el Hijo y el Espíritu Santo, sea todo el honor y la gloria. AMÉN.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

- 1.** ¿Cuándo un juramento es lícito y cuando es ilícito?
- 2.** ¿Cuál mandamiento se viola cuando juramos con ligereza? Explique.
- 3.** ¿Qué ejemplos bíblicos encontramos de juramentos lícitos?
- 4.** ¿Cuáles son las tres condiciones que debe tener un juramento lícito? Explique.
- 5.** ¿Se puede decir que los sacramentos son un juramento? ¿Qué implica la celebración y recepción de la Santa Cena?
- 6.** ¿Podemos afirmar que el matrimonio es un sacramento? Explique la forma en que la idea romanista del matrimonio como sacramento es corregida en el Artículo XXV de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana.
- 7.** ¿Cristo prohíbe toda clase de juramentos? Sustente su respuesta.
- 8.** ¿Deberíamos considerar nuestra palabra como un juramento (Santiago 1:19)?
- 9.** ¿Qué podemos decir del uso indiscriminado de los juramentos?
- 10.** ¿Cuáles son los dos castigos que se mencionan en la Escritura para aquellos que rompen sus promesas y juramentos?
- 11.** ¿Qué implica jurar colocando la mano sobre la Sagrada Escritura?
- 12.** ¿Qué implicaciones tiene esta homilía para aquellos que aspiran servir a Dios en el Santo Oficio de la Palabra y los Sacramentos al tomar votos solemnes?
- 13.** Exponga las enseñanzas derivadas del Artículo XXXIX de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana.

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás (Deuteronomio 6:13).

Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras. Porque de la mucha ocupación viene el sueño, y de la multitud de las palabras la voz del necio. Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas (Eclesiastés 5:1-5).

¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; El que no ha elevado su alma a cosas vanas, Ni jurado con engaño (Salmos 24:3-4).

Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación (Hebreos 6:16).





Porque sí pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!

**(Hebreos 10:26-31)**

# Homilía Contra el Declinar de Dios



Anónima

## UN SERMÓN SOBRE LO PELIGROSO QUE ES CAER DE DIOS

De nuestro alejamiento de Dios, el sabio dice que la soberbia fue el primer comienzo, pues por ella el corazón del hombre se apartó de Dios, su Creador. Porque la soberbia (dice él) es la fuente de todos los pecados: el que la tiene, estará lleno de maldiciones, y al final lo destruirá (Eclesiástico 10.13). Y así como por el orgullo y el pecado nos alejamos de Dios, así se alejará Dios y toda la bondad con Él. Y el Profeta Oseas afirma claramente que los que se alejan de Dios por una vida viciosa, y sin embargo quieren apaciguarlo de otra manera mediante sacrificios, no entienden, por lo que trabajan en vano. Porque, a pesar de todos sus sacrificios, Él sigue alejándose de ellos. Por lo tanto (dice el Profeta), si no se esfuerzan por volver a Dios, aunque vayan con rebaños enteros y con guardias a buscar al Señor, no lo encontrarán, porque se ha alejado de ellos (Oseas 5.5-6, 6.6, 8.13). Pero en cuanto a nuestro declinar de DIOS, o caer de Él, entenderás que puede hacerse de diversas maneras. A veces directamente por la idolatría, como Israel y Judá hicieron entonces; a veces los hombres se alejan de Dios por la falta de fe y la desconfianza en Dios, de lo cual habla Isaías de esta manera: "Ay de los que bajan a Egipto para buscar ayuda, confiando en los caballos, y teniendo confianza en el número de carros, y en la potencia de los jinetes. No tienen confianza en el santo Dios de Israel, ni buscan al Señor (Isaías 31.1-3). ¿Pero qué sigue a esto? El Señor dejará caer su mano sobre ellos, y caerán tanto el ayudante como el que está en el santuario: serán destruidos por completo. A veces los hombres se alejan de Dios por descuidar sus mandatos respecto a sus vecinos, que les ordenan expresar amor sincero hacia todos los hombres, como dijo Zacarías al pueblo en nombre de Dios. Tened verdadero juicio, mostrad misericordia y compasión cada uno hacia su hermano, no imaginéis ningún engaño hacia las viudas, ni hacia los hijos huérfanos y desamparados, ni hacia los extranjeros, ni hacia los pobres, que nadie forje maldad en su corazón contra su hermano (Zacarías 7.9-10). Pero estas cosas no las atendieron, volvieron la espalda y siguieron su camino, taparon sus oídos para no escuchar, endurecieron sus corazones como una piedra adamantina, para no escuchar la Ley, y las palabras que el Señor había enviado a través de su santo Espíritu, por sus antiguos Profetas. Por lo que el Señor mostró su gran indignación contra ellos. Sucedió (dice el Profeta) tal como les dije: como no quisieron escuchar, cuando gritaron no fueron

escuchados, sino que fueron dispersados por todos los reinos que nunca conocieron, y su tierra quedó desolada. Y para resumir, todos los que no se atienen a la Palabra de Dios, sino que siguen las persuasiones y la obstinación de sus propios corazones, retroceden y no avanzan (como se dice en Jeremías 7.24). De tal manera que Orígenes dice: Aquel que con la mente, con el entendimiento, con los actos, con el pensamiento y con el cuidado se aplica y se entrega a la Palabra de Dios, y piensa en sus leyes día y noche, se entrega por completo a Dios, y se ejercita en sus preceptos y mandamientos: éste es el que se vuelve a Dios. Y por otra parte dice: Quien se ocupa de Fábulas y Cuentos, cuando bien podría practicar la palabra de DIOS, se aleja de DIOS. Quien en el momento de leer la palabra de Dios, se preocupa por los negocios mundanos, por el dinero o por el lucro, se aleja de Dios; quien se enreda en los afanes de las posesiones, se llena de codicia de riquezas, quien estudia para la gloria y el honor de este mundo, se aleja de Dios. De modo que, según su mente, el que no tiene una mente específica para lo que se ordena o enseña de Dios, el que no lo escucha, abraza e imprime en su corazón, con el fin de que pueda moldear debidamente su vida a partir de entonces, está claramente alejado de Dios, aunque haga otras cosas de su propia devoción y mente, que a él le parecen mejores y que redundan en mayor honor de Dios. Lo cual ciertamente, se nos enseña y amonesta en la Sagrada Escritura con el ejemplo del rey Saúl, quien recibiendo orden de DIOS por medio de Samuel, que debía matar a todos los amalecitas, y destruirlos con sus bienes y ganado, lo que se le mandó con toda claridad (1 Samuel 15.3), sin embargo, él, siendo movido en parte con piedad, y en parte (como él pensaba) con devoción a DIOS, salvó al rey Agag, y a todo lo principal de su ganado, para hacer sacrificio a DIOS. Pero Dios, muy disgustado, dijo al profeta Samuel: "Me arrepiento de haber hecho rey a Saúl, porque me ha abandonado y no ha seguido mis palabras", y mandó a Samuel que se lo mostrara, y cuando Samuel le preguntó por qué (en contra de la palabra de Dios) había salvado al ganado, se excusó, en parte, por miedo, diciendo que no podía hacer otra cosa, porque el pueblo lo quería así, en parte, porque eran buenas bestias, pensó que Dios estaría contento, viendo que se hacía con buena intención y devoción, para honrar a Dios con el sacrificio de ellas.

Pero Samuel, reprobando todos esos intentos y devociones (que nunca son tan honrosos para DIOS, si no están de acuerdo con su Palabra, por la cual podemos estar seguros de su agrado) dijo de esta manera: ¿Querrá DIOS tener sacrificios y ofrendas? ¿O más bien que se obedezca su Palabra? Obedecerlo es mejor que las ofrendas, y escucharlo es mejor que ofrecer la grasa de los machos cabríos; sí, repugnar a su voz es tan malo como el pecado de la adivinación; y no estar de acuerdo con Él es como la abominable idolatría. Y ahora, por cuanto has desechado la palabra del Señor, él te ha desechado a ti, para que no seas rey.

El alejamiento de Dios del hombre. Por todos estos ejemplos de la Sagrada Escritura, podemos saber que si nosotros abandonamos a Dios, Él nos abandonará por siempre. Y qué estado miserable sigue consecuente y necesariamente, ya que un hombre puede considerar con ligereza las terribles amenazas de DIOS. Y aunque

no considere toda la miseria mencionada hasta el final, ya que es tan grande que cualquier hombre no tiene la capacidad suficiente para considerarla en esta vida; sin embargo, una vez perciba tanta de esta en sí mismo, se dará cuenta que su corazón es más duro que una piedra, o que es firmemente obstinado, entonces temerá, temblará y se estremecerá, recordándolo. En primer lugar, el desagrado de Dios hacia nosotros se expresa comúnmente en la Escritura por estas dos cosas: mostrando su temible rostro sobre nosotros, y volviendo su rostro, o escondiéndolo de nosotros. Al mostrar su rostro temible, esto significa su gran ira; pero al volver su rostro u ocultarlo significa muchas veces más, es decir, que nos abandona claramente y nos entrega a nuestra necesidad. Los cuales significados se toman de las propiedades de las costumbres comunes de los hombres. Porque los hombres hacia aquellos a quienes favorecen, comúnmente muestran un rostro bueno, alegre y amoroso; de modo que por la cara o el rostro de un hombre, comúnmente se muestra la voluntad o la mente que tiene hacia los demás. Así, cuando DIOS muestra su rostro temible hacia nosotros, es decir, envía sobre nosotros terribles plagas de espada, hambre o peste, parece que está muy enojado con nosotros. Pero cuando nos retira su Palabra, la recta doctrina de Cristo, su bondadosa asistencia y ayuda (que siempre está unida a su palabra) y nos deja a nuestro propio ingenio, nuestra propia voluntad y fuerza: entonces declara que comienza a abandonarnos. Porque mientras que Dios ha mostrado a todos los que verdaderamente sienten su Evangelio, su rostro de misericordia en Jesucristo, que ilumina sus corazones de tal manera que (si lo ven como deben hacerlo) se transforman a su imagen, son hechos partícipes de la luz celestial, y de su Santo Espíritu, y son formados para Él en toda la bondad requerida para los hijos de Dios: Por lo tanto, si después descuidan lo mismo, si no son fieles a Él, si no ordenan sus vidas de acuerdo con su ejemplo y doctrina, y para exponer su gloria, Él les quitará su reino, su Santa Palabra, por la cual Él debería reinar en ellos, porque no traen el fruto que él espera. Sin embargo, su misericordia es tan grande y de tan larga duración, que no muestra sobre nosotros esa gran ira repentinamente. Pero cuando empezamos a rehuir su Palabra, no creyéndola o no expresándola en nuestra vida, primero envía a sus mensajeros, los verdaderos predicadores de su Palabra, para amonestarnos y advertirnos de nuestra deuda: que así como Él, por el gran amor que nos tiene, entregó a su propio Hijo para que sufriera la muerte, a fin de que nosotros, por su muerte, fuéramos liberados de la muerte, y fuéramos restaurados a la vida eterna, para habitar siempre con Él, y ser partícipes y herederos con Él, de su gloria eterna y del reino de los cielos: así también, que nosotros, por nuestra parte, debemos andar en una vida piadosa, como corresponde a sus hijos. Y si esto no sirve, seguimos siendo desobedientes a su Palabra y voluntad, sin conocerlo, ni amarlo, sin temerlo, sin depositar toda nuestra confianza en Él: y por otro lado, con respecto a nuestro prójimo, comportándonos de manera poco caritativa, con desdén, envidia, malicia, o cometiendo asesinatos, robos, adulterios, gula, engaños, mentiras, juramentos, u otras obras detestables similares, y comportamientos impíos, entonces Él nos amenaza con terribles advertencias, jurando con gran ira, que cualquiera que haga

estas obras, nunca entrará en su descanso, que es el reino de los cielos. (Hebreos 3.11, Salmos 15, 1, 1 Corintios 6).

## **LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA CAÍDA DEL HOMBRE DE DIOS.**

En la primera parte de este sermón, has aprendido de cuántas maneras los hombres se alejan de Dios: algunos por idolatría, otros por falta de fe, otros por descuido del prójimo, otros por no escuchar la palabra de Dios, otros por el placer que toman en las vanidades de las cosas mundanas. También has aprendido en qué miseria se encuentra el hombre que se ha alejado de DIOS, y cómo DIOS, por su infinita bondad, vuelve a llamar al hombre de su miseria, primero con amonestaciones suaves por parte de sus predicadores, y luego con amenazas terribles. Ahora bien, si estas amonestaciones suaves y las amenazas no sirven, entonces DIOS mostrará su terrible rostro sobre nosotros, hará caer sobre nuestras cabezas plagas intolerables, y después nos quitará toda su ayuda y asistencia, con la que antes nos defendía de toda clase de calamidades. Como nos enseña el profeta evangélico Isaías, en concordancia con la parábola de Cristo, diciendo que DIOS hizo una buena viña para sus hijos predilectos, la cercó, la amuralló, la plantó con vides escogidas, e hizo una torre en medio de ella, y en ella también un viñedo. Y cuando esperaba que le diera buenas uvas, dio uvas silvestres (Isaías 5.1-2, Mateo 21.33); y después sigue: Ahora os mostraré (dice DIOS) lo que haré con mi viña: Derribaré los setos para que perezca: Derribaré los muros para que sea pisoteada: Dejaré que se pierda, no se cortará, no se cavará, sino que las zarzas y los espinos la desbordarán, y ordenaré a las nubes que no vuelvan a regarla.

Con estas amenazas se nos advierte que si nosotros, que somos la viña elegida de Dios, no traemos buenas uvas, es decir, buenas obras que sean deleitables y agradables a sus ojos, cuando Él las busque, cuando envíe a sus mensajeros a pedir las, sino que traemos uvas silvestres, es decir, obras malas, inservibles e infructuosas: entonces nos quitará toda la confianza, y hará que caigan sobre nosotros graves plagas de hambre, de malestar, de escasez y de muerte. Por último, si esto no sirve, nos dejará tirados, nos abandonará, se apartará de nosotros, no cavará ni abonará más en torno a nosotros, nos dejará solos, y permitirá que traigamos los frutos de nuestro gusto, produciendo zarzas, espinos y cardos, todo tipo de maldad, todo vicio, y eso tan abundantemente, que nos sobrepasará, ahogará, estrangulará y destruirá por completo. Pero los que en este mundo no viven en pos de Dios, sino en pos de su propia libertad carnal, no perciben esta gran ira de Dios hacia ellos, que no cavará, ni ahondará más en ellos, que los dejará en paz incluso para ellos mismos. Pero toman esto como un gran beneficio de Dios, para tener toda su propia libertad: y así viven, como si la libertad carnal fuera la verdadera libertad del Evangelio. Pero DIOS no permita (buena gente) que alguna vez deseemos tal libertad. Porque aunque DIOS permita a veces que los malvados tengan su placer en este mundo, sin embargo perseverar en la vida impía es finalmente la destrucción sin fin. Los israelitas que murmuraban tenían lo que

deseaban, tenían suficientes codicias, sí, hasta que se cansaron de ellas. Pero, ¿Cuál fue su fin? Su dulce comida se había convertido en salsa de inmundicia: incluso mientras la comida estaba en sus bocas, la plaga de Dios se encendió sobre ellos, y de repente murieron (Números 11.31-33). Por lo tanto, si somos impíos, y Dios nos permite seguir nuestras propias voluntades, tener nuestros propios deleites y placeres, y no nos corrige con alguna plaga, no hay duda de que está casi totalmente disgustado con nosotros. Y aunque tarda en golpear, muchas veces, cuando golpea a esas personas, las golpea de inmediato y para siempre. De modo que cuando no nos golpea, cuando deja de afligirnos, de castigarnos o de disciplinarnos, y nos deja correr de cabeza hacia toda la impiedad y los placeres de este mundo en los que nos deleitamos, sin castigo ni adversidad, es una terrible señal de que ya no nos ama, de que ya no se preocupa por nosotros, sino que nos ha entregado a nosotros mismos. Mientras un hombre poda sus viñas, cava en las raíces y les echa tierra fresca, se preocupa por ellas, percibe algún indicio de que pueden volver a ser fructíferas, pero cuando ya no les dedica tanto esfuerzo y trabajo, es señal de que piensa que nunca serán buenas.

Y el padre, mientras ama a su hijo, lo mira con cólera, lo corrige cuando hace algo malo; pero cuando eso no sirve, y deja de corregirlo, y le permite hacer lo que quiere, es señal de que piensa desheredarlo y echarlo para siempre. Por lo tanto, nada debería perturbar tanto nuestro corazón, y ponernos en un temor tan horrible, como cuando sabemos en nuestra conciencia que hemos ofendido gravemente a DIOS, y que continuamos haciéndolo, y que, sin embargo, Él no nos golpea, sino que nos permite tranquilamente hacer las cosas que nos gustan. Entonces es especialmente el momento de llorar, y de lamentarnos, como lo hizo David: No me apartes de tu rostro, y no quites de mí tu Santo Espíritu (Salmos 51.11). Señor, no apartes de mí tu rostro, no rechaces a tu siervo con disgusto. No escondas tu rostro de mí, para que no sea como los que descienden al infierno. Sus lamentables oraciones, al igual que nos certifican el horrible peligro que corren aquellos de quienes Dios aparta su rostro (por el momento, y mientras lo haga), deberían motivarnos y estimularnos a clamar a Dios con todo nuestro corazón, para que no seamos llevados a ese estado, que sin duda es tan doloroso, tan miserable y tan espantoso, que ninguna lengua puede expresarlo con suficiente profundidad, ni ningún corazón puede concebirlo como es debido. Porque, ¿Qué terrible calamidad puede suponer un hombre que está bajo la ira de Dios, que ha sido abandonado por Él, que su Espíritu Santo, el autor de toda bondad, le ha sido arrebatado, y que ha sido llevado a una condición tan vil, que no le queda mejor propósito que el de ser condenado para siempre en el infierno? Porque no sólo estos lugares de David muestran que, al apartarse el rostro de Dios de cualquier persona, ésta quedará desprovista de toda bondad, y lejos de la esperanza de remedio: pero también el texto antes citado de Isaías, significa lo mismo, que muestra, que DIOS finalmente abandona su viña infructuosa, que no sólo permitirá que traiga malezas, cardos y espinos, sino que también castigará la infructuosidad de la misma. Dice que no la podará, que no la deshojará, y que ordenará a las nubes que no la rieguen: este es

el significado de esta enseñanza en su Santa Palabra, que San Pablo, de manera similar, expresó por plantar y regar, lo que significa que Él les quitará eso, de modo que ya no serán de su reino, ya no serán gobernados por su Santo Espíritu, serán apartados de la gracia y los beneficios que tenían, y siempre podrían haber disfrutado a través de Cristo, serán privados de la luz celestial, y la vida que tenían en Cristo, mientras moraban en Él: serán (como lo fueron una vez) como hombres sin Dios en este mundo, o más bien en una condición peor. Y para ser breve, serán entregados al poder del demonio, que es el que gobierna a todos los que se apartan de Dios, como lo hizo con Saúl y Judas (1 Samuel 15.23, 16.14), y en general con todos los que obran según su propia voluntad, los hijos de la malicia y la incredulidad. Por lo tanto, tengamos cuidado (buen pueblo cristiano) de que al rechazar o desechar la Palabra de Dios (por la cual obtenemos y retenemos la verdadera fe en Dios) no seamos finalmente desechados tan lejos, que nos convirtamos en hijos de la incredulidad, que son de dos clases, muy diversas, sí, casi claramente contrarias, y sin embargo ambas están muy lejos de volver a Dios; Los de una clase, que sólo sopesan su vida pecaminosa y detestable, con el recto juicio y la rectitud de la justicia de Dios, y sin embargo, están tan desprovistos de consejo, y se sienten tan incómodos (como deben estar todos aquellos a quienes se les ha quitado el Espíritu de consejo y consuelo) que no se persuaden en sus corazones, sino que: una de dos, o bien Dios no puede, o bien no los tomará de nuevo a su favor y misericordia. Los otros, oyendo las amorosas y grandes promesas de la misericordia de Dios, y no concibiendo una correcta fe en ellas, hacen esas promesas más grandes que las que Dios ordenó nunca, confiando en que, aunque continúen en su pecaminosa y detestable vida por mucho tiempo, sin embargo, al final de su vida, Dios mostrará su misericordia sobre ellos, y que entonces regresarán. Y estos dos tipos de hombres están en un estado condenable, y sin embargo, DIOS (que no quiere la muerte de los malvados) ha mostrado medios, por los cuales ambos (si prestan atención a tiempo) pueden escapar (Ezequiel 18.32, 33.11).

Contra la desesperación. En primer lugar, aquellos que temen la justa justicia de Dios al castigar a los pecadores (por lo que se encuentran consternados y desesperados en cuanto a cualquier esperanza que pueda haber para ellos mismos), si constantemente o firmemente creen que la misericordia de Dios es el remedio designado contra tal desesperación y desconfianza, no sólo para ellos, sino en general para todos los que están arrepentidos y verdaderamente se encuentran contritos, y se aferran a la misericordia de Dios, pueden estar seguros de que obtendrán esa misericordia, y entrarán en el puerto o refugio de seguridad, en el que cualquiera que venga, aunque antes hubiera sido muy malvado, estarán fuera del peligro de la condenación eterna, como DIOS por Ezequiel dice, que cada vez que un pecador regrese, y tome el arrepentimiento sincero y verdadero, me olvidaré de toda su maldad (Ezequiel 33.19).

Contra la presunción. Por otra parte, así como están listos para creer en las promesas de Dios, también deben estar listos para creer en las amenazas de Dios:

también deben creer en la ley como en el Evangelio: también en que hay un infierno y fuego eterno, como en que hay un cielo y alegría eterna: tanto deben creer que se amenaza con la condenación a los malvados y malhechores, como que se promete la salvación a los fieles de palabra y de obra, tanto deben creer que Dios es verdadero en lo uno como en lo otro. Y los pecadores que siguen viviendo mal, deben pensar que las promesas de la misericordia de Dios y el Evangelio no les pertenecen estando en ese estado, sino sólo la ley y las Escrituras que hablan de la ira y la indignación de Dios, y sus amenazas, lo que debería certificarles que, así como presumen demasiado de la misericordia de Dios y viven disolutamente: así DIOS les retira cada vez más su misericordia, y por ello es provocado de tal manera a ira, que destruye a tales presumidos muchas veces repentinamente. Porque de los tales S. Pablo dijo así: Cuando digan que hay paz, que no hay peligro, entonces vendrá sobre ellos la destrucción repentina (1 Tesalonicenses 5.3). Cuidémonos, pues, de tal atrevimiento para pecar. Porque DIOS, que ha prometido su misericordia a los que se arrepienten de verdad (aunque sea al final), no ha prometido al pecador presuntuoso ni que tendrá una larga vida, ni que tendrá un verdadero arrepentimiento al final. Sino que con ese propósito ha hecho que la muerte de cada hombre sea incierta, para que no ponga su esperanza en el tiempo, y en el transcurso de dicho tiempo (para gran disgusto de Dios) viva impiamente. Por lo tanto, sigamos el consejo del hombre sabio, no nos demoremos en volvernos al Señor; no lo posterguemos de día en día, porque de pronto vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza destruirá a los impíos. Volvamos, pues, a tiempo, y cuando nos volvamos oremos a DIOS, como enseña Oseas, diciendo: Perdona todos nuestros pecados, recíbenos con bien (Oseas 14.2). Y si nos dirigimos a Él con un corazón humilde y muy arrepentido, nos recibirá con su favor y gracia por su santo nombre, por su promesa, por su verdad y misericordia, prometida a todos los fieles creyentes en Jesucristo, por tanto, a su único Hijo unigénito: quien es el único Salvador del mundo con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

- 1.** ¿Cómo se evidencia la verdadera devoción de una falsa?
- 2.** ¿En qué manera actuaba Saúl pretendiendo rendir servicio sincero a Dios?
- 3.** ¿Cómo considera Dios la honra y la obediencia que pretendemos rendirle sin tomar en cuenta su Palabra? Cite algunos ejemplos.
- 4.** ¿Por qué se dice que un hombre en esta vida no puede entender toda la miseria que implica el abandono de Dios?
- 5.** ¿Cuáles son las dos formas en las que se muestra el desagrado de Dios en la Escritura para con el hombre? Cite ejemplos.
- 6.** ¿Puede un hijo de Dios caer de la gracia? Lea el Artículo XVII de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana.
- 7.** Enuncie las dos clases de personas que se apartan de Dios.

8. ¿Cuál es el remedio de Dios contra el desespero y la desconfianza para aquellos que sinceramente temen debido a sus pecados?
9. ¿Qué lugar ocupa la ley y el evangelio hoy en la vida cristiana?
10. ¿Qué quiere decir el autor cuando habla contra la presunción?
11. ¿Qué le advierte esta homilía a quienes ejercen el Servicio a Dios como ministros de la Palabra y los Sacramentos?

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

Y le dijo: ¡Sansón, los filisteos sobre ti! Y luego que despertó él de su sueño, se dijo: Esta vez saldré como las otras y me escaparé. Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él (Jueces 16:20).

Pues que tú eres el Dios de mi fortaleza, ¿por qué me has desechado? ¿Por qué andaré enlutado por la opresión del enemigo? (Salmos 43:2).

He aquí me echas hoy de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará (Génesis 4:14).

Jehová, por tanto, se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro; y no quedó sino sólo la tribu de Judá (2 Reyes 17:18).

Y dijo Jehová: También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel, y desearé a esta ciudad que había escogido, a Jerusalén, y a la casa de la cual había yo dicho: Mi nombre estará allí (2 Reyes 23:27).





“Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará.<sup>3</sup> Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo”.

**(S. Lucas 11:17-27)**

# Homilía Contra el Miedo a la Muerte



Anónima.

## UNA EXHORTACIÓN CONTRA EL MIEDO A LA MUERTE

No es de extrañar que los hombres mundanos teman morir. Porque la muerte les priva de todos los honores, riquezas y posesiones mundanas, en cuya fruición el hombre inconverso se considera feliz, mientras pueda disfrutar de ellos como su propio placer; y de lo contrario, si es desposeído de los mismos, sin esperanza de recuperación, entonces no puede pensar en sí mismo de otra manera, sino que es infeliz, porque ha perdido su alegría y placeres de este mundo. Ay, piensa este hombre carnal, ¿habré de alejarme ahora para siempre de todos mis honores, de todos mis tesoros, de mi país, de mis amigos, de mis riquezas, de mis posesiones y de los placeres mundanos, que son mi alegría y el deleite de mi corazón? Ay de que llegue el día en que deba despedirme de todo esto de una vez, y no volver a disfrutar de nada de ello. Por eso, no sin gran motivo dice el sabio: "Oh, la muerte, ¿qué amargo y desagradable es el recuerdo de ti para un hombre que vive en paz y prosperidad en sus bienes, para un hombre que vive a gusto, que lleva su vida según su propia mente sin problemas, y que está en todo bien consentido y alimentado (Eclesiástico 41.1)? Hay otros hombres a los que este mundo no les sonrío tanto, sino que más bien los veja y los oprime con la pobreza, la enfermedad o cualquier otra adversidad, y sin embargo temen la muerte, en parte porque la carne aborrece naturalmente su propia y dolorosa condición, siendo amenazados constantemente por la muerte, y en parte por las enfermedades y los dolores, que son los más fuertes dolores y agónicos en la carne, y suelen venir a enfermar a los hombres antes de la muerte, o al menos acompañan a la muerte, cuando ésta llega.

Aunque estas dos causas parezcan grandes y pesadas para un hombre mundano, por las cuales se le motiva a temer la muerte, sin embargo, hay otra causa mucho mayor que cualquiera de las antes mencionadas, por la cual en verdad tiene una causa justa para temer la muerte, y es el estado y la condición a la que al final la muerte lleva a todos los que tienen sus corazones fijos en este mundo, sin arrepentimiento y enmienda. Este estado y condición se llama la segunda muerte, que a todos los tales les sobrevendrá después de esta muerte corporal. Y esta es la

muerte que debe ser temida, porque es una pérdida eterna, sin remedio, de la gracia y el favor de Dios, y de la alegría, el placer y la felicidad eternos. Y no sólo es la pérdida para siempre de todos estos placeres eternos, sino también la condena del cuerpo y del alma (sin apelación ni esperanza de redención) a dolores eternos en el infierno. A este estado la muerte envió al piadoso mendigo y al hombre rico (del que habla Lucas en su Evangelio, Lucas 16.19-23), que viviendo en toda la riqueza y el placer de este mundo, y cuidando de sí mismo todos los días con comida delicada, y ropa gloriosa, despreció al pobre Lázaro, que yacía lamentable a su puerta, miserablemente plagado y lleno de llagas, y también penosamente herido de hambre. Ambos fueron capturados por la muerte, enviando a Lázaro, el pobre miserable, por medio de los ángeles, al seno de Abraham, un lugar de descanso, placer y consuelo; pero el despiadado hombre rico descendió a los infiernos, y estando en tormentos, clamó por consuelo, quejándose de la intolerable pena que sufría en aquella llama de fuego, pero era demasiado tarde. Así pues, la muerte corporal envía a este lugar a todos los que en este mundo tienen su alegría y felicidad, a todos los que en este mundo son infieles a DIOS, y poco caritativos con sus vecinos, muriendo así sin arrepentimiento y sin esperanza de la misericordia de DIOS. Por lo tanto, no es maravilloso que el hombre mundano tema a la muerte, pues tiene muchos más motivos para hacerlo que para aceptarla.

La primera. Así vemos tres causas por las que los hombres mundanos temen la muerte. Una, porque con ella perderán sus honores mundanos, riquezas, posesiones y todos los deseos de su corazón.

La segunda. Otra, por las dolorosas enfermedades y los amargos dolores que comúnmente sufren los hombres, ya sea antes o en el momento de la muerte.

La tercera, pero la causa principal, por encima de todas las demás, es el temor al miserable estado de condenación eterna, tanto del cuerpo como del alma, que temen que les seguirá después de abandonar los placeres mundanos de esta vida presente.

Por estas causas, todos los hombres mortales (que se entregan al amor de este mundo) están en temor y viven en estado de muerte por el pecado (como dice el santo Apóstol, Hebreos 2.15) mientras vivan aquí en este mundo: Pero (gracias eternas a DIOS Todopoderoso) no hay ninguna de estas causas, ni siquiera todas ellas, que pueda hacer que un verdadero hombre cristiano tenga miedo de morir (ya que él mismo es miembro de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, 1 Corintios 3. 16, hijo de Dios y heredero del reino eterno de los cielos), sino que, por el contrario, concibe grandes y numerosas causas, basadas sin duda en la verdad infalible y eterna de la palabra de Dios, que no sólo le induce a rechazar el temor a la muerte corporal, sino también a desearla, esperarla y anhelarla de corazón, por los múltiples beneficios y las singulares ventajas que se derivan de ella para todo fiel. Porque la muerte no será para él ninguna muerte, sino una liberación de la muerte, de todos

los dolores, preocupaciones y penas, miserias y desdichas de este mundo, y la entrada misma en el descanso, y un comienzo de la alegría eterna, un disfrute de los placeres celestiales, tan grandes, que ni la lengua es capaz de expresar, ni los ojos de ver, ni los oídos de oír, ni el corazón de ningún hombre terrenal de concebirlos. Son tan grandes los beneficios que DIOS, nuestro Padre celestial, por su misericordia y por el amor de su Hijo Jesucristo, ha almacenado y preparado para los que se someten humildemente a ÉL y lo aman sin reservas desde el fondo de su corazón. Y debemos creer que la muerte, al ser asesinada por Cristo, no puede mantener a ningún hombre que confíe firmemente en el Señor, bajo su tiranía y sujeción perpetuas, sino que resucitará de la muerte a la gloria en el último día, designado por Dios Todopoderoso, como Cristo, nuestra cabeza, resucitó de nuevo, de acuerdo con la designación de Dios, el tercer día. Porque S. Agustín dice: La cabeza va delante, los miembros confían en seguir y venir después. Y S. Pablo dice: Si Cristo ha resucitado de entre los muertos, nosotros también resucitaremos de entre los mismos. Y para consolar a todos los cristianos en esto, la Sagrada Escritura llama a esta muerte corporal un sueño, en el que los sentidos del hombre son (por así decirlo) arrebatados por un tiempo, y, sin embargo, cuando se despierta, está más fresco que cuando se acostó. Así, aunque nuestras almas estén separadas de nuestros cuerpos por un tiempo, en la resurrección general estaremos más frescos, bellos y perfectos que ahora. Porque ahora somos mortales, entonces seremos inmortales; ahora infectados con diversas enfermedades, entonces claramente vacíos de todas las enfermedades mortales; ahora estamos sujetos a todos los deseos carnales, entonces seremos todos espirituales, no deseando nada más que la gloria de DIOS, y las cosas eternas. Así, esta muerte corporal es una puerta o entrada a la vida, y por lo tanto no es tan temible (si se considera correctamente) como confortable, no como un mal, sino un remedio para todos los males, no es un enemigo, sino un amigo, no es un tirano cruel, sino un guía suave que no nos lleva a la mortalidad, sino a la inmortalidad, no a la tristeza y al dolor, sino a la alegría y al placer, y esto durará para siempre, si se toma y se acepta con agradecimiento como mensajero de Dios, y se soporta pacientemente por el amor de Cristo, que sufrió la muerte más dolorosa por nuestro amor, para redimirnos de la muerte eterna. De acuerdo con esto, San Pablo dice que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3.3-4): pero cuando nuestra vida aparezca, entonces también apareceremos con Él en la gloria. ¿Por qué, pues, hemos de temer la muerte, teniendo en cuenta las múltiples y confortables promesas del Evangelio y de las Sagradas Escrituras? DIOS el Padre nos ha dado vida eterna (dice S. Juan) a vosotros que creéis en el Nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna (1 Juan 5.11-13) y que creéis en el Nombre del Hijo de Dios. Y nuestro Salvador Cristo dice: El que cree en mí tiene vida eterna, y yo lo resucitaré de la muerte a la vida en el último día (Juan 6.40): S. Pablo también dice que Cristo es ordenado y hecho por DIOS nuestra justicia, santidad y redención, para que el que se gloríe se gloríe en el Señor (1 Corintios 1.30-31). S. Pablo despreció y puso a un lado todas las demás cosas, considerándolas como algo que antes tenía a un precio muy alto, esto con el fin de ser hallado en Cristo, para tener vida eterna, verdadera

santidad, justicia y redención (Filipenses 3.8-9). Finalmente, S. Pablo hace un argumento claro en este sentido. Si nuestro Padre celestial no perdonó a su propio Hijo unigénito, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo puede ser que con Él no nos dé todas las cosas (Romanos 8.32)? Por lo tanto, si tenemos a Cristo, entonces tenemos con Él, y por Él, todas las cosas buenas que podemos desear en nuestros corazones, como la victoria sobre la muerte, el pecado y el infierno: tenemos el favor de Dios, la paz con Él, la santidad, la sabiduría, la justicia, el poder, la vida y la redención, tenemos por Él la salud perpetua, la riqueza, la alegría y la bendición eterna.

## **SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN CONTRA EL TEMOR A LA MUERTE.**

Ya os hemos explicado que hay tres causas por las que los hombres suelen temer a la muerte. La primera, la tristeza de dejar los bienes y placeres mundanos. La segunda, el temor a los dolores que vienen con la muerte. La última y principal causa es el horrible temor a la miseria extrema y a la condenación perpetua en el tiempo venidero. Sin embargo, ninguna de estas tres causas perturba a los hombres de bien, porque se mantienen por la verdadera fe, la perfecta caridad y la segura esperanza del interminable gozo y la bendición eterna.

Por lo tanto, todos aquellos que se alegren por Cristo con la verdadera fe, la esperanza firme y la perfecta caridad, y que no temen a la muerte ni a la condenación eterna, tienen un gran motivo de alegría. Porque la muerte no puede privarles de Jesucristo, ni ningún pecado puede condenarles a todos aquellos que están injertados con seguridad en Él, que es su única alegría, tesoro y vida. Arrepintámonos de nuestros pecados, enmendemos nuestras vidas, confiemos en su misericordia y satisfacción, y la muerte no podrá apartarlo de nosotros, ni a nosotros de Él. Porque entonces (como dice San Pablo) ya sea que vivamos o muramos, del Señor somos. Y también dice que Cristo murió y resucitó, porque debía ser el Señor tanto de los muertos como de los vivos. Entonces, si somos propiedad del Señor cuando estamos muertos, debe seguirse que esa muerte temporal no sólo no puede perjudicarnos, sino que también será de mucho provecho para nosotros y nos conducirá a gozarnos más con Dios. Y esto es lo que el corazón cristiano puede certificar por la verdad infalible de las Sagradas Escrituras. Es DIOS (dice S. Pablo) quien nos ha preparado para la inmortalidad, y Él mismo es quien nos ha dado las arras del Espíritu (2 Corintios 5.5). Por lo tanto, estemos siempre tranquilos, porque sabemos que mientras estemos en el cuerpo, estaremos (por así decirlo) lejos de Dios en un país extraño, sometidos a muchos peligros, caminando sin la perfecta visión y conocimiento de Dios Todopoderoso, sólo viéndolo por la Fe en las Sagradas Escrituras. Pero tenemos el valor y el deseo de estar en casa con Dios y con nuestro Salvador Cristo, lejos del cuerpo, donde podamos contemplar su Divinidad tal como es, cara a cara, para nuestro eterno consuelo. Estas son las palabras de San Pablo en efecto, por las cuales podemos percibir que la vida en este mundo, se asemeja y se compara a una Peregrinación en un país extraño, lejos de

Dios, y que la muerte, liberándonos de nuestros cuerpos, nos envía directamente a casa en nuestro propio país, y nos hace morar inmediatamente con Dios para siempre, en el descanso y la tranquilidad eterna: De modo que morir, no es una pérdida, sino un beneficio y una ganancia para todos los verdaderos cristianos. ¿Qué perdió el hombre que fue colgado en la cruz con Cristo, por su muerte corporal? ¿No le dijo nuestro Salvador: hoy estarás conmigo en el Paraíso? Y a Lázaro, aquel lamentable personaje que yacía ante la puerta de los ricos, dolorido por las llagas y hambriento, ¿no le benefició y promovió mucho la muerte, que por el ministerio de los ángeles fue conducido al seno de Abraham, lugar de descanso, alegría y consuelo celestial (Lucas 16.22)? No pensemos en otra cosa (buen pueblo cristiano) sino en que Cristo ha preparado y dispuesto antes, el mismo gozo y la misma felicidad para nosotros, que preparó para Lázaro y el hombre que fue colgado en la cruz. Por lo tanto, adhirámonos a su salvación y a su bondadosa redención, y obedezcamos su palabra, sirvámosle de corazón, amémosle y obedezcámosle, y todo lo que hayamos hecho hasta ahora en contra de su santísima voluntad, arrepintámonos a tiempo, y reflexionemos de ahora en adelante para corregir nuestra vida: y no dudes que lo encontraremos tan misericordioso con nosotros, como lo fue con Lázaro o con el ladrón, cuyos ejemplos están escritos en la Sagrada Escritura para consuelo de los pecadores y sujetos a las penas, miserias y calamidades de este mundo, para que no desesperen de la misericordia de Dios, sino que confíen siempre en tener el perdón de sus pecados y la vida eterna, como lo tuvieron Lázaro y el ladrón. Por lo tanto, confío en que todo cristiano perciba, por la Palabra infalible de Dios, que la muerte corporal no puede dañar ni obstaculizar a los que verdaderamente creen en Cristo, sino que, por el contrario, beneficiará y promoverá a las almas cristianas, las cuales, verdaderamente arrepentidas de sus ofensas, parten de allí con perfecta caridad y con la segura confianza de que Dios es misericordioso con ellas, perdonándoles sus pecados, por los méritos de Jesucristo, su Unigénito Hijo.

La segunda causa por la que algunos temen la muerte. La segunda causa por la que algunos temen a la muerte, es la enfermedad grave y los dolores agudos, que en parte vienen antes de la muerte, y en parte acompañan o vienen con la muerte, cuando ésta llega. Este temor es el temor de la carne frágil, y una pasión natural que pertenece a la naturaleza de un hombre mortal. Pero la verdadera fe en las promesas de Dios, y la consideración de las penas y los dolores que Cristo sufrió en la cruz por nosotros, miserables pecadores, junto con la consideración del gozo y la vida eterna que vendrán en el cielo, mitigarán y aliviarán esas penas, y moderarán o reducirán este temor, de modo que nunca podrá anular el deseo y la alegría de corazón que tiene el alma cristiana de ser separada de este cuerpo corrupto, para llegar a la sublime presencia de nuestro Salvador Jesucristo. Si observamos firmemente la palabra de Dios, percibiremos que estas enfermedades corporales, los dolores de la muerte, o cualquier otro dolor que suframos, ya sea antes o después de la muerte, no son más que la vara de nuestro Padre celestial y amoroso, con la que nos corrige misericordiosamente, ya sea para probar y declarar la fe de sus pacientes hijos, para que sean encontrados loables, gloriosos y honorables a sus

ojos, cuando Jesucristo se muestre abiertamente como el Juez de todo el mundo, o bien para castigar y enmendar en ellos todo lo que ofende su bondad paternal y bondadosa, para que no perezcan eternamente. Y esta vara correctora es común a todos los hombres que son verdaderamente suyos. Por lo tanto, despojémonos de la carga de pecado que pesa demasiado en nuestros cuellos, y volvamos a DIOS por medio de la verdadera penitencia y la enmienda de nuestras vidas, corramos con paciencia este curso que se aplica, sufriendo (por su causa, siendo que murió por nuestra salvación) todas las penas y los dolores de la muerte, y la muerte misma con alegría, cuando DIOS nos la envíe, teniendo nuestros ojos fijos y establecidos siempre en la cabeza y el Capitán de nuestra fe, Jesucristo: quien, considerando el gozo que le esperaba, no se preocupó de la vergüenza ni de la pena de muerte, sino que, conformando y ajustando voluntariamente su voluntad a la de su Padre, sufrió pacientemente la más vergonzosa y dolorosa muerte de cruz, siendo inocente e inofensivo (Filipenses 2. 8). Por eso, ahora está exaltado en el cielo y sentado eternamente a la derecha del trono de Dios Padre. Recordemos, pues, la vida y las alegrías del cielo, que se guardan para todos los que pacientemente sufren aquí con Cristo, y consideremos que Cristo sufrió toda su dolorosa pasión por los pecadores y para los pecadores: y entonces sufriremos con paciencia y más fácilmente tales penas y dolores, cuando vengan. No pongamos a la luz el castigo del Señor, ni le tengamos rencor, ni nos alejemos de Él, cuando de Él seamos corregidos; porque el Señor ama a los que corrige, y golpea a todos los que tiene por hijos ¿Qué hijo es aquel (dice San Pablo) a quien el Padre ama y no castiga? Si no tenéis la corrección de Dios (que tienen todos sus hijos amados y verdaderos), entonces no sois más que bastardos, mal considerados por Dios, y no sus verdaderos hijos (Hebreos 12.6, 8).

Por lo tanto, viendo que cuando tenemos en la tierra a nuestros padres carnales para que nos corrijan, les tememos y aceptamos con reverencia su corrección, ¿no estaremos mucho más sujetos a DIOS, nuestro Padre espiritual, por quien tendremos la vida eterna? Y nuestros padres carnales a veces nos corrigen como mejor les parece, o sin causa; pero este Padre nos corrige justamente, ya sea por nuestro pecado, para que nos enmendemos, o por nuestra confortabilidad y enriquecimiento, para hacernos así partícipes de su santidad. Además, toda la corrección que Dios nos envía en este tiempo, parece no tener alegría y consuelo, sino pena y dolor, pero trae consigo una muestra de la misericordia y la bondad de Dios, hacia los que son corregidos, y una esperanza segura de la consolación eterna de Dios en el cielo. Si estos dolores, enfermedades y quebrantos, y también la muerte en sí misma, no son otra cosa que la vara de nuestro Padre celestial, por la que nos certifica su amor y su bondadoso favor, por la que nos prueba y purifica, por la que nos da la santidad, y nos certifica que somos sus hijos, y Él nuestro Padre misericordioso: ¿no deberíamos, pues, con toda humildad, como hijos obedientes y amorosos, aceptar con alegría la vara de nuestro Padre celestial, y decir siempre en nuestro corazón, con nuestro Salvador Jesucristo, Padre, si esta angustia y dolor

que siento, y la muerte que veo acercarse no pueden pasar, que se haga tu voluntad y no la mía?

### **TERCERA PARTE DEL SERMÓN DEL MIEDO A LA MUERTE.**

En este Sermón contra el miedo a la muerte, se declararon dos causas que comúnmente hacen que los hombres mundanos tengan mucho miedo a la muerte, y sin embargo las mismas no molestan a los fieles y buenos hijos cuando llega la muerte, sino que más bien les da ocasión de regocijarse grandemente, considerando que serán liberados de la pena y la miseria de este mundo, y serán llevados al gran gozo y la felicidad de la vida venidera.

La tercera causa por la que hay que temer la muerte. Ahora bien, la tercera y específica causa por la que se debe temer la muerte en sí misma, es el estado miserable de las personas mundanas e impías después de su muerte; pero ésta no es causa alguna por la que las personas piadosas y fieles deban temer la muerte, sino que, por el contrario, su tránsito piadoso en esta vida, y la creencia en Cristo, aferrándose continuamente a sus misericordias, deben hacer que anhelan esa vida, que les será entregada indudablemente después de esta muerte corporal. De este estado inmortal, (después de esta vida transitoria) donde viviremos para siempre en la presencia de Dios, en gozo y descanso, después de haber vencido todas las enfermedades, penas, pecados y muerte: hay muchos lugares comunes de la Sagrada Escritura, que confirman la conciencia débil contra el temor de todos esos dolores, enfermedades, pecados y muerte corporal, para traernos seguridad frente a ese temor angustiante e impío, y para alentarnos con el consuelo y la esperanza de un estado bendito después de esta vida. S. Pablo desea a los Efesios que DIOS, el Padre de la gloria, les dé el Espíritu de sabiduría y revelación, para que los ojos de sus corazones vivan para conocerle, y para que perciban las grandes cosas a las que les ha llamado, y la rica herencia que ha preparado después de esta vida, para los que permanezcan en Él (Efesios 1.17-18). Y el mismo San Pablo declara el deseo de su corazón, que era ser disuelto y desprendido de su cuerpo, y estar con Cristo, lo cual como dijo, era mucho mejor para él, aunque para ellos era más necesario que él viviera, lo que no rechazó, por el bien de ellos, Filipenses 1.23-24. Incluso, como dijo San Martín: "Buen Señor, si soy necesario para que tu pueblo haga el bien, no me negaré a trabajar; de otra forma te ruego que por mi propio bien tomes mi alma".

Ahora bien, los santos Padres de la antigua ley, y todos los hombres fieles y justos que partieron antes de la ascensión de nuestro Salvador Cristo al cielo, se apartaron por medio de la muerte de los problemas al descanso, de las manos de sus enemigos, a las manos de DIOS, de las penas y las enfermedades, al gozoso refrigerio en el seno de Abraham, un lugar de toda comodidad y consuelo, como lo atestiguan claramente las Escrituras con palabras manifiestas. El libro de la sabiduría dice que las almas de los hombres justos están en la mano de Dios, y que ningún

tormento los tocará (Sabiduría 3.1, 3). A los ojos de los insensatos les parecía que iban a morir, y su muerte se consideraba miserable, y su salida de este mundo vergonzosa, pero en verdad están en reposo. Y en otro lugar se dice que los justos vivirán para siempre, y que su recompensa está con el Señor, y que sus mentes están con DIOS, que está por encima de todo: por lo tanto, recibirán un reino glorioso, y una hermosa corona de la mano del Señor. Y en otro lugar el mismo libro dice: el justo, aunque muera antes de tiempo, sin embargo, tendrá descanso (Sabiduría 4.7). Las palabras de Cristo sobre el seno de Abraham son tan claras que un cristiano no necesita más pruebas de ello. Ahora bien, si éste era el estado de los santos Padres y de los hombres justos antes de la venida de nuestro Salvador, y antes de que fuera glorificado, ¿cuánto más debemos tener todos nosotros una fe firme y una esperanza segura de este estado y condición benditos después de nuestra muerte? Viendo que nuestro Salvador ha realizado ahora toda la obra de nuestra redención, y ha ascendido gloriosamente al cielo, para preparar nuestras moradas con Él, y dijo a su Padre: Padre, quiero que donde yo esté, mis servidores estén conmigo (Juan 17.24). Y sabemos que todo lo que Cristo quiere, su Padre lo quiere también, por lo que no puede ser de otra forma, si somos sus fieles servidores, tenemos la seguridad de que nuestras almas estarán con Él, después de nuestra salida de esta vida presente. San Esteban, cuando fue apedreado hasta la muerte, incluso en medio de sus tormentos, ¿Qué era lo que más le preocupaba? cuando estaba lleno del Espíritu Santo (dice la Sagrada Escritura), alzando los ojos al cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios. Lo cual es cierto, después de haberlo confesado audazmente ante los enemigos de Cristo, quienes lo sacaron de la Ciudad, y allí lo apedrearón, de tal forma que él clamó a DIOS, diciendo: Señor Jesucristo, toma mi espíritu (Hechos 7.55, 59). ¿Y no dice claramente nuestro Salvador en el Evangelio de San Juan: En verdad, en verdad os digo que el que oye mi palabra y cree en el que me envió, tiene vida eterna y no entra en juicio, sino que pasará de la muerte a la vida (Juan 5.24)? ¿No pensamos entonces que esa muerte es preciosa, por la cual pasamos a la vida?

Por lo tanto, es un dicho verdadero del Profeta, La muerte de los hombres santos y justos, es preciosa a los ojos del Señor (Salmos 116.15). El santo Simeón, después de haber tenido el deseo en su corazón de ver a nuestro Salvador, deseo que siempre anheló en su vida, lo abrazó y lo tomó en sus brazos, y dijo: Ahora, Señor, déjame ir en paz, porque mis ojos han visto a ese Salvador que has preparado para todas las naciones (Lucas 2.29, 31).

Por lo tanto, es cierto que la muerte de los justos se llama paz, y el beneficio del Señor, como dice la Iglesia, en nombre de los justos que se han ido de este mundo: vuelve oh alma mía a mi reposo, porque el Señor te ha hecho bien (Salmos 116.7). Y vemos por la Sagrada Escritura, y otras historias antiguas de los mártires, que los santos, fieles y justos, desde la ascensión o subida de Cristo, en su muerte no dudaron, sino que fueron a Cristo en Espíritu, que es nuestra vida, salud, riqueza y salvación. Juan, en su santo Apocalipsis, vio a ciento cuarenta y cuatro mil justos,

de los que dijo: "Estos son los que siguen al Cordero Jesucristo dondequiera que vaya". Y poco después, en el mismo lugar, dice: "Oí un mensaje del cielo que me decía: "Escribe: felices y benditos son los muertos que mueren en el Señor; desde ahora (dice el Espíritu) descansarán de sus dolores y trabajos, porque sus obras con ellos siguen" (Apocalipsis 14.4, 13), de modo que entonces cosecharán con alegría y consuelo lo que sembraron con trabajos y dolores.

Los que siembran en el espíritu, del espíritu cosecharán la vida eterna. Por tanto, no nos cansemos nunca de hacer el bien, porque cuando llegue el momento de la cosecha o de la recompensa, cosecharemos sin cansancio la vida eterna. Así que, mientras tengamos tiempo (como nos exhorta San Pablo), hagamos el bien a todos los hombres (Gálatas 6.8-10), y no guardemos nuestros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los corrompen, y donde ladrones minan y hurtan (Mateo 6.19) (como dice Santiago) será testigo contra nosotros en el gran día, nos condenará y atormentará nuestra carne (Santiago 5.3). Por lo tanto, tengamos cuidado (al ofrecer nuestra propia riqueza) de no estar en el número de esos hombres miserables, codiciosos y desdichados, que Santiago ordena llorar y lamentar por su avaricia y su impía posesión de bienes. Seamos sabios a tiempo, y aprendamos a seguir el sabio ejemplo del malvado administrador. Ordenemos tan sabiamente nuestros bienes y posesiones, encomendados a nosotros aquí por DIOS por un tiempo, que podamos verdaderamente escuchar y obedecer este mandamiento de nuestro Salvador Cristo: Ganad amigos (dice Él) por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas (Lucas 16.9). Las riquezas se llaman injustas porque el mundo abusa de ellas hasta la maldad, que por otra parte son los buenos dones de DIOS, y los instrumentos por los que los siervos de DIOS le sirven verdaderamente en el uso de las mismas. Él les ordenó que no se hicieran amigos de las riquezas, que no obtuvieran altas dignidades y ascensos mundanos, que no dieran grandes regalos a los hombres ricos que no tienen necesidad de ellos, sino que se hicieran amigos de los hombres pobres y miserables, a quienes, todo lo que den, Cristo lo toma como si se lo hubieran dado a sí mismo. Y a estos amigos Cristo, en el Evangelio, les da tan gran honor y preeminencia, que dice: Recibirán en casas eternas a los que les hagan el bien; no es que los hombres sean nuestros galardonadores por nuestro bien, sino que Cristo nos recompensará, y tomará como hecho para sí mismo, todo lo que se haga a tales amigos.

Al hacer de los pobres nuestros amigos, hacemos de nuestro Salvador Cristo nuestro amigo, de quien son miembros: pues la miseria de ellos, Él la toma como su propia miseria, así también los toma para darles socorro, ayuda y alivio, y nos agradecerá y recompensará por nuestra bondad hacia ellos, como si Él mismo hubiera recibido estos beneficio de nuestras manos, como lo atestigua en el Evangelio, diciendo: Todo lo que habéis hecho a cualquiera de estas personas pobres, que creen en mí, eso mismo habéis hecho a mí (Mateo 25. 40). Por lo tanto, preveamos diligentemente que nuestra fe y esperanza que hemos concebido en

DIOS Todopoderoso, y en nuestro Salvador Cristo, no desfallezca, ni se enfríe el amor que le profesamos: sino que meditemos diaria y diligentemente para mostrarnos como verdaderos honradores y amantes de DIOS, cumpliendo sus mandamientos, haciendo buenas obras a nuestros vecinos necesitados, aliviando por todos los medios que podamos su pobreza con nuestra abundancia y provisión, su ignorancia con nuestra sabiduría y aprendizaje, y confortando su debilidad con nuestra fuerza y autoridad, llamando a todos los hombres a dejar de hacer el mal con el consejo piadoso y el buen ejemplo, perseverando aún en el buen hacer, mientras vivamos: así que no tendremos que temer a la muerte por ninguna de esas tres causas antes mencionadas, ni por ninguna otra que pueda imaginarse: sino que, por el contrario, considerando las múltiples enfermedades, problemas y penas de esta vida presente, los peligros de este peregrinaje riesgoso, y el gran estorbo que nuestro espíritu tiene por esta carne pecaminosa y cuerpo deshilachado sujeto a la muerte: considerando también las múltiples penas y los peligrosos engaños de este mundo que se encuentra por todas partes, el intolerable orgullo, la codicia y la lujuria, en tiempo de prosperidad, la impaciente murmuración de los mundanos, en tiempo de adversidad, que no cesan de apartarnos y alejarnos de DIOS, de nuestro Salvador Cristo, de nuestra vida, riqueza o gozo y salvación eternos: considerando también los innumerables asaltos de nuestro enemigo espiritual, el Diablo, con todos sus feroces dardos de ambición, orgullo, lujuria, gloria vana, envidia, malicia, detracción o murmuración, con otros sus innumerables engaños, maquinaciones y trampas, por los que anda afanosamente para atrapar a todos los hombres bajo su dominio, siempre como un león rugiente, buscando por todos los medios a quién devorar (1 Pedro 5. 8).

El hombre cristiano fiel que considera todas estas miserias, peligros e incomodidades (a las que está sujeto mientras viva en la tierra) y por otra parte considera ese estado bendito y confortable de la vida celestial por venir, y la dulce condición de los que parten en el Señor, cómo son liberados de los continuos estorbos de su cuerpo mortal y pecaminoso, de todas las maldades, astucias y engaños de este mundo, de todos los asaltos de su enemigo espiritual el Demonio, para vivir en paz, descanso y tranquilidad infinita, para vivir en la comunión de innumerables Ángeles, y con la congregación de hombres justos y santificados, como los Patriarcas, Profetas, Mártires y Ministros, y finalmente a la presencia de DIOS Todopoderoso, y nuestro Salvador Jesucristo. Aquel que considere todas estas cosas y las perciba con seguridad, como deben ser percibidas, incluso desde el fondo de su corazón, estando establecido en DIOS en esta verdadera fe, teniendo una conciencia tranquila en Cristo, una esperanza firme y una confianza segura en la misericordia de DIOS, a través de los méritos de Jesucristo para obtener esta tranquilidad, descanso y gozo eterno, no sólo estará sin temor a la muerte corporal, cuando ésta llegue, sino que ciertamente (como lo hizo S. Pablo) así lo hará con gusto), deseará con mucho gusto (según la voluntad de Dios, y cuando a Dios le plazca llamarlo a salir de esta vida), librarse de todas estas ocasiones de maldad, y vivir siempre a gusto de Dios (Filipenses 1.23), en perfecta obediencia a su voluntad,

con nuestro Salvador Jesucristo, a cuya sublime presencia nos lleva el Señor, por su infinita misericordia y gracia, para que vivamos con Él en la vida eterna; al cual, con nuestro Padre celestial y el Espíritu Santo, sea la gloria y le honor por los siglos de los siglos. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

- 1.** ¿Qué clases de hombres suelen temer a la muerte? ¿Por qué?
- 2.** ¿Cuál es la mayor causa de temor a la muerte?
- 3.** ¿Cuáles son las tres causas por las cuales los hombres mundanos temen a la muerte?
- 4.** ¿Cómo asumen y qué representa la muerte para los fieles en Cristo?
- 5.** ¿En qué consiste la seguridad de los fieles ante la muerte?
- 6.** ¿Cuál es el consuelo de los fieles ante la segunda causa por la que algunos temen la muerte?
- 7.** ¿Cómo explicamos los sufrimientos, dolores y quebrantos de los fieles si Dios es un Padre amoroso?
- 8.** ¿Qué podemos decir en cuanto a los consuelos y la salvación de los fieles antes de Cristo en el Antiguo Testamento? Hebreos 11.
- 9.** ¿Con qué clase de servicio podemos adornar nuestras vidas y ministerios para agradar a nuestro Señor?
- 10.** ¿Cuál es la cura ante la tercera razón por la que los hombres temen a la muerte?
- 11.** ¿Qué aprendemos del Artículo XXII de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana?

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia (Filipenses 1:21).

Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven (Romanos 14:8-9).

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 8:35-39).

Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento (Salmos 23:4).

Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; Al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí (Job 17:25-27).





“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo”.

**(Romanos 13:1-6)**

# Homilía Sobre la Obediencia



Anónima

## UNA EXHORTACIÓN SOBRE EL BUEN ORDEN Y LA OBEDIENCIA A LOS GOBERNANTES Y MAGISTRADOS

DIOS Todopoderoso ha creado y designado todas las cosas en el cielo, la tierra y las aguas, en un orden excelente y perfecto. En el cielo, Él ha designado órdenes y estados distintos y separados de Arcángeles y Ángeles. En la tierra, Él ha asignado y designado Reyes, Príncipes, con otros gobernantes bajo ellos, en todo el orden bueno y necesario. El agua de arriba se mantiene, y desciende a la buena tierra a su debido tiempo y temporada. El Sol, la Luna, las Estrellas, el Arco Iris, el Trueno, el Rayo, las Nubes, y todas las Aves del cielo, mantienen su orden. La Tierra, los Árboles, las Semillas, las Plantas, los Corazones, el trigo, la Hierba, y toda clase de Bestias se mantienen en orden: todas las partes de todo el año, como el Invierno, el Verano, los Meses, las Noches y los Días, continúan en su orden: todas las clases de Peces en el Mar, los Ríos, y las Aguas, con todas las Fuentes, los Manantiales, sí, los Mares mismos mantienen su curso y orden agradables: y el hombre mismo tiene todas sus partes, tanto por dentro como por fuera, como el alma, el corazón, la mente, la memoria, el entendimiento, la razón, el habla, con todos y cada uno de los miembros corporales de su cuerpo en un orden provechoso, necesario y agradable: cada grado de personas en su vocación, llamado y oficio, les ha asignado su deber y orden: Algunos son de alto grado, otros de bajo grado, algunos reyes y príncipes, otros inferiores y súbditos, sacerdotes y laicos, amos y siervos, padres e hijos, esposos y esposas, ricos y pobres, y todos tienen necesidad de los otros, de modo que en todas las cosas debe alabarse el buen orden de Dios, sin el cual ninguna casa, ninguna ciudad, ninguna comunidad puede continuar y perdurar. Porque donde no hay un orden correcto, reinan todos los abusos, la libertad carnal, la deformidad, el pecado y la confusión babilónica.

Quitad a los Reyes, Príncipes, Gobernantes, Magistrados, Jueces y otros estamentos del orden de DIOS, ningún hombre cabalgará o irá por el camino sin ser asaltado, ningún hombre dormirá en su propia casa o en su cama sin temor a ser asesinado, ningún hombre mantendrá a su mujer, hijos y posesiones en tranquilidad, todas las cosas serían comunes, a lo cual necesariamente le seguirá toda la maldad y la destrucción de almas, cuerpos, bienes y riquezas comunes. Pero

bendito sea Dios, y nos auxilie para que en este Reino de Inglaterra no sintamos las horribles calamidades, miserias y desdichas que sin duda sienten y padecen todos los que se alejan de este orden piadoso: Y le pedimos a Dios, que conozcamos el gran y excelente beneficio de Dios para con nosotros en este sentido, que Dios ha enviado como su alto regalo, a nuestro muy querido Señor JACOBO, con un piadoso, sabio y honorable Consejo, con otros superiores e inferiores, en un hermoso orden, y piadoso.

Por lo tanto, hagamos nosotros, los súbditos, nuestros deberes obligatorios, dando gracias de corazón a DIOS, y orando por la preservación de este orden piadoso. Obedezcamos todos, incluso desde el fondo de nuestro corazón, todos sus procedimientos piadosos, mandatos, estatutos, proclamaciones y leyes, con todas las demás órdenes piadosas. Consideremos las Escrituras del Espíritu Santo, que nos persuaden y ordenan a todos a someternos obedientemente, primero y principalmente a la Majestad del Rey, gobernador supremo de todo, y después a su honorable consejo, y a todos los demás hombres nobles, Magistrados y funcionarios, que por la bondad de DIOS, sean colocados y ordenados.

Porque DIOS Todopoderoso es el único autor y proveedor de este estado y orden mencionados, como está escrito de DIOS, en el libro de los Proverbios: Si los reyes reinan, si los consejeros son justos, si los príncipes gobiernan y todos los jueces de la tierra ejecutan el juicio, yo soy amoroso con los que me aman (Proverbios 8.15, 17).

Aquí debemos tener en cuenta y recordar que el alto poder y la autoridad de los reyes, con sus mandatos, juicios y cargos, no son ordenanzas del hombre, sino de Dios, y por eso se repite tantas veces esta palabra (por mí). Aquí también hay que considerar y recordar que este buen orden es designado por la sabiduría, el favor y el amor de Dios, especialmente para los que aman a Dios, y por eso dice: "Yo amo a los que me aman". También en el libro de la sabiduría podemos evidentemente aprender que el poder, la autoridad y la fuerza de un rey es un gran beneficio de Dios, otorgado por su gran misericordia, para una comodidad misericordiosa aún en nuestra gran miseria. Porque así se les dice a los reyes: "Escuchen, reyes, y entiendan; aprendan, gobernantes de todo el mundo; pongan atención, ustedes que dominan multitudes y presumen de gobernar a muchos pueblos. El Señor, Dios altísimo, les ha dado poder y autoridad; él examinará las obras de ustedes e investigará sus intenciones" (Sabiduría 6.1-3). Aprendamos también aquí por la infalible e indecible palabra de DIOS, que los reyes y otros oficiales supremos y superiores, son ordenados por DIOS, quien es el más alto: y por lo tanto se les enseña aquí diligentemente a aplicar y darse a sí mismos el conocimiento y la sabiduría, necesarios para el ordenamiento del pueblo de DIOS a su gobernanza, y que los súbditos a quienes gobiernan les han sido encargados por DIOS.

Y aquí también se les enseña por parte de Dios Todopoderoso, que deben reconocer que tienen todo su poder y fuerza no de Roma, sino inmediatamente de Dios Altísimo. En el libro del Deuteronomio se dice que todo castigo pertenece a Dios, con esta frase: Mía es la venganza y yo pagaré (Deuteronomio 32.35). Pero

debemos entender que esta sentencia se refiere también a los magistrados que ejercen el derecho de Dios a juzgar y castigar mediante leyes buenas y piadosas, aquí en la tierra. Y los lugares de la Escritura, que parecen eliminar de entre todos los hombres cristianos, el juicio, el castigo o la matanza, deben ser entendidos, que ningún hombre (de su propia autoridad privilegiada) puede ser juez de otro, puede castigar, o puede matar. Pero debemos referir todo juicio a DIOS, a los Reyes y a los Gobernantes, y a los jueces bajo ellos, que son oficiales de DIOS para ejecutar la justicia, y por las palabras claras de la Escritura, tienen su autoridad y el uso de la espada recibida de DIOS, como se nos enseña por San Pablo, ese Apóstol querido y elegido por nuestro Salvador Cristo, a quien debemos obedecer diligentemente, como obedeceríamos a nuestro Salvador Cristo si estuviera presente.

Así, San Pablo escribe a los romanos: Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo (Romanos 13.1-6).

Aquí aprendamos de San Pablo, que hay vasos elegido por Dios, que todas las personas que tienen almas (él no exceptúa a nadie, ni exime a nadie, ni al sacerdote, ni al apóstol, ni al profeta, dice S. Crisóstomo) deben, por obligación y en conciencia, obediencia, sumisión y sometimiento a los altos poderes, que son puestos en autoridad por Dios, por cuanto son tenientes de Dios, presidentes de Dios, oficiales de Dios, comisionados de Dios, jueces de Dios, ordenados por Dios mismo, de quien únicamente reciben todo su poder y toda su autoridad. Y el mismo San Pablo amenaza nada menos que con la condenación eterna a todas las personas desobedientes, a todos los que se resisten a esta autoridad general y común, ya que no resisten al hombre, sino a DIOS.

## **LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA OBEDIENCIA.**

No se trata de la invención y el ingenio de los hombres, sino de la sabiduría de Dios, el orden, el poder y la autoridad de Dios. O como DIOS ha creado y dispuesto todas las cosas en un orden que les es agradable, se nos ha enseñado en la primera parte del Sermón, en relación con el buen orden y la obediencia, que también debemos en todos los asuntos comunes, observar y mantener un orden debido, y ser obedientes a los poderes, sus ordenanzas y leyes, y que todos los gobernantes son designados por DIOS, para que se mantenga un buen orden en el mundo: y también que los Magistrados deben aprender a gobernar según las leyes de Dios,

y que todos los súbditos están obligados a obedecerlos como ministros de Dios, aunque sean malos, no sólo por miedo, sino también por conciencia. Y aquí (buena gente), señalemos todos con diligencia, que no es lícito para los inferiores y los Súbditos, en cualquier caso, resistir y estar en contra de los poderes superiores: porque las palabras de San Pablo son claras, que cualquiera que resista, obtendrá para sí mismo la condenación: porque cualquiera que resista, resiste la ordenanza de DIOS.

Nuestro Salvador Cristo mismo, y sus Apóstoles, recibieron muchas y diversas injurias de los hombres infieles y malvados en autoridad: sin embargo, nunca leemos que ellos, o alguno de ellos, causara alguna sedición o rebelión contra la autoridad. A menudo sabemos que sufrieron pacientemente todos los problemas, vejaciones, matanzas, dolores y la muerte misma, obedientemente, sin tumulto ni resistencia. Encomendaron su causa al que juzga con justicia, y oraron por sus enemigos de corazón y con fervor. Sabían que la autoridad de los poderes era una ordenanza de Dios, y de esta forma, tanto en sus palabras como en sus hechos, enseñaban siempre a obedecerla, y nunca enseñaban ni hacían lo contrario.

El malvado juez Pilato dijo a Cristo: ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y también para soltarte? A lo cual Jesús respondió, no podrías tener ningún poder contra mí, si no te fuera dado de arriba. Por lo que Cristo enseñó claramente que los gobernantes malvados tienen su poder y autoridad de Dios, y por lo tanto no es lícito que sus súbditos los resistan, aunque abusen de su poder; mucho menos es lícito que los súbditos resistan a sus príncipes piadosos y cristianos, que no abusan de su autoridad, sino que la ejercen para gloria de Dios y para provecho y confort del pueblo de Dios. El santo apóstol Pedro ordena a los siervos que sean obedientes a sus amos, no sólo si son buenos y gentiles, sino también si son malos y rencorosos, afirmando que la vocación y el llamado del pueblo de Dios es ser paciente y sufrir. Y allí nos presenta la paciencia de nuestro Salvador Cristo, para persuadir a la obediencia a los amos, sí, aunque sean malvados y malhechores.

Pero oigamos ahora a S. Pedro en persona, porque sus palabras certifican mejor nuestra conciencia. Así las pronuncia en su primera epístola: Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas (1 Pedro 2.18-21). Todas estas son las propias palabras de S. Pedro.

El santo David también nos enseña una buena lección en este sentido, ya que muchas veces fue perseguido cruel e injustamente por el rey Saúl, y muchas veces también fue puesto en peligro de muerte por el rey Saúl y su pueblo, pero no resistió, ni usó ninguna fuerza o violencia contra el rey Saúl, su enemigo mortal, sino que

siempre hizo su señor y maestro al rey Saúl, el servicio más verdadero, más diligente y más fiel (1 Samuel 18. 11, 14, 30, 19.10-11; 20.31; 24.2-7). De tal manera que cuando el Señor DIOS entregó al rey Saúl en manos de David en su propia causa, no quiso hacerle daño, cuando podría haberlo matado fácilmente sin ningún peligro corporal, no quiso permitir que ninguno de sus siervos pusiera su mano sobre el rey Saúl, sino que oró a DIOS de esta manera: "Señor, guárdame de hacer eso a mí maestro, el ungido del Señor, guárdame de no poner mi mano sobre él, ya que es el ungido del Señor: porque tan cierto como que el Señor vive (a menos que el Señor lo golpee, o que llegue su día, o que vaya a la guerra, y perezca en la batalla) el Señor sea misericordioso conmigo, que no ponga mi mano sobre el ungido del Señor.

Y que David pudo haber matado a su enemigo, el rey Saúl, está evidentemente probado en el primer libro de los Reyes, tanto por el corte del borde de la vestimenta de Saúl, como por la confesión llana del rey Saúl. También en otra ocasión, como se menciona en el mismo libro, cuando el muy inmisericorde y despiadado rey Saúl persiguió al pobre David, DIOS volvió a entregar al rey Saúl en manos de David, arrojando al rey Saúl y a todo su ejército en un sueño profundo, de modo que David, y Abisai con él, vinieron en la noche al ejército de Saúl, donde Saúl yacía durmiendo, y su lanza clavada en el suelo a su cabeza: Entonces Abisai dijo a David: "Dios ha puesto a tu enemigo en tus manos en este momento, por lo tanto, déjame herirlo una vez con mi lanza en la tierra, y no lo volveré a herir la segunda vez; queriendo así matarlo de un solo golpe, y asegurarlo para siempre. Y David respondió y dijo a Abisai: No lo destruyas, porque ¿quién puede poner sus manos sobre el ungido del Señor, y ser inocente? Y David dijo además: Tan cierto como que el Señor lo herirá, o que le llegará el día de la muerte, o que descenderá o bajará a la batalla, y allí perecerá, el Señor me impide poner mis manos sobre el ungido del Señor. Pero toma ahora la lanza que está en su cabecera, y la vasija de agua, y deja que se vaya: y así lo hizo. Aquí se demuestra claramente que no podemos resistir, ni dañar de ninguna manera a un Rey ungido, que es el lugarteniente de Dios, el vicegerente y el más alto ministro en el país donde él es el Rey.

Una objeción. Pero tal vez algunos dirán aquí que David, en su propia defensa, podría haber matado al rey Saúl legalmente y con la conciencia tranquila.

Una respuesta. Pero el santo David sabía que no podía resistir, herir o matar a su señor y rey soberano; sabía que no era más que un súbdito del rey Saúl, aunque gozara de gran favor de Dios, y que su enemigo, el rey Saúl, no gozaba del favor de Dios. Por lo tanto, aunque nunca antes había sido tan provocado, se negó por completo a herir a su Señor. No se atrevió, por no ofender a Dios y a su propia conciencia (aunque tuvo ocasión y oportunidad), a poner las manos sobre el rey, alto funcionario de Dios, de quien sabía que era una persona reservada y guardada (por su cargo) sólo para el castigo y el juicio de Dios.

Por esta razón él repite en oración tan a menudo y con tanta insistencia, que no pondrá sus manos sobre el ungido de Dios. Y con estos dos ejemplos, San David (nombrado en la Escritura como un hombre según el corazón de Dios) da una regla

general y una lección a todos los súbditos del mundo, de no oponerse a su señor y rey, de no tomar una espada por su autoridad privada contra su rey, el ungido de Dios (1 Samuel 26.11; Sal.88), que sólo lleva la espada por la autoridad de DIOS para el mantenimiento del bien, y para el castigo de la maldad, que sólo por la Ley de DIOS tiene el uso de la espada a su mando, y también tiene todo el poder, jurisdicción, regimiento, corrección y castigo, como gobernante supremo de todos sus Regimientos y Dominios, y eso incluso por la autoridad de DIOS, y por las ordenanzas de DIOS.

Otra notable historia y doctrina se encuentra en el segundo libro de los reyes, que también tiene este propósito. Cuando un amalecita, con el consentimiento y la orden del rey Saúl, había matado al rey Saúl (2 Samuel 1.8-10), fue a David, suponiendo que había de recibir grandes agradecimientos debido a su mensaje de que había matado al enemigo mortal de David, y por lo tanto se apresuró a contarle a él la noticia, trayendo consigo la corona del rey Saúl que estaba sobre su cabeza, y su brazalete que estaba sobre su brazo, para demostrar que sus noticias eran verdaderas. Pero el piadoso David estaba tan lejos de alegrarse por estas noticias, que inmediatamente y al mismo tiempo de escucharla, se rasgó las vestiduras, se lamentó y lloró, y dijo al mensajero: ¿Cómo es que no tuviste miedo de poner tus manos sobre el ungido del Señor para destruirlo? Y al final David hizo que uno de sus siervos matara al mensajero, diciendo: "Tu sangre será sobre tu propia cabeza, porque tu propia boca ha testificado y atestiguado contra ti, concediendo que has matado al ungido del Señor".

Siendo estos ejemplos tan manifiestos y evidentes, es una ignorancia, locura y maldad intolerables que los sujetos hagan cualquier murmuración, rebelión, resistencia, o subversión, conmoción o insurrección contra su muy querido y temido Señor y Rey, ordenado y designado por la bondad de Dios para su confort, paz y tranquilidad.

Sin embargo, no cabe duda de que (los buenos cristianos) no debemos obedecer a los reyes, a los magistrados ni a ningún otro (aunque sean nuestros propios padres) si nos mandan hacer algo contrario a los mandatos de DIOS. En tal caso deberíamos decir con el Apóstol, debemos obedecer antes a DIOS que a los hombres (Hechos 5.29). Pero, sin embargo, en ese caso no podemos de ninguna manera resistir (violentamente), o rebelarnos contra los gobernantes, o hacer cualquier insurrección sedición, o tumultos, ya sea por la fuerza de las armas (o de otra manera) contra los ungidos del Señor, o cualquiera de sus oficiales: Pero debemos, en tal caso, sufrir pacientemente todos los agravios e injurias, remitiendo el juicio de nuestra causa únicamente a DIOS (Hechos 7). Temamos el terrible castigo de DIOS Todopoderoso contra los traidores y rebeldes, por el ejemplo de Coré, Datán y Abiram, que repugnaron y renegaron contra los magistrados y funcionarios de DIOS, y por eso la tierra se abrió y los tragó vivos. Otros, por su malvada murmuración y rebelión, fueron consumidos por un fuego repentino enviado por Dios. Otros, por su mala conducta para con sus gobernantes, ministros de Dios, fueron repentinamente atacados con una lepra. Otros fueron picados hasta la muerte, con extrañas y asombrosas serpientes de fuego. Otros fueron

gravemente afectados, de modo que en un día murieron cuatro mil setecientos, por rebelión contra los que Dios había designado para ejercer la autoridad.

Absalón también se rebeló contra su padre, el rey David, y fue castigado con una muerte extraña y notable (2 Samuel 18.9-10).

### **LA TERCERA PARTE DEL SERMÓN DE LA OBEDIENCIA.**

Habéis oído antes en este Sermón sobre el buen orden y la obediencia, demostrado manifiestamente tanto por las Escrituras como por los ejemplos, que todos los súbditos deben obedecer a sus Magistrados, y por ningún motivo resistir, ni oponerse, ni rebelarse, ni hacer ninguna sedición contra ellos, sí, aunque sean hombres malvados. Y que ningún hombre piense que puede escapar de ser castigado, si comete traición, conspiración o rebelión contra su soberano Señor el Rey, ya sea que lo haga tan secretamente, como de pensamiento, o de palabra o hecho, o de forma tan privada, como en su propia cámara, o incluso abiertamente comunicándose y confabulando con otros. Porque la traición no se ocultará, la traición saldrá a la luz. DIOS hará que se abra y se castigue ese vicio tan detestable, ya que es tan directamente contrario a su ordenanza, y a su más alto juez, y ungido sobre la tierra. La violencia e injuria que se comete contra la autoridad, se comete contra DIOS, el mundo común y en toda la realidad, lo que DIOS conoce y no se le puede ocultar, Él lo castigará dignamente de una manera u otra. Porque está notablemente escrito del hombre sabio en la Escritura, en el libro llamado Eclesiastés: Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey, ni en lo secreto de tu cámara digas mal del rico; porque las aves del cielo llevarán la voz, y las que tienen alas harán saber la palabra (Eclesiastés 10.20). Estas lecciones y ejemplos están escritos para nuestro aprendizaje.

Por lo tanto, temamos todos el vicio más detestable de la rebelión, sabiendo y recordando que quien resiste o se opone a la autoridad común, resiste o se opone a DIOS y a su ordenanza, como se puede comprobar en muchos otros lugares de la Sagrada Escritura. Y aquí debemos tener en cuenta que no entendemos que estos lugares u otros similares (que ordenan tan estrictamente la obediencia a los superiores, y castigan tan estrictamente la rebelión y la desobediencia a los mismos) se refieran a cualquier condición del poder pretendido o matizado por el Obispo de Roma. Porque, en verdad, la Escritura de DIOS no permite tal poder usurpado, lleno de deformidades, abusos y blasfemias. Pero el verdadero significado de estos y otros lugares, es ensalzar y establecer la verdadera ordenanza de Dios, y la autoridad de los reyes designados por Dios, y de sus funcionarios apoyados por ellos. Y en lo que respecta al poder usurpado del Obispo de Roma, que él muy injustamente usurpa de manera desafiante, como el sucesor de Cristo y de Pedro: podemos percibir fácilmente cuán falso, viciado y falsificado es, no sólo en que no tiene suficiente fundamento en la Sagrada Escritura, sino también por los frutos y la doctrina de la misma.

Porque nuestro Salvador Cristo, y S. Pedro, enseñan muy seria y agradablemente la obediencia a los Reyes, como a los principales y supremos gobernantes en este mundo, después de Dios: pero el Obispo de Roma enseña, que los que están bajo él, están libres de todas las cargas y gravámenes de la riqueza común, y la obediencia hacia su Príncipe, muy claramente en contra de la doctrina de Cristo y de S. Pedro. Por lo tanto, debería llamarse más bien Anticristo y sucesor de los escribas y fariseos que vicario de Cristo o sucesor de San Pedro, ya que no sólo en este punto, sino también en otros asuntos importantes de la religión cristiana, en materia de remisión y perdón de los pecados y de la salvación, se opone tan directamente a San Pedro y a nuestro Salvador Cristo, que no sólo enseñaron la obediencia a los reyes, sino que también practicaron la obediencia en su cotidianidad y vida: Porque sabemos que ambos pagaban tributo al rey (Mateo 17.27): Y también sabemos que la santa virgen María, madre de nuestro Salvador Cristo, y José, que fue convocado al empadronamiento, por orden del Emperador, fueron a la ciudad de David, llamada Belén, para ser censados entre otros, y para declarar su obediencia a los Magistrados, por causa de las ordenanzas de Dios (Lucas 2.4-5). Y aquí no olvidemos la obediencia de la bendita virgen María: porque aunque era muy favorecida por Dios, y madre natural de Cristo, y también estaba en un estado de embarazo avanzado al mismo tiempo, y tan cerca de su parto, que dio a luz en su viaje, sin embargo, de buena gana, sin ninguna excusa o renuencia (por causa de la conciencia) tomó ese frío y sucio viaje de invierno, siendo en ese momento tan pobre, que se acostó en un establo, y allí tuvo lugar el nacimiento de Cristo.

Y con respecto a lo mismo, mira cómo S. Pedro está de acuerdo, escribiendo con palabras expresas en su primera Epístola: Sométanse y sujétense (dice él) a los reyes, como a los jefes, y a los gobernantes, como a los que son enviados por él para castigar a los malhechores, y para orar por los que hacen el bien, porque esa es la voluntad de Dios (1 Pedro 2.13-15). No necesito exponer estas palabras, ya que son muy claras en sí mismas. S. Pedro no dice: Sométanse a mí, como cabeza suprema de la Iglesia, ni tampoco dice: Sométanse de vez en cuando a mis sucesores en Roma, sino que dice: Sométanse a su Rey, su cabeza suprema, y a los que él designe como autoridades bajo él, porque la voluntad de Dios es que muestren su obediencia. DIOS quiere que os sometáis a vuestro jefe y rey.

Esta es la ordenanza de DIOS, el mandato de DIOS y la santa voluntad de DIOS, que todo el cuerpo de cada comunidad, y todos los miembros y partes del mismo, estén sometidos a su cabeza, su rey, y eso (como escribe S. Pedro) por causa del Señor (1 Pedro 2.13): y (como escribe S. Pablo) por causa de la conciencia, y no por miedo solamente (Romanos 13.5). Así aprendemos, por la palabra de Dios, a dar a nuestro rey lo que se le debe: es decir, honor, obediencia, pago de los debidos impuestos, tarifas, tributos, subsidios, amor y temor (Mateo 22.21, Romanos 13). Así que conocemos en parte nuestros deberes para con la autoridad común, ahora

aprendamos a cumplirlos. Y roguemos de inmediato y de corazón a DIOS, el único autor de toda autoridad, por todos los que están en la autoridad, como lo desea S. Pablo, escribiendo así a Timoteo en su primera Epístola: Exhorto, pues, a que en todas las cosas se hagan oraciones, súplicas, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en autoridad, para que tengamos una vida tranquila y apacible, con toda piedad y honestidad, porque eso es bueno y aceptable o permisible a los ojos de DIOS nuestro Salvador ( 1 Timoteo 2.1-3). Aquí S. Pablo hace una exhortación ferviente y especial sobre la acción de gracias y la oración por los reyes y gobernantes, diciendo: En todas las cosas, como podría decirse, principal y mayormente, que se ore por los reyes.

Agradezcamos de corazón a DIOS por su gran y excelente beneficio y providencia en relación con el establecimiento de los reyes. Oremos por ellos, para que tengan el favor y la protección de Dios. Oremos para que en todas las cosas tengan siempre a DIOS ante sus ojos. Oremos para que tengan sabiduría, fuerza, justicia, clemencia y celo para la gloria de Dios, para la verdad de Dios, para las almas cristianas y para la prosperidad común. Oremos para que usen correctamente su espada y autoridad para mantener y defender la fe católica contada en las Sagradas Escrituras, y a sus buenos y honestos subordinados, para que teman y castiguen a las personas malvadas y viciosas. Oremos para que sigan con mayor fidelidad a los Reyes y Capitanes de la Biblia, David, Ezequías, Josías y Moisés, entre otros. Y oremos por nosotros mismos, para que podamos vivir piadosamente en una cotidianidad santa y cristiana: así tendremos a DIOS de nuestro lado, y entonces no temeremos lo que el hombre pueda hacer contra nosotros: así viviremos en verdadera obediencia, tanto a nuestro misericordioso Rey en el Cielo, como a nuestro cristianísimo Rey en la Tierra: Así complaceremos a DIOS y tendremos el mayor beneficio, paz de conciencia, descanso y tranquilidad aquí en este mundo, y después de esta vida, gozaremos de una vida mejor, descanso, paz y la eterna bendición del cielo, que nos concede a todos, aquel que fue obediente por nosotros, hasta la muerte y muerte de cruz, Jesucristo: a quien con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor y la gloria, ahora y siempre. Amén.

### **PREGUNAS DE ESTUDIO:**

1. ¿Qué consecuencias se derivan de violar el orden establecido por Dios?
2. ¿Por qué razón un estado de anarquía nunca es deseable, y el tal es un juicio de Dios?
3. ¿Por qué se considera que los poderes y autoridades cristianos son una bendición de Dios?
4. ¿Por qué esta Homilía combate la pretendida subordinación a Roma?
5. ¿Por qué debemos dejar el juicio y la justicia en manos de las autoridades legalmente constituidas?

6. ¿Cuál es el principal texto bíblico que el autor usa para sustentar su argumento? ¿Qué enseñanzas podemos extraer de este?
7. Nuestro Señor Cristo y sus Apóstoles vivieron y sufrieron bajo autoridades crueles y déspotas, sin embargo, nunca causaron una rebelión ¿Qué conclusiones podemos aprender de esto?
8. Explique la enseñanza de San Pedro sobre nuestros deberes ante las autoridades (1 Pedro 2:13-21).
9. ¿Qué ejemplo aprendemos de David con respecto a la autoridad?
10. ¿Bajo qué circunstancias no debemos obediencia a las autoridades? En tales casos, ¿Se justifica la rebelión y la violencia?
11. ¿Por qué es llamado anticristo el Obispo de Roma?
12. Exponga las enseñanzas que se derivan del Artículo XXXVII de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana.

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR**

Entonces les dijo: Pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios (S. Lucas 20:25).

Teme a Jehová, hijo mío, y al rey; no te entremetas con los veleidosos (Proverbios 24:21).

Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien (Pedro 2:13-14).

Te aconsejo que guardes el mandamiento del rey y la palabra del juramento de Dios (Eclesiastés 8:2).





Mas el que comete adulterio es falto de entendimiento; corrompe su alma el que tal hace. Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada. Porque los celos son el furor del hombre, Y no perdonará en el día de la venganza. No aceptará ningún rescate, ni querrá perdonar, aunque multipliques los dones.

**(Proverbios 6:32-35)**

# Homilía Contra la Prostitución y el Adulterio



Por Thomas Becon

## UN SERMÓN CONTRA LA PROSTITUCIÓN Y LA INMUNDICIA

Aunque no hay (mi buena gente cristiana) grandes enjambres de vicios que no sean dignos de ser reprendidos (a tal decadencia llega ahora la verdadera piedad y la vida virtuosa) sin embargo, por encima de otros vicios, los escandalosos mares de adulterio (o ruptura de matrimonio) prostitución, fornicación e impureza, no sólo han irrumpido, sino que también han desbordado casi todo el mundo, para la gran deshonra de DIOS, la excesiva infamia del nombre de Cristo, la notable decadencia de la verdadera Religión, y la destrucción total de la riqueza pública, y eso tan abundantemente, que por el uso acostumbrado de la misma, este vicio ha crecido a tal altura, que en cierto modo entre muchos, no se considera pecado en absoluto, sino más bien un pasatiempo, un coqueteo, y sólo un toque de la juventud: no se reprende, sino que se le guiña el ojo; no se castiga, sino que se le sonrío.

Por lo tanto, es necesario, en este momento, hablar del pecado de la prostitución y la fornicación, declarando la grandeza de este pecado, y cuán odioso, detestable y abominable es, y siempre ha sido considerado vil ante Dios y todos los hombres buenos, y cuán gravemente ha sido castigado tanto por la ley de Dios, como por las leyes de diversos Príncipes.

Además, para mostraros ciertos remedios, por los cuales podéis (por la gracia de DIOS) evitar este pecado tan detestable de la prostitución y la fornicación, y llevar vuestras vidas con toda honestidad y limpieza, y para que percibáis que la fornicación y la prostitución son (a los ojos de DIOS) los pecados más abominables, recordaréis este mandamiento de DIOS: No cometerás adulterio (Éxodo 20. 14): por esta palabra, adulterio, aunque se entienda propiamente como la unión ilícita de un hombre casado con otra mujer que no sea su esposa, o de una esposa con otro

hombre que no sea su marido, también se entiende toda unión ilícita de esas partes, que han sido ordenadas para la generación. Y este único mandamiento (que prohíbe el adulterio) pinta y expone suficientemente ante nuestros ojos la grandeza de este pecado de prostitución, y declara manifiestamente lo mucho que debe ser aborrecido por todas las personas honestas y honradas. Y para que ninguno de nosotros se crea exceptuado de este mandamiento, seamos viejos o jóvenes, casados o no casados, hombres o mujeres, escuchad lo que dice DIOS Padre por su excelentísimo Profeta Moisés: No habrá prostituta entre las hijas de Israel, ni sodomita entre los hijos de Israel (Deuteronomio 23.17).

Aquí se prohíbe la prostitución, la fornicación y todas las demás impurezas a toda clase de personas, todos los grados y todas las edades sin excepción. Y para que no dudemos, sino que este precepto o mandamiento se refiere a nosotros, oigamos lo que Cristo (el perfecto maestro de toda la verdad) dice en el Nuevo Testamento: "Oísteis (dice Cristo) que se dijo a los antiguos: No cometerás adulterio; pero yo os digo que cualquiera que vea a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Mateo 5.27-28). Nuestro Salvador Cristo no sólo confirma y establece la ley contra el adulterio, dada en el antiguo Testamento de DIOS Padre por su siervo Moisés, y la hace plenamente fuerte, para que permanezca continuamente entre los profesantes de su Nombre en la nueva ley: sino que también (condenando la grosera interpretación de los escribas y fariseos, que enseñaban que el mencionado mandamiento sólo exigía abstenerse del adulterio externo, y no de los deseos sucios y de las lujurias impuras) nos enseña una exacta y plena perfección de la pureza y la limpieza de la vida, tanto para mantener nuestros cuerpos sin mancha, como nuestros corazones puros y libres de todos los malos pensamientos, deseos carnales y consentimientos lujuriosos. ¿Cómo podemos, pues, librarnos de este mandamiento, cuando se nos impone una carga tan grande?

¿Puede un siervo hacer lo que quiera al respecto de alguna cosa, teniendo la orden de su amo en contra? ¿No es Cristo nuestro Maestro? ¿No somos nosotros sus siervos? ¿Cómo, pues, podemos descuidar la voluntad y el agrado de nuestro Maestro y seguir nuestra propia voluntad y fantasía? Vosotros sois mis amigos (dice Cristo) si guardáis lo que yo os mando (Juan 15.14).

Ahora bien, Cristo, nuestro Maestro, nos ha ordenado que abandonemos toda impureza y suciedad, tanto en el cuerpo como en el espíritu: esto es lo que debemos hacer, si queremos agradar a Dios. En el Evangelio de San Mateo leemos que los escribas y fariseos se ofendieron gravemente con Cristo, porque sus discípulos no guardaban las tradiciones de los antepasados, pues no se lavaban las manos cuando iban a cenar (Mateo 15.1-2): Y entre otras cosas, Cristo respondió y dijo: Oíd y entended: No lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca contamina al hombre (Mateo 15.10-11). Porque lo que sale de la boca, sale del corazón, y contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, el quebrantamiento de la ley matrimonial, la prostitución, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias; éstas son las cosas que contaminan al hombre (Mateo 15.19-20, Marcos 7.21). Aquí podemos ver que

no sólo el asesinato, el robo, el falso testimonio y la blasfemia contaminan a los hombres, sino también los malos pensamientos, la violación del matrimonio, la fornicación y la prostitución. ¿Quién es ahora tan poco inteligente que considera que la prostitución y la fornicación son cosas de poca importancia y de poco peso ante Dios? Cristo (que es la verdad, y no puede mentir) dice que los pensamientos sucios, la ruptura del matrimonio, la prostitución y la fornicación contaminan al hombre, es decir, corrompen tanto el cuerpo como el alma del hombre, y los convierten, de los templos del Espíritu Santo, en el estercolero inmundo, o mazmorra de todos los espíritus impuros, los convierte de la casa de DIOS, en la morada de Satanás (Tito 1.15).

Además, en los Hechos de los Apóstoles se dice que cuando los Apóstoles y los Ancianos, con toda la Congregación, se reunieron para apaciguar los corazones de los fieles que habitaban en Antioquía, (que estaban inquietos por la falsa doctrina de ciertos predicadores judíos) enviaron a los hermanos la noticia de que les parecía bien al Espíritu Santo, y a ellos, no encargarles más que las cosas necesarias: entre otras cosas, les pidieron que se abstuvieran de la idolatría y la fornicación, de las cuales (dijeron) si os mantenéis, haréis bien (Hechos 15. 28-29). Obsérvese aquí cómo estos santos y benditos Padres de la Iglesia de Cristo, no encargaban a la congregación más cosas de las necesarias. Obsérvese también cómo entre las cosas de las que ordenaron a los hermanos de Antioquía que se abstuvieran, se encuentra la fornicación y la prostitución. Por lo tanto, es necesario, por la determinación y el consentimiento del Espíritu Santo, y de los Apóstoles y Ancianos, con toda la Congregación, que así como nos debemos apartar de la idolatría y la superstición, así también debemos abstenernos de la fornicación y la prostitución. Es necesario para la salvación abstenerse de la idolatría, así como abstenerse de la prostitución. ¿Hay algún otro camino que conduzca a la condenación que ser un idólatra? No. Así mismo, tampoco hay camino más nefasto para la condenación, que ser fornicario y frecuentador de prostitutas. Ahora bien, ¿dónde están esas personas que estiman con tanta ligereza la ruptura del matrimonio, la prostitución, la fornicación y el adulterio? Es necesario, dice el Espíritu Santo, los benditos Apóstoles, los Ancianos, con toda la Congregación de Cristo, es necesario para la salvación (dicen ellos) abstenerse de prostituirse. Si es necesario para la salvación, entonces ay de aquellos que, descuidando su salvación, entregan sus mentes a un pecado tan sucio y apestoso, a un vicio tan perverso y a una abominación tan detestable.

## **SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN CONTRA EL ADULTERIO.**

En la primera parte de este sermón contra el adulterio se os ha enseñado cómo este vicio prevalece hoy en día por encima de todos los demás vicios, y qué significa esta palabra (adulterio) y cómo la Sagrada Escritura desaconseja o descalifica el cometer ese sucio pecado, y finalmente qué corrupción llega al alma del hombre a través del pecado de adulterio. Ahora, para continuar, escuchemos lo que el bendito Apóstol San Pablo dice sobre este asunto, escribiendo a los romanos estas palabras. Desechemos las obras de las tinieblas y pongámonos la armadura de la luz. Andemos honradamente como de día, no comiendo ni bebiendo, ni con lujuria

y desenfreno, sino revestidos del Señor Jesucristo, y no proveáis a la carne para satisfacer sus concupiscencias (Romanos 13.12-14). Aquí el santo Apóstol nos exhorta a desechar las obras de las tinieblas, las cuales (entre otras) llama comer, beber, tener relaciones sexuales y libertinaje, las cuales son todas amigas de ese vicio, y la segura preparaciones para inducir y traer este sucio pecado de la carne.

Los llama hechos y obras de la oscuridad, no sólo porque son habitualmente realizados en la oscuridad, o en la noche (porque todo el que hace el mal, odia la luz, y no se acerca a la luz, para que sus obras no sean reprobadas, Juan 3.20), sino también porque conducen por camino de la oscuridad total, donde habrá llanto y crujir de dientes (Mateo 25.30). Y dice en otro lugar de la misma epístola: Los que están en la carne no pueden agrandar a Dios; no somos deudores a la carne para vivir según la carne, porque si vivís según la carne, moriréis (Romanos 8.8, 12-13). Además, dice: "Huid de la fornicación, porque todo pecado que un hombre comete, está fuera de su cuerpo; pero el que comete fornicación, peca contra su propio cuerpo. ¿No sabéis que vuestros miembros son el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual también tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque fuisteis comprados por Dios: glorificad a Dios en vuestros cuerpos, etc. Y un poco antes dice: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Acaso voy a tomar los miembros de Cristo y hacerlos miembros de una prostituta? Dios no lo permita. ¿No sabéis que el que se une a una prostituta, se hace un solo cuerpo con ella? Serán dos en una sola carne (dice él) pero el que se une al Señor, un espíritu es con Él (1 Corintios 6.15-17). ¿Qué palabras piadosas trae aquí el bendito Apóstol San Pablo, para disuadir y desechar la prostitución y todas las impurezas? Vuestros miembros (dice él) son el Templo del Espíritu Santo, que el que profane, Dios lo destruirá, como dice San Pablo. Si somos el Templo del Espíritu Santo, ¿qué tan apropiado es, entonces, despojar al Espíritu Santo por esta vileza, y en su lugar poner a los espíritus malvados de la prostitución y la fornicación, y que se alegren por esto, y hacerles un servicio?

Vosotros habéis sido comprados (dice él), por lo tanto, glorificad a Dios en vuestros cuerpos. Cristo, el inocente Cordero de Dios, nos compró de la esclavitud del diablo, no con oro y plata corruptibles, sino con la sangre de su corazón, que es muy preciosa (1 Pedro 1.18-19). ¿Con qué fin? ¿Para que volvamos a caer en nuestra antigua impureza y vida abominable? No, en verdad, sino para que le sirvamos todos los días de nuestra vida (Isaías 38.20, Lucas 1.74-75), en santidad y justicia, para que lo glorifiquemos en nuestros cuerpos, mediante la pureza y la limpieza de la vida. También declara que nuestros cuerpos son los miembros de Cristo: ¿Qué cosa tan insólita es, entonces, dejar de ser incorporados o encarnados y hechos uno con Cristo, y disfrutar por medio de la prostitución ser hechos uno con una ramera? ¿Qué mayor deshonor o daño podemos hacer a Cristo, que quitarle los miembros de su cuerpo, y usarlos para el disfrute impuro con las prostitutas, los demonios y los espíritus malignos? ¿Y qué mayor deshonor podemos hacernos a nosotros mismos, que perder, por medio de la impureza, tan excelente dignidad y libertad, y convertirnos en esclavos y miserables cautivos de los espíritus de las tinieblas? Por lo tanto, consideremos primero la gloria de Cristo, luego nuestro estado, nuestra dignidad y libertad, en la que Dios nos ha puesto, dándonos su

Santo Espíritu, y defendamos valientemente todas estas cosas contra Satanás, y todos sus asaltos astutos, para que Cristo sea honrado, y para que no perdamos nuestra libertad y plenitud, sino que permanezcamos en un solo Espíritu con él.

Además, en su Epístola a los Efesios, el bendito Apóstol desea que seamos tan puros y libres del adulterio, la fornicación y toda clase de impurezas, al punto que no deberían ser nombrados ni una sola vez entre nosotros (como corresponde a los santos), ni la suciedad, ni la conversación necia, ni truhanerías, que no son agradables, sino más bien dar las gracias: Porque ya sabéis (dice él) que ningún fornicario, ni impuro, ni persona codiciosa (que es un idólatra) tiene ninguna herencia en el reino de Cristo y de DIOS (Efesios 5. 3-5, 1 Corintios 6.9-10). Y para que nos acordemos de ser santos, puros y libres de toda impureza, el santo Apóstol nos llama Santos, porque somos santificados y hechos santos por la sangre de Cristo, a través del espíritu santo.

Ahora bien, si somos santos, ¿qué tenemos que hacer con las costumbres de los paganos? San Pedro dice que como el que os llamó es santo, así también sed vosotros santos en vuestra relación, porque está escrito: Sed santos, porque yo soy santo (1 Pedro 1.15-16, Levítico 19.4, 19.2). Hasta ahora hemos oído lo grave que es el pecado de la fornicación y la prostitución, y lo mucho que DIOS lo aborrece en toda la Escritura: ¿Cómo puede ser de otro modo si es un pecado de la mayor abominación, ya que no debería ser ni nombrado entre los cristianos, y mucho menos puede ser cometido en cualquier manera? Y ciertamente, si sopesáramos la grandeza de este pecado, y lo consideráramos en su justa medida, encontraríamos que el pecado de prostitución es el lago más sucio, el charco del alma y el pecado más apestoso, en el que desembocan toda clase de pecados y males, donde también tienen su lugar de descanso y permanencia.

Pues el adúltero no debería enorgullecerse de su prostitución. Como dice el Sabio: Se alegran cuando han hecho el mal, y se regocijan en las cosas que son detestables. ¿No es el adúltero también ocioso, y no se deleita en ningún ejercicio piadoso, sino sólo en su placer más sucio y bestial? ¿No es su mente arrancada y apartada por completo de todos los estudios veraces y trabajos fructíferos, y entregada únicamente a la imaginación carnal y perversa? ¿No entrega el fornicario su mente a la glotonería, para ser más apto para servir a sus lujurias y placeres carnales? ¿No da el adúltero su mente a la codicia, y a las cavilaciones y al pillaje de otros, para ser más capaz de mantener a sus ramerías y prostitutas, y continuar en su amor sucio e ilícito? ¿No se enoja también con otros, temiendo que sus ingresos ilegítimos sean tomados y arrebatados? ¿No está también lleno de ira y disgusto, incluso contra su más amado, si en algún momento no se le permite su bestial y diabólico deseo? ¿Qué pecado, o qué clase de pecado es el que no se goza con la fornicación y la prostitución? Es un monstruo de muchas cabezas: recibe toda clase de vicios, y rechaza toda clase de virtudes. Si un solo pecado acarrea la condenación, ¿Qué se puede pensar de ese pecado, que va acompañado de todos los males, y lleva consigo todo lo que es odioso para Dios, condenable para el hombre y agradable para Satanás?

Grande es la condenación que pende sobre las cabezas de los fornicarios y adúlteros. ¿Qué voy a decir de otras maldades que surgen y fluyen de este charcoapestoso de la prostitución? ¿No se ha perdido por la prostitución ese tesoro que, antes que cualquier otro, es el más apreciado por las personas honestas: la buena fama y el nombre del hombre y de la mujer? ¿Qué patrimonio, qué bienes, cuántas riquezas no consume la prostitución y las hace desaparecer? ¿Cuánto valor y fuerza no se debilitan muchas veces y se destruyen con la prostitución? ¿Qué ingenio es tan fino, que no es asediado y desfigurado por la prostitución? ¿Qué belleza (aunque no sea tan excelente) no se desfigura con la prostitución? ¿No es el prostíbulo un enemigo de la agradable flor de la juventud, y no trae canas y vejez antes de tiempo? ¿Qué don de la naturaleza (aunque sea el más precioso) no se corrompe con la prostitución? ¿No hay muchas enfermedades sucias y repugnantes debido a la prostitución? ¿De dónde vienen tantos bastardos e hijos mal nacidos, para gran disgusto de Dios y deshonor del santo matrimonio, sino de la prostitución? ¿Cuántos consumen todos sus bienes y riquezas, y al final caen en una pobreza tan extrema, que después roban, y así terminan ahorcados, por prostitución? ¿Cuántas disputas y asesinatos se producen por culpa de la prostitución? ¿Cuántas doncellas se han desflorado, cuántas mujeres se han corrompido, cuántas viudas se han contaminado por culpa de la prostitución? ¿Cuánto se ha impugnado y perturbado al público y a la sociedad en general a través de la prostitución? ¿Cuánto se desprecia y vitupera la Palabra de Dios por medio de la prostitución y los que acuden a prostitutas? De este vicio proviene una gran parte de los delitos que (hoy en día) se acostumbran y se practican tan comúnmente por la autoridad de los hombres, para gran disgusto de Dios, y la violación del santísimo nudo y vínculo del matrimonio. Porque cuando este pecado tan detestable se ha introducido en el pecho del adúltero, de modo que se ve envuelto en una vida viciosa y pervertida, se desprecia a su verdadera y legítima esposa, se aborrece su presencia, su compañía le apesta y le resulta repugnante, desprecia todo lo que ella hace: No hay tranquilidad en la casa, mientras ella esté a la vista: por lo tanto, para hacer las cosas llevaderas, se le termina por imponer que ella debe permanecer alejada, porque su marido no puede soportarla más. Así, por la prostitución, la mujer honesta e inofensiva es desechada, y una ramera es recibida con honores; y de la misma manera, sucede muchas veces en la mujer hacia su marido. ¡Oh, abominación! Cristo, nuestro Salvador, verdadero DIOS y hombre, viniendo a restaurar la Ley de su Padre celestial, en el sentido correcto, entendimiento, y significado (entre otras cosas) reformó el abuso de esta Ley de DIOS. Porque cuando los judíos permitieron durante mucho tiempo, por costumbre, repudiar a sus mujeres, a su antojo, por cualquier causa, Cristo, corrigiendo esa costumbre, enseñó que si un hombre repudia a su mujer y se casa con otra, por cualquier causa, excepto por adulterio, (que entonces era la muerte por la ley), era un adúltero (Mateo 19. 9), y obligaba también a su mujer así divorciada a cometer adulterio, si se unía a otro hombre, y el hombre que se unía a ella también quedaba cautivo como un practicante del adulterio.

¿En qué caso, pues, se encuentran estos adúlteros que, por amor a una prostituta, abandonan a su verdadera y legítima esposa, contra toda ley, derecho,

razón y conciencia? ¡Oh, qué condenable es el estado en que se encuentran! Una rápida destrucción caerá sobre ellos, si no se arrepienten y no se enmiendan: Porque Dios no permitirá que el santo matrimonio sea deshonrado, odiado y despreciado. Él castigará una vez esta manera carnal y licenciosa de casarse, y hará que esta sagrada ordenanza sea respetada y honrada. Porque ciertamente el matrimonio (como dice el Apóstol) es honorable entre todos los hombres, y el lecho sin mancilla: Pero a los fornicarios y a los codiciosos, Dios los juzgará, es decir, los castigará y los condenará (Hebreos 13.4). Pero, ¿con qué propósito se hace este trabajo, para describir y exponer la grandeza del pecado de la prostitución, y las consecuencias nefastas que surgen y fluyen de él, viendo que el aliento y la lengua se debilitarán más pronto que cualquier hombre, que Él será o podrá ser capaz de exponerlo de acuerdo con la abominación y la atrocidad del mismo? Sin embargo, esto se ha dicho con la intención de que todos los hombres huyan de la prostitución y vivan en el temor de Dios.

### **TERCERA PARTE DEL SERMÓN CONTRA EL ADULTERIO.**

En la segunda parte de este Sermón contra el adulterio que se leyó la última vez, aprendisteis cuán seriamente la Escritura nos advierte que evitemos el pecado de adulterio y que nos aferremos a la limpieza de vida: y que por el adulterio, caemos en toda clase de pecado, y somos hechos esclavos del demonio; por la limpieza de vida somos hechos miembros de Cristo; y finalmente, cuán gran abismo le abre el adulterio al hombre ante toda bondad, y lo conduce de cabeza a todos los vicios, a la maldad y a la miseria. Ahora os declararé en orden, con qué penas graves castigó DIOS en tiempos pasados el adulterio, y cómo ciertos Príncipes mundanos también lo castigaron, para que podáis percibir que la prostitución y la fornicación son pecados no menos detestables a los ojos de DIOS, al igual que para todos los hombres buenos, de lo que he dicho hasta ahora. En el primer libro de Moisés, leemos que cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la tierra, los hombres y las mujeres entregaron sus mentes de tal manera al deleite carnal y al placer sucio, que vivían sin ningún temor a Dios. Viendo DIOS esta vida bestial y abominable y percibiendo que no se enmendaban, sino que aumentaban cada día más en sus modales pecaminosos e inmundos, se arrepintió de haber hecho al hombre: Y para mostrar cuánto aborrece el adulterio, la prostitución, la fornicación y toda inmundicia, hizo estallar todas las fuentes sobre la tierra anegándola profundamente y abrió las compuertas del cielo, de modo que la lluvia descendió sobre la tierra por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, y por este medio destruyó al mundo entero y a toda la humanidad, con excepción de ocho personas, es decir, Noé, el predicador de la justicia, (como lo llama S. Pedro) y su esposa, sus tres hijos y sus esposas con ellos. ¡Oh, qué plaga tan severa arrojó Dios aquí sobre todas las criaturas vivientes por el pecado de prostitución! Por lo cual DIOS se vengó, no sólo del hombre, sino de todas las bestias, los animales y todas las criaturas vivientes. El homicidio se cometió antes (Génesis 4.8), y sin embargo el mundo no fue destruido por eso: pero por la prostitución todo el mundo (con pocas

excepciones) fue desbordado por las aguas, y así pereció. Un ejemplo digno de ser recordado, para que aprendáis a temer a DIOS.

Volvemos a saber que por el sucio pecado de impureza sexual, Sodoma y Gomorra, y las otras ciudades cercanas a ellos, fueron destruidos por el fuego y el azufre que descendió del cielo (Génesis 19.24), de modo que no había hombre, mujer, niño, ni bestia, ni aún cualquier cosa que creció sobre aquella tierra que no halla perecido en la destrucción. ¿Quién no se estremece al oír esta historia? ¿Quién está tan ahogado en la prostitución y la inmundicia, que no dejará ahora para siempre esta vida abominable, viendo que DIOS castiga tan gravemente estos pecados, incluso haciendo llover fuego y azufre del cielo, para destruir ciudades enteras, para matar al hombre, a la mujer y al niño, y a todas las demás criaturas vivientes que allí habitan, para consumir con fuego todo lo que haya crecido en aquella tierra?

¿Qué puede ser una muestra más manifiesta de la ira y la venganza de Dios contra la impureza y la falta de higiene de vida? Fijaos en esta historia (gente buena) y temed la venganza de Dios. ¿No leísteis también que Dios hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, porque deseó impiamente a Sara, la mujer de Abraham (Génesis 12.17)? Igualmente, leemos sobre de Abimelec rey de Gerar, aunque no la tocó carnalmente por conocimiento previo (Génesis 20.4). Estas plagas y castigos fueron arrojados por Dios sobre las personas inmundas e impuras, antes de que se diera la Ley (la ley natural que sólo reina en los corazones de los hombres) para declarar el gran amor que tenía por el matrimonio y la unión de la pareja, y además, cuánto aborrecía el adulterio, la fornicación y toda impureza. Y cuando la Ley que prohibía la prostitución fue dada por Moisés a los judíos, ¿No ordenó DIOS que los infractores de la misma fueran condenados a muerte? Las palabras de la ley son estas: Quien cometa adulterio con la mujer de un hombre, morirá, tanto el hombre como la mujer, por haber roto el matrimonio con la mujer de su vecino (Levítico 20.10). En la Ley también se ordenó que una mujer y un hombre tomados juntos en prostitución debían ser apedreados hasta la muerte. En otro lugar también leemos que DIOS ordenó a Moisés que tomara a todos los jefes y príncipes del pueblo y los colgara en horcas públicas, para que todos los hombres pudieran verlos, porque ellos cometieron o no castigaron la prostitución (Números 25.4). Además, ¿No envió Dios tal plaga entre el pueblo por causa de la fornicación y la impureza, que murieron en un día veinticuatro mil? He pasado por alto, por falta de tiempo, muchas otras historias de la Santa Biblia, que declaran la grave venganza y el gran disgusto de Dios contra los fornicarios y adúlteros. Ciertamente, este castigo extremo designado por Dios, muestra evidentemente cuán grande es el odio de Dios hacia la prostitución. Y no dudemos de que en este momento Dios aborrece toda forma de impureza, como lo hacía en la antigua ley, y sin duda la castigará, tanto en este mundo como en el venidero. Porque él es un Dios que no puede soportar la maldad: por lo tanto, debe ser evitado por todos los que quieren la gloria de Dios, y la salvación de sus propias almas (Salmos 5.4).

San Pablo dice: Todas estas cosas están escritas para nuestro ejemplo, y para enseñarnos el temor de Dios, y la obediencia a su santa Ley (1 Corintios 10.11).

Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco nos perdonará a nosotros, que somos injertos, si cometemos la misma ofensa. Si DIOS destruyó muchos miles de personas, muchas ciudades, incluso el mundo entero, debido a la prostitución, no nos engañemos y pensemos que escaparemos libres y sin castigo. Porque él ha prometido en su santa Ley, enviar las más graves plagas a los que transgreden o violan sus santos mandamientos. Así hemos oído cómo castiga DIOS el pecado de adulterio: oigamos ahora ciertas leyes que los magistrados civiles idearon en sus países para castigarlo, para que aprendamos cómo la impureza ha sido siempre detestada en todas las ciudades y comunidades bien ordenadas, y entre todas las personas honestas.

Existen leyes concebidas para el castigo de la prostitución. La ley entre cierto pueblo pagano era esta, que cuando alguien era tomado en adulterio, era atado y transportado tres días por la ciudad, y después, mientras viviera, era despreciado, y con vergüenza y confusión considerado como una persona desprovista de toda honestidad. Entre los Locrenses, a los adúlteros se les sacan los dos ojos. Los romanos, en tiempos pasados, castigaban la prostitución, unas veces con fuego y otras con espada. Si algún hombre entre los egipcios había sido tomado en adulterio, la ley era que debía ser azotado abiertamente en presencia de todo el pueblo con látigos, hasta el número de mil azotes, la mujer era entonces tomada con él, y se le cortaba la nariz, por lo que se sabía desde entonces que era una ramera, y por lo tanto era aborrecida por todos los hombres. Entre los árabes, a las que eran tomadas en adulterio se les decapitaba. Los atenienses castigaban la prostitución con la muerte de la misma manera. Lo mismo hacían los bárbaros tártaros. Entre los turcos, incluso hoy en día, los que son tomados en adulterio, tanto el hombre como la mujer, son apedreados hasta la muerte, sin piedad. Así vemos qué actos piadosos fueron concebidos en tiempos pasados por los altos poderes, para la expulsión de la prostitución, y para el mantenimiento del santo matrimonio, o la boda, y la vida cotidiana en toda pureza. Y los autores de estas leyes no eran cristianos, sino paganos; sin embargo, estaban tan inflamados por el amor a la honestidad y a la pureza de vida, que para el sostenimiento y la conservación o el mantenimiento de eso, hicieron Estatutos piadosos, no permitiendo que la fornicación o el adulterio reinen en sus Reinos sin castigo. Cristo dijo a la gente: Los ninivitas se levantarán en el juicio contra esta nación (es decir, los judíos infieles) y los condenarán, porque se arrepintieron a la predicación de Jonás, pero he aquí (dice él) uno mayor que Jonás está aquí, (es decir, Él mismo) y sin embargo no se arrepienten (Mateo 12.41). ¿No se levantarán en el juicio los locrenses, los árabes, los atenienses y otros semejantes, y nos condenarán, por cuanto ellos dejaron de prostituirse por mandato de los hombres, y nosotros tenemos la Ley y los preceptos y mandamientos manifiestos de Dios, y sin embargo no abandonamos nuestra sucia conducta?

Porque, aunque la muerte del cuerpo nos parezca un castigo doloroso en este mundo debido al dolor, ese castigo no es nada en comparación con los graves tormentos que sufrirán después de esta vida los adúlteros, los fornicarios y todas las personas impuras. Porque todos ellos serán excluidos y excluidas del Reino de los cielos, como dice S. Pablo: No os engañéis, porque ni los fornicarios, ni los

adoradores de imágenes, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el Reino de Dios (I Corintios 6.9-10, Gálatas 5.19, Efesios 5.5). Y S. Juan, en su Apocalipsis, dice que los fornicarios tendrán su parte con los asesinos, los hechiceros, los encantadores, los abominables, los idólatras y otros semejantes, en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21.8). El castigo del cuerpo, aunque sea la muerte, tiene un fin; pero el castigo del alma, que San Juan llama la segunda muerte, es eterno, habrá fuego y azufre, habrá llanto y crujiir de dientes, el gusano que allí roerá la conciencia de los condenados, no morirá jamás (Mateo 13.42, Marcos 9.44). Oh, ¿Qué corazón no destila ni siquiera gotas de sangre, al oír y considerar estas cosas? Si tememos y nos estremecemos al oír y nombrar estas penas, oh, qué harán los que las sientan, los que las sufran, sí, y las sufrirán siempre, por los siglos de los siglos: Que Dios se apiade de nosotros. ¿Quién está ahora tan ahogado en el pecado, y más allá de toda santidad, que se definirá a favor del placer sucio y apestoso, (que pronto pasa) sufriendo así la pérdida de la gloria eterna? Además, ¿quién se entregará de tal manera a los deseos de la carne, que no temerá en absoluto la pena del fuego del infierno? Pero oigamos cómo podemos evitar el pecado de la prostitución y el adulterio, para que podamos caminar en el temor de Dios, y ser libres de esos tormentos más graves e intolerables, que habitan en todas las personas impuras.

Remedios para evitar la fornicación y el adulterio. Ahora bien, para evitar la fornicación, el adulterio y toda impureza, procuremos que, por encima de todas las cosas, mantengamos nuestros corazones puros y limpios, alejados de todos los pensamientos perversos y de las lujurias carnales, pues si éstos se infectan y corrompen una vez, caemos de cabeza en toda clase de impurezas. Esto lo haremos fácilmente, si cuando sentimos interiormente que Satanás, nuestro viejo enemigo, nos tienta a la prostitución, no consentimos de ninguna manera a sus astutas sugerencias, sino que lo resistimos y oponiéndonos valientemente con una fuerte fe en la Palabra de Dios, alegando contra él siempre en nuestro corazón, este mandamiento de Dios: Scriptum est, non scortorum. Está escrito: No te prostituirás. También será bueno que vivamos siempre en el temor de Dios, y que pongamos ante nuestros ojos las graves amenazas de Dios contra todos los pecadores impíos, y que consideremos en nuestra mente cuán sucio, bestial y corto es ese placer, al que Satanás continuamente nos incita y motiva: Y además, cómo la pena señalada para ese pecado es intolerable y eterna. Además, el uso de la templanza y la sobriedad en el comer y el beber, el evitar las conversaciones sucias, el evitar toda compañía sucia, el huir de la ociosidad, el deleitarse en la lectura de las Sagradas Escrituras, el velar en las oraciones piadosas y meditaciones virtuosas, y en todo momento, el ejercitarse en algunos trabajos magnánimos, ayudarán en gran medida a evitar la prostitución.

Y aquí se debe educar a todas las personas en todos los grados, sean casados o no, para que amen la castidad y la limpieza de la vida. Porque los casados están obligados por la ley de Dios a amarse tan puramente, que ninguno de ellos vea ningún amor extraño. El hombre debe unirse sólo a su mujer, y la mujer sólo a su marido; deben deleitarse de tal manera en la compañía el uno del otro, que ninguno

de ellos codicie a otro. Y así como están obligados a vivir juntos con toda piedad y honestidad, así también es su deber educar a sus hijos con honestidad, y cuidar para que no caigan en la trampa de Satanás, ni en ninguna inmundicia, sino que lleguen puros y castos al santo matrimonio, cuando el tiempo lo requiera. De la misma manera, todos los amos y gobernantes deben procurar que entre sus siervos no haya prostitución ni ningún tipo de impureza. Además, los solteros que sientan que no pueden vivir sin la compañía de una mujer, que se casen con sus propias mujeres, y que vivan juntos piadosamente: Porque es mejor casarse que estarse quemando (1 Corintios 7.9).

Y para evitar la fornicación, dice el Apóstol, que cada hombre tenga su propia esposa, y cada mujer su propio marido. Por último, todos los que sientan en sí mismos la capacidad y la habilidad (mediante la obra del Espíritu de Dios) de llevar una vida pura en continua soltería, pidan a Dios su don, y busquen todos los medios posibles para mantenerlo: como la lectura de las Sagradas Escrituras, las meditaciones piadosas, las oraciones continuas y otros ejercicios veraces. Si todos nosotros nos esforzamos por evitar la fornicación, el adulterio y todas las impurezas, y llevamos nuestra vida con toda piedad y honestidad, sirviendo a Dios con un corazón puro y limpio, y glorificándolo en nuestro cuerpo llevando una vida sin contaminación y agradable a Dios, podemos estar seguros de encontrarnos en el número de aquellos de los que nuestro Salvador Cristo habla en el Evangelio de esta manera: Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5. 8): sólo a Él sea toda la gloria, el honor, el dominio y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

1. ¿A quién deshonramos en primera instancia con el pecado de adulterio y de inmundicia?
2. ¿Qué consecuencias tiene el adulterio, la prostitución y la inmundicia en el orden social?
3. ¿Cómo debemos entender el séptimo mandamiento (Éxodo 3:14)?
4. ¿Es suficiente con evitar el adulterio físico para considerar que el séptimo mandamiento ha sido guardado (S. Mateo 5:27-28)?
5. Investiga la etimología de la palabra fornicación y presenta por lo menos tres referencias bíblicas relacionadas a esta palabra.
6. ¿Por qué el autor de esta Homilía habla del pecado de inmundicia (Proverbios 4:23)?
7. ¿Por qué la Sagrada Escritura censura de forma tan radical el pecado de inmundicia sexual?
8. ¿Cómo define la biblia el pecado de homosexualismo (Levítico 20:13)? ¿Por qué?
9. ¿Por qué la Sagrada Escritura censura de forma tan radical el pecado de inmundicia?
10. Explique cómo el pecado de fornicación no sólo abarca la inmundicia sexual física, sino también la del corazón y espíritu.

11. Explique en qué consiste el mandato de San Pablo en 1 Corintios 6:18-19, y qué medidas debemos tomar para cumplirlo.
12. ¿Por qué se dice que el pecado de impureza sexual en cualquier de sus manifestaciones trae alegría a los demonios y al cometerlos se les hace un servicio? ¿Qué interés tiene satanás al fomentar la impureza sexual?
13. ¿Quiénes resulta deshonrados con el pecado de inmundicia sexual y a quienes le damos honra cuando caemos en esto?
14. ¿Por qué San Pablo nos llama Santos?
15. ¿Qué otros pecados son amigos y compañeros del adulterio, la prostitución y la fornicación?
16. ¿Qué consejos da el autor de esta Homilía para guardarnos y evitar incurrir en el pecado de inmundicia sexual?
17. ¿Qué medidas piensa que deben tomar los cristianos del siglo XXI para evitar caer en estos pecados?
18. ¿Qué implica la exhortación paulina en Gálatas 6:1?

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias (S. Mateo 15:19).

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones (1 Corintios 6:9).

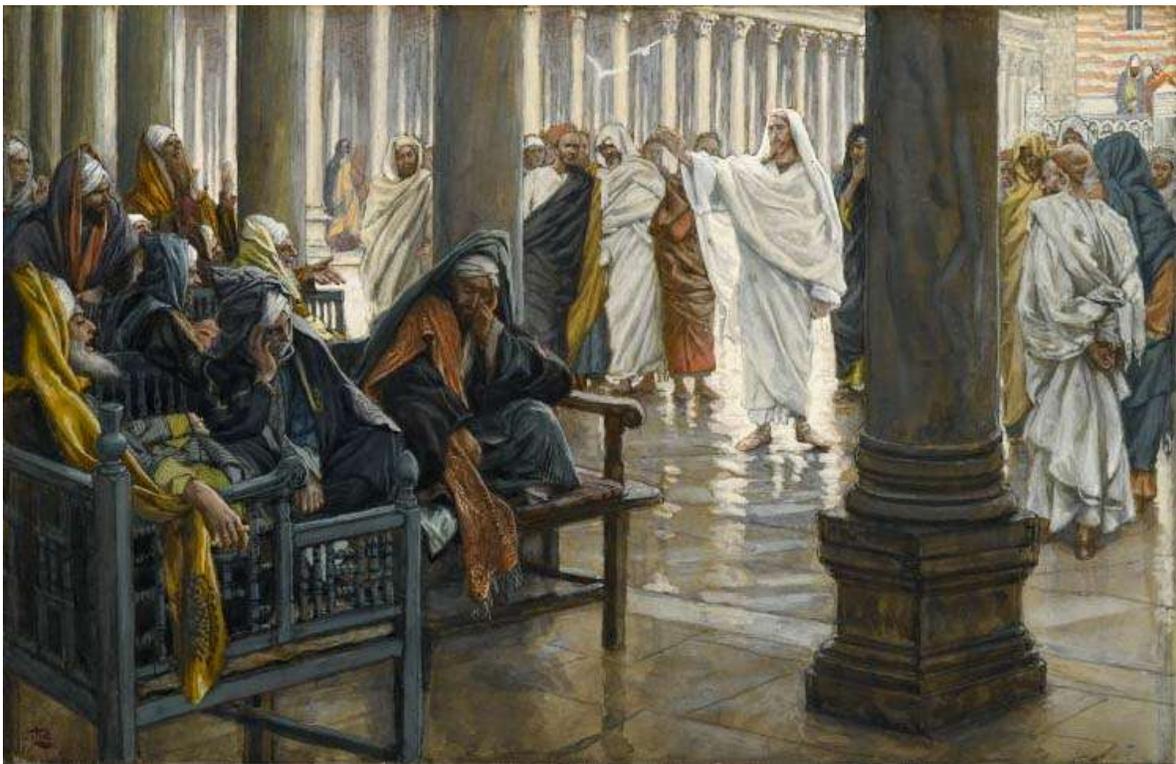
Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia (Gálatas 5:19).

No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura (Hebreos 12:16).

Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría (Colosenses 3:5)

Porque a causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un bocado de pan; Y la mujer caza la preciosa alma del varón. ¿Tomará el hombre fuego en su seno Sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen? Así es el que se llega a la mujer de su prójimo; No quedará impune ninguno que la toque (Proverbios 6:26-29).





Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego. Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.

**(S. Mateo 5:21-26)**

# Homilía Contra las Disputas y las Contiendas



Anónima

## UN SERMON CONTRA LA CONTENCIÓN Y LA RIÑA

En este día (buen pueblo cristiano) se les declarará la improductividad y la vergonzosa falta de honestidad de la contienda, de las peleas y de las discusiones, con el fin de que, cuando vean, como en una tabla pintada ante sus ojos, la maldad y la deformidad de este vicio tan detestable, sus entrañas sean movidos a levantarse contra él, y a detestar y aborrecer ese pecado, que es tan odioso, pernicioso y perjudicial para todos los hombres. Pero entre todas las clases de Contención, ninguna es más perjudicial que la Contención en materia de Religión. Evita (dice San Pablo), las cuestiones necias e ignorantes, sabiendo que engendran contiendas (2 Timoteo 2.23). No es propio de un siervo de Dios pelear o luchar, sino ser bondadoso con todos los hombres (2 Timoteo 2.24). Esta Contención y contienda estaba en el tiempo de San Pablo entre los Corintios, y está en este tiempo entre nosotros los ingleses. Porque hay demasiados que, en las tabernas o en otros lugares, se deleitan en plantear ciertas cuestiones, no tanto para la edificación como para la vanagloria, y en mostrar su astucia, y de manera tan poco sobria para razonar y disputar, que cuando ninguna de las partes da lugar a la otra, caen en la riña y la disputa, y a veces en las palabras calientes, para mayor inconveniencia. San Pablo no podía soportar escuchar entre los corintios estas palabras de discordia o disensión: Yo soy de Pablo, yo de Cefas y yo de Apolo (1 Corintios 3.4): ¿Qué diría entonces, si escuchara estas palabras de discordia (que ahora están casi en la boca de todos los hombres)? Él es un fariseo, él es un evangélico, él es de la nueva clase, él es de la antigua fe, él es un hermano de la nueva orden, él es un buen padre católico, él es un papista, él es un hereje. ¿Cómo está dividida la Iglesia? Oh, ¿cómo se cortan y destrozan las ciudades? Oh, ¿cómo la capa de Cristo, que era sin costura, está toda desgarrada y torneada? Oh, cuerpo místico de Cristo, ¿dónde está esa santa y feliz unidad, siendo que quien se encuentre fuera de ella, no está en Cristo? Si un miembro es arrancado de otro, ¿dónde está el cuerpo? Si el cuerpo se separa de la cabeza, ¿dónde está la vida del cuerpo? No podemos estar unidos a Cristo, nuestra cabeza, si no estamos pegados con concordia y caridad los unos a los otros. Porque el que no es de esta unidad, no es de la Iglesia de Cristo, que es una santa comunión o unidad, y no una división. San Pablo dice que mientras haya emulación o enemistad, contienda y facciones o sectas entre nosotros, somos carnales y andamos según el hombre carnal (1 Corintios 3.3). Y Santiago dice: Si tenéis celos amargos, y contención en

vuestros corazones, no os gloriéis de ello (Santiago 3.14); porque donde hay contención, hay inseguridad, y toda obra mala. Y por qué no oímos a San Pablo, que nos ruega, cuando nos lo ordena, diciendo: Os ruego en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya disensión entre vosotros, sino que seáis un solo cuerpo, de un mismo sentir y de una misma opinión en la verdad (1 Corintios 1.10). Si su deseo es razonable y honesto, ¿por qué no lo concedemos? si su petición es para nuestro beneficio, ¿por qué la rechazamos? Y si no escuchamos su petición de oración, escuchemos su exhortación, donde dice: Os exhorto a que os comportéis como corresponde a la vocación a la que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz: Porque hay un solo cuerpo, un solo espíritu, una sola fe, un solo bautismo (Efesios 4.1-5). No hay (dice él) más que un solo Cuerpo, del cual no puede ser ningún miembro vivo, que esté en desacuerdo con los otros miembros. Hay un solo Espíritu, que goza y une todas las cosas en uno. ¿Y cómo puede este único Espíritu resistir en nosotros, si estamos divididos entre nosotros mismos? No hay más que una sola fe, y ¿cómo podemos decir entonces, él es de la antigua fe, o él es de la nueva fe? No hay más que un solo Bautismo, y entonces, ¿no serán todos los bautizados uno? La disputa causa división, por lo que no debe haberla entre los cristianos, a los que una sola fe y un solo bautismo los une. Pero si despreciamos la petición y la exhortación de San Pablo, al menos consideremos su ferviente petición, en la que nos conmina muy seriamente y (si puedo hablar así) nos aconseja de esta forma y manera: Si hay algún consuelo en Cristo, si hay algún consuelo de amor, si tenéis alguna comunión del Espíritu, si tenéis algún sentimiento de piedad y compasión, llenad mi gozo, siendo todos semejantes, teniendo una misma caridad, siendo de un mismo sentir, de una misma opinión, que nada se haga por contienda, ni por vanagloria (Filipenses 2. 1-3). ¿Quién es el que teniendo compasión en los más profundo de su ser, no será conmovido con estas palabras tan compasivas?

Cómo debemos leer la Escritura. Leamos la Escritura de tal manera que, al leerla, nos convirtamos en los mejores receptores, en lugar de los más contenciosos. Si es necesario enseñar, razonar o disputar algo, hagámoslo con toda mansedumbre, suavidad y benignidad. El que se encuentre en una falta, que se enmiende y más bien que defienda lo que ha dicho amablemente, no sea que caiga por contienda de un error tonto a una herejía obstinada. Porque es mejor ceder el lugar mansamente, que ganar la victoria con la ruptura de la caridad, que se desplaza cuando cada uno defiende su opinión obstinadamente. Si somos hombres cristianos, ¿por qué no seguimos a Cristo, que dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo 11.29)? Un discípulo debe aprender la lección de su maestro, y un siervo debe obedecer las órdenes de su amo. El que es sabio e instruido, (dice Santiago) que muestre su bondad por su buena conducta, y la sobriedad de su sabiduría. Porque donde hay envidia y contienda, esa sabiduría no viene de Dios, sino que es sabiduría mundana, sabiduría de los hombres y sabiduría del diablo. Porque la sabiduría que viene de lo alto, del espíritu de Dios, es casta y pura, no está corrompida por afectos perversos; es tranquila, apacible y pacífica, y aborrece todo deseo y contienda (Santiago 3.13-17); es dócil, obediente, no se

resiste a aprender y a dar lugar a los que enseñan mejor para la reforma. Porque nunca se acabará la lucha y la contienda, si nos disputamos quién será el dueño de la contienda y tendrá la ventaja; si cometemos error tras error, si seguimos defendiendo obstinadamente lo que se ha dicho sin criterio. Porque es cierto que la rigidez en el mantenimiento de una opinión engendra contención, peleas y riñas, que es un vicio entre todos los demás más pernicioso y pestilente para la paz y la tranquilidad comunes. Y se da entre dos personas y partes (porque nadie suele reñir consigo mismo), por lo que comprende dos vicios muy detestables: el primero es el de buscar pleitos, con palabras agudas y contenciosas; el otro consiste en contestar con desprecio y multiplicar las palabras malintencionadas. El primero es tan abominable, que San Pablo dice: si alguno de los que se llaman hermanos es adorador de ídolos, pendenciero, contencioso, ladrón o extorsionador, con los que son esta clase de hombre, procura no comer (1 Corintios 5.11).

Contra la búsqueda de peleas. Ahora bien, considera que San Pablo incluye entre los ladrones y los idólatras a los escandalosos, a los pendencieros y a los buscadores de disputas, y que muchas veces el daño de un ladrón es menor que el de una lengua maliciosa, porque el primero le quita a un hombre su buen nombre, mientras que el otro sólo le quita sus riquezas, que son de mucho menor valor y estimación que su buen nombre. Y el que roba no hace más que daño a aquel a quien roba; pero el que tiene una lengua malvada, perturba a toda la ciudad en la que vive, y a veces a todo el país. Y una lengua rabiosa es una pestilencia tan contagiosa, que San Pablo aconseja a los cristianos que se abstengan de estar en compañía de ellos, y que no coman ni beban con ellos (1 Corintios 5.11). Y aunque no quiere que una mujer cristiana abandone a su marido, aunque sea un pagano, o que un siervo cristiano se aparte de su amo, aunque este sea un infiel e inconverso, observamos que de esta forma permite que un hombre cristiano se junte con un infiel, más nos prohíbe comer o beber con un escandaloso o pendenciero. Y también en el primer capítulo a los Corintios, dice así: No os engaños, porque ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los ladrones, ni los borrachos, ni los maldicientes habitarán en el reino de los cielos (1 Corintios 6.9-10). Debe ser necesariamente una gran falta, la que mueve y hace que el padre desherede a su hijo natural. ¿Y cómo puede ser de otra manera, sino porque esta perversa forma de hablar debe ser un pecado condenable, que hace que Dios, nuestro más misericordioso y amoroso Padre, nos prive de su bendito reino del cielo?

Contra la contestación temeraria. Contra el otro pecado que consiste en devolver burla por burla, habla el mismo Cristo, diciendo: Os digo que no resistáis al malo, sino que améis a vuestros enemigos, y que digáis bien a los que os hacen mal, que hagáis bien a los que os hacen mal, y que oréis por los que os hacen daño y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol tanto sobre los buenos como sobre los malos, y envía su lluvia tanto a los justos como a los injustos (Mateo 5.39, 44-45). A esta doctrina de Cristo concuerda muy bien la enseñanza de S. Pablo, ese recipiente escogido por Dios, que no deja de exhortarnos y llamarnos, diciendo: "Benedicid a los que os maldicen, bendicid y no maldigáis, no paguéis a nadie mal por mal, si es posible (en la medida

en que os sea posible) vivid en paz con todos los hombres" (Romanos 12.14, 17-18).

## **SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN CONTRA LA CONTIENDA.**

Se os ha declarado en este Sermón contra las contiendas y peleas, los grandes inconvenientes que se derivan de ellas, especialmente de las contenciones que surgen en materia de religión; y cómo, cuando ningún hombre da lugar a otro, no hay fin a la contención y a la discordia; y que la unidad que DIOS requiere de los cristianos, se descuida y se rompe por completo por ello; y que esta contención se da principalmente en dos puntos, el primero es la búsqueda de disputas, y el segundo, la elaboración de respuestas groseras. Ahora bien, oiréis las palabras de San Pablo, que dice: Queridos hermanos, no os venguéis a vosotros mismos, sino más bien dad lugar a la ira de Dios, porque está escrito: Mía es la venganza, yo me vengaré, dice el Señor. Por tanto, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; no te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien (Romanos 12.19-21).

Una obediencia. Todas estas son las palabras de San Pablo, pero aquellos que están cargados y llenos de amargura, y que están tan solos, que no pueden soportar ni una sola palabra mala que se diga de ellos, tal vez digan: Si me injurian, ¿me quedaré quieto como un ganso o como un tonto, con el dedo en la boca? ¿Seré un idiota y un estúpido, permitiendo que todos hablen de mí lo que a ellos les plazca, que me escarnezcan como haciendo una lista de injurias, que escupan todo su veneno contra mí placenteramente? ¿No es conveniente que el que habla mal, sea respondido en consecuencia? Si hago uso de la indulgencia y suavidad, aumentaré la ira de mis enemigos y provocaré a otros a hacer lo mismo. Tales razones exponen los que no pueden sufrir nada, pues en el fondo lo que están haciendo es defender su impaciencia.

Una respuesta. Sin embargo, si al responder a una persona malintencionada hubiera esperanza de remediar su malestar, sería menos ofensivo el que respondiera así, sin hacerlo con ira o malicia, sino sólo con la intención de que el que es tan malintencionado pueda ser corregido. Pero el que no puede enmendar una falta ajena, o no puede enmendarla sin incurrir en una falta propia, mejor es que perezca uno, que dos. Entonces, si no puede calmarlo con palabras suaves, al menos no caiga con palabras malvadas y poco caritativas. Si puede apaciguarlo con el sufrimiento, entonces es mejor sufrirlo, y si no, es mejor sufrir mal, que hacer mal, decir bien, que decir mal. Porque hablar bien contra la maldad, viene del Espíritu de Dios; pero hacer maldad por maldad, viene del espíritu contrario. Y el que no puede templar ni dominar su propia ira, no es más que débil y endeble, y más parecido a una mujercilla o a un niño, que a un hombre fuerte. Porque la verdadera fuerza y hombría es vencer la ira, y despreciar las injurias y la insensatez ajena. Y además de esto, el que desprecia el mal que le hace su enemigo, todo hombre percibirá que fue dicho o hecho sin causa; mientras que, por el contrario, el que se enfurece y persigue por ello, ayudará a la causa de su adversario, dando la sospecha de que la cosa es verdadera. Y al ir a vengar el mal, nos mostramos malvados, y mientras

castigamos y vengamos la locura de otro, duplicamos y aumentamos nuestra propia locura. Pero los voluntariosos encuentran muchos pretextos para colorear su impaciencia. Mi enemigo, dicen, no es digno de tener palabras o acciones suaves, estando tan lleno de malicia o de rencor. Cuanto menos se muestre digno, más se te permitirá por parte de DIOS, y más se te alabará por parte de Cristo, por cuya causa deberías dar el bien por el mal, porque Él te lo ha encomendado, y también merece que lo hagas. Tu prójimo quizá te haya ofendido con una palabra; recuerda con cuántas palabras y hechos has ofendido gravemente a tu Señor Dios. ¿Qué era el hombre, cuando Cristo murió por él? ¿No era su enemigo, e indigno de tener su favor y misericordia? Así pues, ¿con qué dulzura y paciencia te prohíbe, tolera y sufre, aunque tú le ofendas cada día? Perdona, pues, una leve ofensa a tu prójimo, para que Cristo te perdone a ti muchos miles de ofensas, recuerda que cada día eres un ofensor. Porque si perdonas a tu hermano, que es para ti un transgresor, entonces tienes una señal y un signo seguro de que DIOS te perdonará, a quien todos los hombres son deudores y transgresores. ¿Cómo quieres que Dios sea misericordioso contigo, si eres cruel con tu hermano? ¿No puedes encontrar en tu corazón el hacer con otro que es tu compañero, lo que Dios ha hecho contigo, que no eres más que su siervo? ¿No debe un pecador perdonar a otro, viendo que Cristo, que no era pecador, rogó a su Padre por los que, sin misericordia y con odio, le dieron muerte? El cual, cuando fue injuriado, no respondió con palabras injuriosas, y cuando sufrió injustamente, no amenazó, sino que dio toda la venganza al juicio de su Padre que juzga rectamente (1 Pedro 2.23). ¿Y qué te importa tu cabeza, si no te esfuerzas por estar en el cuerpo? No puedes ser miembro de Cristo, si no sigues los pasos de Cristo: (que como dice el Profeta) fue llevado a la muerte como un cordero, no abriendo su boca para injuriar (Isaías 53.7), sino abriendo su boca para orar por los que lo crucificaron, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23.34). Este ejemplo, poco después de Cristo, lo siguió San Esteban (Hechos 7.60), y después S. Pablo: Se habla mal de nosotros, (dice él) y hablamos bien; sufrimos persecución, y la tomamos con paciencia: Los hombres nos maldicen, y nosotros los reprendemos suavemente (1 Corintios 4.12-13). Así S. Pablo enseñaba lo que hacía, y hacía lo que enseñaba. Bendecid (dice) a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. ¿Es gran cosa hablar bien a tu adversario, a quien Cristo te manda hacer bien? David, cuando Semei lo maldecía, no entró en riña con él, sino que dijo pacientemente: "Deja que hable mal, si acaso el Señor tiene misericordia de mí". La historia está llena de ejemplos de hombres paganos que fueron prontos para sufrir palabras oprobiosas y reprobatorias, así como a soportar actos injuriosos. ¿Y acaso esos paganos nos superan en paciencia a nosotros que profesamos a Cristo, maestro y ejemplo de toda paciencia? Lisandro, cuando alguien se enfureció contra él, injuriándolo, no se inmutó, sino que dijo: "Ve, ve, habla contra mí todo lo que quieras y no dejes nada, si acaso por este medio te liberas de esas cosas malas, con las que parece que estás cargado. Muchos hombres no saben otra cosa que hablar mal de todos los hombres, porque simplemente no pueden hablar bien de nadie". De este modo, este sabio se desprende de las palabras reprobatorias que se le dirigen, imputándolas y atribuyéndolas a la enfermedad natural de su adversario. Pericles, en una ocasión cuando un escandaloso, un tipo cargado de rabia le injurió, no respondió ni una palabra ante esto, sino que se metió en una galería, y después, al caer la noche,

cuando volvió a su casa, siguió a ese escandaloso, quien se enfurecía aún más, porque veía que el otro no respondía nada contra sus ofensas: y después de llegar a su puerta (siendo la noche oscura) Pericles ordenó a uno de sus criados que encendiera una antorcha, y que llevara al escandaloso a su propia casa.

Él no sólo sufrió pacientemente esta bravuconería, sino que también recompensó una mala acción con una buena acción, y eso para su enemigo. ¿No es una vergüenza para nosotros, que profesamos a Cristo, ser peores que los paganos, en una cosa que afecta principalmente a la religión de Cristo? ¿Nos persuadirá la filosofía más que la Palabra de Dios? Qué ceguera, qué obstinación, o más bien qué locura es ésta (Pericles, al ser provocado a ira con muchas palabras malvadas, no respondió ni una palabra). Pero nosotros, agitados sólo con una pequeña palabra, ¿Cuánto mal podemos hacer? ¿Cómo nos enfurecemos, nos exasperamos, y quedamos mirando como locos? Muchos hombres, de cualquier nimiedad harán un gran asunto, y de la chispa de una pequeña palabra encenderán un gran fuego, tomando todas las cosas en la peor parte.

Razones para apartar a los hombres de la disputa. Pero cuánto mejor es, y más parecido al ejemplo y la doctrina de Cristo, hacer más bien de una gran falta en nuestro prójimo, una pequeña falta, razonando con nosotros mismos de esta manera. Él dijo estas palabras, pero fue porque se encontraba acalorado, o las dijo el borracho y no él, o las dijo a instancias de algún otro, o las dijo ignorando la verdad, no las dijo contra mí, sino contra el que creía que era yo. Pero en cuanto a hablar mal, el que está dispuesto a hablar mal contra otros hombres, que primero se examine a sí mismo, si está libre de la culpa que encuentra en otro. Porque es una vergüenza cuando el que culpa a otro de cualquier falta, es culpable él mismo, ya sea de la misma falta o de una mayor. Es una vergüenza para el que es corto de vista llamar a otro ciego, y es aún más vergonzoso para el que es completamente ciego llamarle ciego, pues no es más que alguien que está en tinieblas. Porque esto es ver una paja en el ojo ajeno, cuando se tiene una viga en su propio ojo.

Entonces considere que el que habla mal, comúnmente se le hablará mal de nuevo. Y el que habla lo que quiere para su placer, se verá obligado a oír lo que no quiere, para su disgusto. Además, recuerde la Escritura, que nos enseña que daremos cuenta de toda palabra ociosa (Mateo 12.36). ¿Cuánto más, pues, hemos de rendir cuentas por nuestras palabras agudas, amargas, represivas y reprimendas, que provocan el enojo de nuestro hermano y, por tanto, la ruptura de su caridad?

Razones para evitar que los hombres respondan con desprecio. Y en cuanto a responder mal, aunque nunca seamos tan provocados por otros hombres que hablan mal, no seguiremos su ira respondiendo mal, si consideramos que la ira es una especie de locura, y que el que se enoja, está (por así decirlo, por el momento) en una frivolidad. Por lo tanto, tenga cuidado, de que en su furia no diga nada de lo que después pueda tener una causa justa para arrepentirse. Y el que quiera defender que el enojo no es furia, sino que tiene razón, aun cuando esté muy enojado, entonces que razone consigo mismo cuando se enoje: Ahora estoy tan

molesto y enojado, que dentro de poco tiempo tendré otro ánimo: ¿por qué, entonces, he de decir ahora algo en mi enojo, en lugar de hacerlo después, cuando sea conveniente, siendo que lo dicho no se puede cambiar? ¿Por qué he de hacer algo, estando ahora (como si estuviera) fuera de mi razón, por lo cual, cuando vuelva en mí, estaré muy acongojado por lo hecho? ¿Por qué no razona, por qué mejor no me rijo por lo dispuesto por Dios, y por qué no le doy Cristo lo que ahora le corresponde, para que más tarde me sea recompensado? Si un hombre es llamado adúltero, usurero, borracho, o por cualquier otro nombre vergonzoso, que considere seriamente si es llamado así verdaderamente o falsamente; si es verdadero, que enmiende su falta, para que su adversario no pueda después acusarlo dignamente de tales ofensas: Si estas cosas se le imputan falsamente, que considere si ha dado alguna ocasión para que se le sospeche de tales cosas, y así podrá cortar esa sospecha, de la que surgió este engaño, y en otras cosas vivirá con más cautela. Y de esta manera, no nos perjudicamos, sino que nos beneficiamos de las reprimendas y los insultos de nuestros enemigos. Porque el reproche de un enemigo puede ser para muchos hombres un estímulo más rápido para la enmienda de su vida, que la suave monición de un amigo. Filipo, el rey de Macedonia, cuando los principales gobernantes de la ciudad de Atenas hablaron mal de él, les agradeció de corazón, porque gracias a ellos mejoró, tanto en sus palabras como en sus actos: porque yo razono (dice él) tanto sobre mis dichos como sobre mis hechos para persuadirme sin son mentira o no.

### **TERCERA PARTE DEL SERMÓN CONTRA LA CONTIENDA.**

Ya oísteis en la última lección del Sermón contra las contiendas y las peleas, cómo podemos responder a los que se mantienen en constante contienda usando palabras groseras, y que estos recibirán su castigo con palabras tan malas como las que lanzan otros hombres, y finalmente cómo podemos ordenarnos según la voluntad de DIOS, y qué considerar hacia ellos cuando nos provocan a la contienda y a las peleas con palabras denigrantes. Ahora, para proceder en el mismo asunto, conocerás la manera correcta de refutar y vencer a tu adversario y enemigo. Esta es la mejor manera de vencer al hombre que se erige como tu adversario, para que todos los que conozcan tu honestidad, sean testigos de que se te maltrata indignamente. Si la falta por la que se te maltrata es tal que, resulta necesario defender tu honestidad, y debes responder, entonces, que se haga con tranquilidad y equilibrio, de esta manera, lograrás que se evidencie que las faltas que se te imputan son falsas. Porque es cierto lo que dice el sabio: La respuesta suave calma la ira, y la respuesta dura y cortante despierta la ira y el enojo (Proverbios 15.1). La respuesta dura de Nabal provocó a David a una venganza cruel, pero las palabras suaves de Abigail apagaron el fuego que estaba en llamas (1 Samuel 25.10-35). Y un remedio específico contra las lenguas maliciosas es armarnos de paciencia, mansedumbre y silencio, no sea que al multiplicar las palabras con el enemigo, seamos tan malos como él.

Una objeción. Pero los que no pueden soportar una sola palabra mala en su contra, tal vez, tomen por excusa, alegar lo que está escrito: El que desprecia su buen nombre, es cruel.

Respuesta. También decimos: "Responde al necio como merece su necedad" (Proverbio 26.5). Y nuestro Señor Jesús guardó su paz ante ciertas afirmaciones en su contra que encontramos en los evangelios; pero a algunas respondió con diligencia. Oyó a los hombres llamarle samaritano, hijo de carpintero, bebedor de vino, y calló; pero cuando les oyó decir: "Tienes el demonio dentro de ti", contestó a ello con diligencia. Es cierto que hay un momento en que conviene responder a un tonto según su necedad, para que no parezca sabio en su propia opinión. Y a veces no es provechoso responder a un tonto según su necedad, para que el sabio no se asemeje al tonto. Cuando nuestra infamia, o el reproche que se nos hace, es comidilla que alegra a muchos, entonces es necesario, responder con prontitud y estar preparados para ello. Porque leemos que muchos hombres santos de buena fe, han hablado y respondido aguda y ferozmente a los tiranos y a los hombres malvados, y que las palabras agudas no eran fruto de la ira, el rencor o la malicia, ni del deseo de venganza, sino del deseo ferviente de llevarlos al verdadero conocimiento de Dios y a impulsarlos a dejar de vivir impíamente, mediante una reprimenda y una exhortación serias y agudas. En este sentido, San Juan Bautista llamó a los fariseos "cría de víboras" (Mateo 3.7); y San Pablo llamó a los gálatas "tontos" (Gálatas 3.1); y a los hombres de Creta los llamó "mentirosos", "bestias malvadas" y "glotones perezosos" (Tito 1.12); y a los falsos apóstoles, los llamó "perros" y "astutos" (Filipenses 3.2). Y su actitud es piadosa, y debe ser permitida, como lo demuestra claramente el ejemplo de Cristo, quien aunque era la fuente y el manantial de toda mansedumbre, gentileza y suavidad, llamó a los obstinados escribas y fariseos, guías ciegos, necios, sepulcros blanqueados, hipócritas, serpientes, cría de víboras, una generación corrupta y malvada (Mateo 23.16). También reprende a Pedro con vehemencia, diciendo: Apártate de mí, Satanás (Mateo 16.23). Asimismo, San Pablo reprende a Elimas, diciendo: Oh, tú, lleno de todo engaño y astucia, enemigo de toda justicia, no cesarás de trastornar los caminos rectos de Dios; y ahora, he aquí que la mano del Señor está sobre ti, y te quedarás ciego, y no verás por un tiempo (Hechos 13.10-11). Y San Pedro reprende a Ananías muy duramente, diciendo: Ananías, ¿cómo es que Satanás ha llenado tu corazón, para que mientas al Espíritu Santo (Hechos 5.3)? Este celo ha sido tan ferviente en muchos hombres buenos, que los ha estimulado; no sólo a hablar palabras amargas y ansiosas, sino también a hacer cosas que podrían parecer crueles a algunos, pero que en realidad son muy justas, caritativas y piadosas, porque no fueron hechas por ira, malicia o mente contenciosa, sino por una mente ferviente, para la gloria de DIOS y la corrección del pecado, ejecutadas por hombres llamados a ese oficio. Porque en este sentido nuestro Señor Jesucristo expulsó con un látigo a los compradores y vendedores del Templo (Juan 2.15). En su época Moisés rompió las dos Tablas que había recibido de la mano de Dios, cuando vio a los israelitas danzando alrededor del becerro de oro, e hizo matar como tres mil hombres de su propio pueblo (Éxodo 32.19). En esta ocasión, Finees, hijo de Eleazer, mató con su espada a Zimri y a Cozbi, a quienes encontró juntos en un acto de impureza (Números 25.8).

Pero estos ejemplos no deben ser seguidos por todos, sino por los hombres que han sido llamados a un cargo y puestos en autoridad. Por lo tanto, volviendo a las

palabras contenciosas, y especialmente a lo que atañe en asuntos de religión y de la palabra de Dios (que debe usarse con toda modestia, sobriedad y castidad), las palabras de Santiago deben ser bien marcadas y tenidas en cuenta, cuando dice que de la contienda surge todo mal. Y el sabio rey Salomón dice: Se debe honrar al hombre que se guarda de la contienda, y todos los que se mezclan con ella son necios (Proverbios 20.3). Y debido a que este vicio es tan perjudicial para la sociedad y la prosperidad común, en todas las ciudades bien ordenadas, estos pendencieros y escandalosos reconocidos son castigados con un tipo de pena notable: como ser puestos en el taburete de cuclillas, en la picota, o algo similar. Y son indignos de vivir y gozar de la prosperidad común de la sociedad, estos se reconocen por hacer todo lo que caracteriza a los pendencieros, es decir, viven en riñas y peleas para perturbar la tranquilidad y la paz de todos. ¿Y de dónde proviene esta contienda, pelea y desacuerdo, sino del orgullo y la vana gloria? Por lo tanto, humillémonos bajo la poderosa mano de Dios, que ha prometido descansar sobre los que son humildes y bajos de espíritu (1 Pedro 5.5, Lucas 1.52). Si somos hombres cristianos buenos y tranquilos, que se manifieste en nuestras palabras y conversaciones sanas. Si hemos abandonado al diablo, no usemos más un vocabulario diabólico: El que ha sido un malhumorado, que ahora sea un sobrio consejero. El que ha sido un calumniador malicioso, que ahora sea un consolador amoroso. El que ha sido un malvado renegado, que ahora sea un maestro espiritual. El que ha abusado de su lengua para maldecir, que ahora la use para bendecir. El que ha abusado de su lengua hablando mal, que ahora la use para hablar bien. Toda amargura, ira, rabia y blasfemia, debe ser evita por ti. Si puedes, y es posible, no te enfades. Pero si no podéis estar limpios de esta pasión, entonces templadla y controladla de tal manera que no os incite a la contienda y a las peleas. Si te provocan con palabras maliciosas, ármate de paciencia, benignidad y silencio, ya sea no hablando nada, o bien siendo muy suave, manso y gentil al responder. Vence a tu adversario con amabilidad y gentileza. Y sobre todo, mantén la paz y la unidad: no seas un destructor de la paz, sino que te reconozcan como un constructor de paz. Y entonces no hay duda de que DIOS, el autor del consuelo y la paz, nos concederá la paz de conciencia, y tal concordancia y acuerdo, que con una sola boca y una sola mente, podamos glorificar a DIOS, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, a quien corresponde toda la gloria, ahora y siempre. AMÉN.

A continuación, seguirán sermones sobre el ayuno, la oración y las buenas acciones, sobre la Natividad, la Pasión, la Resurrección y la Ascensión de nuestro Salvador, sobre la recepción de su bendito Cuerpo y Sangre, bajo la forma de Pan y vino, contra la ociosidad, contra la gula y la embriaguez, contra la codicia, contra la envidia, la ira y la malicia, con muchos otros asuntos, tan fructíferos como necesarios para la edificación del pueblo cristiano y el aumento de la vida piadosa.

Dios salve al Rey.

#### **PREGUNTAS DE ESTUDIO:**

1. ¿Cuál es la contención más perjudicial? ¿Por qué?
2. ¿Qué y cómo debemos procurar con toda solicitud (Efesios 4:3-4)?

3. ¿Qué pecados acompañan siempre las riñas, peleas y contiendas (Santiago 3:14)?
4. Menciona las principales razones por las cuales los cristianos debemos evitar las disputas y esto principalmente entre hermanos en la fe.
5. ¿Cómo debemos expresar en nuestras vidas las Palabras de nuestro Señor que se encuentra en S. Mateo 11:29?
6. ¿Por qué las contiendas tienden a prolongarse indefinidamente, nada solucionan y si maximizan las diferencias?
7. ¿Por qué San Pablo aconseja que nos abstengamos de la compañía de personas contenciosas (1 Corintios 5:11)?
8. ¿Cómo debemos actuar ante la contienda y las injurias que lanzan nuestros adversarios en nuestra contra (Romanos 12:19-21)?
9. ¿Qué debemos recordar y tener presente ante las faltas y agravios de otros en contra de nosotros?
10. Ante la injusticia y el agravio contra nosotros, ¿Qué debemos hacer (1 Corintios 6:7-8)?
11. ¿Por qué debemos considerar nuestras diarias y muchas ofensas contra el Señor frente a las que hacen contra nosotros?
12. ¿Qué señal y signo seguro tenemos del perdón de Dios?
13. ¿Qué aconseja hacer esta homilía cuando estamos enojados?
14. ¿Cómo nos podemos beneficiar de los insultos de nuestros enemigos?
15. ¿En qué casos con qué propósito y cómo debemos contestar a aquellos que nos injurian?

### **TEXTOS BÍBLICOS PARA MEMORIZAR:**

Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego. Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante (S. Mateo 5:21-26).

Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo (Efesios 4:26).

Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (Santiago 1:20).

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido (2 Timoteo 2:24)

En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente (Proverbios 10:19).

Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo (Salmos 37:8).

El que tarda en airarse es grande de entendimiento; mas el que es impaciente de espíritu enaltece la necedad (Proverbios 14:29).

Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad (Proverbios 16:32).

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia (Efesios 4:31).



## Lista de Autores:



**Thomas Cranmer:** (Aslockton, 2 de julio de 1489 Oxford, 21 de marzo de 1556) fue un sacerdote inglés y Arzobispo de Canterbury durante los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI y María I. Durante su mandato como arzobispo de Canterbury fue responsable de establecer las primeras estructuras doctrinales y litúrgicas de la Iglesia Reformada de Inglaterra. No hizo cambios radicales en la Iglesia durante el reinado de Enrique VIII, debido a los conflictos de poder entre conservadores y reformadores. No obstante, tuvo éxito en la publicación del primer oficio religioso autorizado en lengua vernácula, *Exhortación y letanía*. Cuando Eduardo VI llegó al trono, Cranmer pudo promover reformas importantes. Escribió y compiló las dos primeras ediciones del Libro de Oración Común, una liturgia especial para la Iglesia de Inglaterra. Con la ayuda de varios reformadores continentales, a los que dio refugio, reformó la doctrina en áreas como la eucaristía, el celibato clerical, el rol de las imágenes en los lugares de culto y la veneración de los santos. Cranmer promulgó las doctrinas reformadas a través del *Libro de Oración Común*, el *Libro de homilías* y otras publicaciones.

Fue enjuiciado por alta traición y herejía cuando ascendió al trono la católica María I, conocida como la sanguinaria. Encarcelado durante más de dos años y bajo presión de las autoridades eclesiásticas, Cranmer hizo varias retractaciones. Sin embargo, en el día de su ejecución, se retractó de sus palabras en la cárcel y pereció defendiendo las doctrinas del evangelio como mártir de la fe. La muerte de Cranmer fue inmortalizada en El libro de los mártires y su legado sigue vivo dentro de la Iglesia de Inglaterra en su *Libro de Oración Común* y los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana, una declaración de la fe anglicana basada en su obra.

**John Harpsfield:** se educó en Winchester College y New College, Oxford. Fue miembro perpetuo del New College desde 1534 hasta 1551 y fue nombrado primer profesor regio de griego (Oxford). Se convirtió en Vicario de Berkeley, Gloucestershire en 1550, Archidiacono de Londres en 1554 y Decano de Norwich en 1558.

Fue un defensor de la autoridad papal y líder de las persecuciones religiosas bajo María I. Interrogó a John Bradford, quien fue ejecutado en virtud de las Heresy Acts revividas en 1555. Ayudó y asesoró a Edmundo Bonner en el interrogatorio de Thomas Cranmer y predicó con motivo de la degradación de Cranmer (14 de febrero de 1556).

Después de la ascensión de Isabel I en 1558, Harpsfield fue depuesto como archidiácono y decano en 1559. En algún momento entre 1559 y 1562, fue enviado a la prisión Fleet, junto con su hermano Nicholas Harpsfield, fue condenado a cadena perpetua.



**Edmund Bonner:** (también Boner; 1500 - 5 de septiembre de 1569) fue Obispo de Londres desde 1539 hasta 1549 y nuevamente desde 1553 hasta 1559.

Inicialmente una figura instrumental en el cisma de Enrique VIII de Roma, fue antagonizado por las reformas protestantes introducidas por el duque de Somerset, Edward Seymour y se reconcilió con el catolicismo.

Llegó a ser conocido como "Bloody Bonner" (Bonner el sanguinario) por su papel en la persecución, tortura y ejecución de protestantes reformados bajo el gobierno católico de María I de Inglaterra, y terminó su vida como prisionero bajo la reina Isabel.



**Thomas Becon:** (1511-1567), fue un clérigo inglés y reformador protestante de Norfolk. Ingresó en la Universidad de Cambridge, fue compañero de estudios de Hugh Latimer y fue ordenado sacerdote en 1533. Fue arrestado por su predicación reformada y obligado a retractarse en 1540, razón por la cual comenzó a escribir bajo el seudónimo de Theodore Basille. Cuando Eduardo VI subió al trono en 1547, Becon fue nombrado Capellan del Protectorado del Lord.

Thomas Cranmer lo nombró uno de los Seis Predicadores de Canterbury y capellán en la propia casa de Cranmer. Durante el Reinado de María I huyó a Estrasburgo y luego a Frankfurt y enseñó e la Universidad de Marburgo. Retornó a Inglaterra bajo el Reinado de Isabel I.

**Soli Deo Gloria**